LA DIVERSION

DE

LAS FAMILIAS.

TOMO I.

Por Moises Vargas.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO
17145

SANTIAGO.

IMPRENTA DEL «CORREO,» CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 25.

Julio de 1865.

LANCES
DE NOCHE BUENA,
CUADRO DE COSTUMBRES

Por Moises Vargas.

A mi amigo Ezequiel Toro.

QUERIDO EZEQUIEL:

Jamas te habria dedicado este pequeño trabajo, destituido de todo mérito, si no conociera que a la distancia en que te encuentras no mirarás las faltas que él encierra, por ver únicamente el recuerdo de un amigo que como puede te significa su amistad.

Tu S. i amigo

M. VARGAS.

Santiago, 1.° de julio de 1865.

LANCES DE NOCHE BUENA.

«Presentar el estudio de escenas propias de la sociedad chilena, pintando carácteres nacionales, i desarrollando la accion por medio de resortes sacados de nuestro modo de ser, sin acudir a medios estraños, que por serlo dañarían a la verosimilitud del cuadro jeneral, es el campo del escritor de costumbres chilenas.»

A. Blest Gana.

I.

Estamos en la noche del 24 de Diciembre de 1858. Era, pues, víspera del alegre dia en que nuestras elegantes ostentan flamantes trajes de hermosos colores de verano; del en que las huasas i jentes de los pueblecillos circunvecinos se atavian con telas en que campean el amarillo, lacre i verde; del en que nuestro pueblo celebra tanto como el inmortal *dieziocho*; en una palabra, en víspera del gran dia de Pascua.

En nuestra capital, principalmente, se sabe cuan celebrado es ese dia. El es, puede decirse, el precursor de las salidas al campo, el que pone fin a las tareas de los estudiantes de la mayor parte de los colejios i quizá el último en que nuestros paseos se ven hermoseados por centenares de familias que luego abandonan por dos o tres meses a Santiago en busca de nuestros risueños campos, que les brindan tranquilos pasatiempos i un temperamento suaves i delicioso.

No se estrañará, pues, que muchos se impongan como un deber el pasar la Pascua alegres i divertidos.

En aquel año todavia se colocaba en la Alameda cordeles paralelos de los que pendian multitud de gallardetes con los colores nacionales, se la iluminaba con farolillos chinescos i los intervalos de uno a otro sofá se ocupaban con sillas de todas formas.

En la tarde, i esta es costumbre que no se ha perdido, el paseo era concuridísimo i centenares de coches colocados a la deshilada en el lado Norte de la Alameda, aguardaban a sus dueños, que a las oraciones, por lo comun, abandonan el campo de diversion a la jente de mas humor.

Las callejas laterales aparecían ocupadas por casuchas provisionales o carpas de lona adornadas lo mejor posible i en las que reina cierta emulacion por presentar al consumidor los mejores jamones i toda especie de pajarracos perfectamente cocidos, embanderolados i aliñados. No se echaba, por cierto, en olvido el tener una buena provision de vinos i licores de *la mejor calidad* aunque adulterados, en su mayor parte, entre los que sale siempre a plaza con mas frecuencia el bienaventurado *chacolo*, sustituto de la nacional *baya*; la cerveza del pais que tanto terreno va ganando en nuestro pueblo, aparecía entonces para lo que era el lucimiento i ornato de la fonda, pues tenía aun mui pocos prosélitos.

Pero la parte del paseo que presentaba, sin disputa, el mejor i grandioso golpe de vista, era el óvalo. Ese mismo óvalo tan transformado actualmente, mediante el jenio novador del mandatario que trató de convertir en núcleo de jardines cada uno de nuestros sitios públicos.

En el tiempo a que nos referimos, podía contener multitud de personas. Circunvalado de álamos copudos i majestuosos que apenas cerraba la noche tomaban un

verde oscuro, aparecía esa noche despojado de su aspecto imponente, alumbrado como estaba por millares de farolillos de colores.

Una banda de música colocada a un lado sobre un tabladillo halagaba los oidos de los circunstantes de capa cuadrada, que, por su cercanía, eran los que disfrutaban a los mil maravillas de sus armoniosas notas.

Infinidad de mesitas formando dos grandes curvas laterales era lo que le daba el aspecto inusitado de que hemos hablado; pues todas ellas presentaban una línea matizada de aroma, negro, verde, lacre, etc., por las pirámides que sostenian de damascos, brebas, ciruelas de la Purísima, duraznos de la Vírjen i de nnestro padre san José, peras, entre las cuales la mas lozana probablemente sería la de san Andres. Estaban ausentes las uvas de san Francisco i los peros de san Joaquin por ser frutas invernales, pero, en cambio, se veía otras de quien sabe que jararquías celestiales no mui bien sazonadas, pero en estado de salir de ellas a buen precio en aquella noche.

Por otra parte, surjen tal cantidad de vendedores ambulantes i estacionarios en la tan bendita noche que no nos hallamos con fuerza para hacer su nomenclatura, contentándonos con encontrar algunos al paso cuando sea necesario que los que van a ser nuestros héroes festejen a las que van a ser nuestras heroinas.

Son algunos los lances que tratamos de referir a nuestros lectores i sin duda que no es pequeño el atolladero en que nos encontramos para hacérselos saber en todos sus pormenores del modo mas natural i sin andar el que esto escribe metido en la zandunga.

Si echásemos mano de algunos de los Jenios de las *Mil i una noches* o de Luzbel tan familiar a Fernandez i Gonzalez o de algun poseido de la doble vista del magnetismo que nos los fuesen refiriendo punto por punto i

que son medios de que se han valido tantos autores, nos mandarían a paseo con viento fresco por habernos aprovechado de lo que no nos atañía de ningun modo, por que con nuestra exigua o, mas bien, ninguna fama, haríamos mui mal en atrevernos a poner en juego esos u otros recursos que solo es permitido a escritores de gran *númen*, a quienes, de paso, todos se les dispensa.

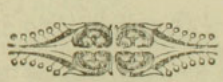
Pero al mismo tiempo, recordamos que el mas triste novelista o escritorcillo de cuadros de costumbres si trata de dar a conocer el carácter de algun personaje o de describir los objetos de una pieza que está en la oscuridad, se aprovecha del primer bostezo que a aquel se le escapa para introducirse boca a dentro i no para hasta que deja escudriñado lo mas mínimo que oculta en su corazon; o busca, en el segundo caso, alguna rendijilla o el agujero de la llave para, tránsformado en mosca u otro insecto, penetrar i en seguida, advirtiendo que está dotado de la vista de los gatos, enumerar una a una las cualidades de lo que allí se encierra. Entre nosotros no faltan ejemplos de que algunos diputados, abogados o directores de colejios que han adquirido alguna celebridad mediante algun famoso proyecto, alegato o discurso de reparticion de premios, la hayan visto venir al suelo por la impertinencia de alguien que, colándose seguramente en algun buzon, descubre que esas magníficas producciones son salidas del puño i fábrica cerebral de algun amigo que se encuentra ausente i que de seguro por ellos nada ha podido ni traslucirse.

Nuestra modestia, pues, se aviene a valerse de un recurso semejante, es decir, a descubrir i oir lo que nos conviene saber valiéndonos de medios bien naturales.

Asistiremos a la Alameda, a algunas casas particulares, al Hotel, al Teatro, etc., i el lector no se sorpren-

da de las minuciosidades que podamos referir, desde que ya sabe como nos manejaremos para ello i desde que le hacemos la advertencia de que mucho de lo que diremos se ha verificado en el mundo real tal cual aparecerá a la letra i que otros lo presenciaron, aunque al que maneja esta torpe pluma no le cupo tal suerte, pues a las diez de esa noche se hallaba en capilla para ver de librar lo mejor posible de un exámen que había de rendir el dia 26.

No faltaron malos aconsejantes que nos dijesen: *Audaces fortuna jubeat* pero, como lo hemos dicho, pudo mas el deber.



II.

La noche que habia sucedido a aquella tarde era hermosísima.

Un lijero airecillo soplaba levemente i producía un fresco delicioso de esos que aumentan los encantos de una noche de verano.

Multitud de estrellas brillaban en la azulada bóveda del cielo i enviaban sus vagos e inciertos reflejos.

Un individuo que venia a toda prisa de la calle nueva de san Diego, desembocó en la Alameda.

Tomó la calle central de esta i con la misma celeridad siguió en direccion al óvalo.

Desde allí percibió el eco lejano del rumor i vocerío que formaban los vendedores i jentes que pululaban en las cuadras de preferencia del paseo.

Una línea de iluminacion que se estendia hasta perderse a lo lejos, le mostró el confuso tropel de paseantes velados por una semi oscuridad que no alcanzaban a disipar las luces de los faroles.

Al atravesar la compacta multitud echába miradas a uno i otro lado, tratando de reconocer a algunas personas que seguramente buscaba.

Pasó de esta manera el atolladero que había en el óvalo i siguió avanzando en línea recta.

De repente aceleró su marcha describiendo una diagonal i con muestras de regocijo tendió cordialmente una de sus manos a una niña de las que les conviene el jenérico nombre de *muchachas*.

Esta, despues de corresponder a su saludo, llamó la atencion de otra que tenía a su lado diciéndole en voz baja.

—Aquí está ya Nicanor.

—A los pies de V., Manuelita, dijo el nombrado, viendo que aquella se acababa de volvèr hacia él.

—Ahora si que lo tengo por cumplidor, respondió esta. Ya me temía que no viniese.

—Por acaso soi yo hombre que falta a sus compromisos?

—Pero como podía habérsenos quedado en el camino.... andan tantas niñas esta noche....

—Pero creo que ninguna al igual de ustedes.

—Si?

—Le aseguro, Manuelita, agregó en tono galante el llamado don Nicanor, que no me habrían detenido ni a fuego trayendo la esperanza de encontrarlas i pasar un rato en tan grata compaña.

—Hei es, dijo una vieja que venía atorándose con una breva que acababa de echarse a la boca; vean no mas, las niñitas, como se despercúen apenas vuelve una la esparda!

—Si es don Nicanor, mamita, que acaba de encontrarnos, dijo la otra de las niñas.

—Ah, si es don Nicanor es otro cantar; me alegro der velo, amigaso, me ha de dispensar que no le ofrete mas de una brevita, por que el bolsillo anda es casejo....

—No hai que gastar cumplidos conmigo doño Peta. Le admitiré la breva pero para ofrecerla a la Crucita, dijo mostrando a la última de las niñas que había hablado.

I efectivamente asi lo ejecutó.

—¿Entónces V. ni las prueba?

—No hace dos minutos que me he soplado una docena, dijo Nicanor para que no le tuviesen en poco.

—Jesus! esclamó doña Peta, sabe Dios como me tenté en comprar la miseria de media ocena i de esta tenimos que comer las tres, sin contar, añadió, con que ya dos se me han ido gargüero abajo....

—Fué con un amigo a quien estaba feriando, repuso Nicanor arrepentido de su dicho.

—Mejor, mi arma, replicó la vieja, no hai como estar con otro para que a una le parezca que le cunde lo que come. Catei ahora me pasarían como aceitaas unas veinte de estas curaitas.

—Lo de menos es eso, dijo Nicanor, sintiendo calofrios de que atinase a pasar por allí algun brevero.

—No es tanta la precisa.... respondió doña Peta abriendo cuanto mas pudo sus ojos chilcos para ver si hallaba alguno a mano.

—Por que no damos primero una vueltecita, observó Nicanor pasado ya algun tanto el susto: anda tanta jente que dá gusto el pasearse.

—A mi no me desagradaría, dijo la que Nicanor había pasado la breva.

—Ella había de ser, la babosa, balbuceó la vieja dirijiéndose a su hija Manuela:

—Qué? preguntó Nicanor que creyó que le había hablado doña Peta.

—Nada, hijito, que puesto que usté lo pide menearemos otro poco las piernas; así veremos si nos baja lo que tenimos en el estógamo para poderle echar algo que se pegue a los riñones.

En seguida cruzándose un pañuelo de bareg de lana con listas azules i cañas se preparó a emprender la marcha.

Nicanor, sin dársele un comino de que doña Peta, que era cojitranca, podría necesitar su apoyo, fué con

jactanciosa política a ofrecer su brazo a la nombrada Crucita.

E incontinenti tomaron la delantera.

Doña Peta les siguió llevando a su lado a su hija mayor Manuela.

El lector estrañará que no hayamos subrayado algunas palabras que talvez no encuentre mui jenuinas; pero le advertimos desde luego que en adelante lo haremos lo mismo, atendiendo a que tendríamos que ir cambiando de tipo a cada instante, pues son pocas las espresiones de nuestro idioma que no adultora cierta clase de nuestra sociedad.

III.

—Querida Crucita, decía Nicanor apretando tiernamente el brazo de la jóven, me creerá que estaba hoi como mocho que no ha logrado hacer una arrancadita del convento por ver si podía dejar mi ocupacion.

—I yo, Nicanor, contestó esta respondiendo con la misma ternura a la insinuacion de aquel, yo no veya las horas que mi mamita acabará de arreglarse, por que ya me parecía que V. nos iba a estar aguardando.

—Si será cierto!

—Es decir que me tirda de embustera?

—Yo, hijita!

—Entonces como dice que no sabe si es cierto....

— Es hijita, dijo con aire malicioso el futre Nicanor, como en esto lo hace todo la prueba i V.... por mas fundido que me ve.... todavía no se compadece....

Pero preferimos pasar en silencio los piropos como dirían algunos, o los chicoleos, como diría un español, que Nicanor dirijia a su cara pareja; porque aparte de no ser de nuestro agrado, queremos dárselo a conocer en dos palabras al lector.

Tendría Nicanor uno veintitres años; era de regular tamaño; mas bien que flacura era escualidez la que se veía en su rostro.

Lo que mas resaltaba en su cara afilada era su puntiaguda barba en la que no se veía un pelo, pues escepto un farruto bigote, era lampiño. Hacía con ella un digno ambo su descomunal nariz que tan triangular a

causa de sus pocas carnes parecía un trozo de estoque de tres filos de aquellos que usaban nuestros abuelos.

Nicanor, llevaba tambien una gruesa melena partida atras i sobre ella un *colero* algo inclinado hacia la oreja izquierda, el que tenía cierto lustre por su parte esterior, lustre que no provenía del cepillo o falta de uso, sino de la pomada i aceites que su propietario no escaseaba a su melena.

Don Nicanor tenía el honor de ser dependiente de un baratillo de las cercanías de la plaza de abastos.

Ostentaba sobre un chaleco de cotonía con botonadura de fantasía, una gruesa cadena que llamaba la atencion desde distancia, pero cuya materia constitutiva no alcanzaba ni al dublé.

Su calzado era de charol, (ahora no hai quien no calse de charol) con un remiendillo en el guante, que de noche nadie lo notaría a no haberlo nosotros descubierto.

Tal era el futre don Nicanor,

Atravesaba, pues, el jentío con su pareja como Dios mas le ayudaba i doña Peta i su acompañante seguían de cerca sus pasos.

¡Ciruelas a real el ciento!

¡De la vírjen, los pelaitos, a medio la docena!

¡Brevas, brevas, curaitas, negritas van!

Estas i otra infinidad de gritos i cantos discordantes, fastidiosos e insoportables oían los de nuestra comparsa como todo el que tiene orejas,

Difícil es tener idea de algarabía mas infernal que la que se forma en aquella noche que de todo tendrá menos de *buena*.

Pero en doña Peta surtía todo aquello un efecto mui distinto que en nosotros.

A cada uno de esos gritos estiraba las narices i rengueaba cuanto mas podía.

Nicanor seguia adelante impertérrito.

¡*Claveles i albahacas!*

¡*Para las niñas retacas!* esclamó un mocozuelo, metiendo un ramo que llevaba en su mano en los mismos hocicos de doña Peta.

—Aguárdate, Cruz! gritó la vieja. Voi a comprar unos ramitos ya que no he dado *gracias a Dios* ni con una sandillita.

Aquella se detuvo con Nicanor.

—A cuartillo, patron, a cuartillo el ramo! gritaba el muchacho.

Doña Peta se parapetó con uno en cada mano i otro tanto hizo Manuelita.

—Aquí llevo pa la jente, estos si que son ramos! grito otro al pasar al lado de Nicanor.

—¿A cómo? pregunto este.

—A peso, patroncito, tantéeles no mas la caliá. Este viene de molde a la pechuga de la jovencita, añadió el trompeta mirando a Crucita.

Nicanor no pudo retroceder.

Introdujo sus dedos al bolsillo i sacó un escudo de a dos pesos.

—Págate, dijo con prosopopeya.

—De dos, patroncito?

—Que se te han nublado los ojos que no ves que la señora ya tiene, repuso de mal modo por la impertinencia del vendedor.

I elijiendo un ramo que verdaderamente era hermoso lo pasó a Crucita.

Recibió el vuelto i echaron todos de nuevo a andar.

—Buena cosa de jutre! esclamó el de los ramos viéndole alejarse, gasta rango con la consentía i a la otra i a la vieja la deja a la luna! i soltó una carcajada que llegó distintamente hasta aquellos.

Nicanor volvió su cara de espárrago esprimido, pero

solo le sirvió para notar que doña Peta hablaba acaloradamente con su hija.

El vendedor había desaparecido entre la multitud.

—Déjelo, mamita, le hemos de hacer estrujar la pepa, decía Manuelita a su madre.

—Futre fósforo, almidonao, dijo esta con aire de amenaza.

—No le ha de salir costea, mamita, no se aflija.

—El que me la hace la paga, refunfuñó todavía con acento sordo la vieja.

Prolongaron su paseo hasta que enfrentaron a la pila de Neptuno, reemplazada ahora por la hermosa estatua de san Martin.

Allí ejecutaron un movimiento de conversion i pronto volvieron a encontrarse en medio de la batahola de jente siempre alegre i bulliciosa.

Las vibrantes i sonoras campanadas del reloj de san Francisco vinieron a perderse entre el ruido producido por aquella multitud.

Sonaban las once.

Doña Peta esforzándose por cojear mas de lo que le era propio, se acercó a Nicanor i le interrumpió en lo mejor de sus coloquios con Crucita.

—Qué se ofrece, mi señora, dijo deteniéndose el enamorado galan.

—Se ofrece que ya no tengo aguante, esclamó la vieja.

—Pero si no sé lo que pasa.

—Que mi pierna me lleva en un martirio que ni una ánima bendita lo sufrirá al igual.

—¡Ah!

—Ni mas ni menos, apoyó Manuelita; ya va dando unos pasos mi mamita como si fuera desnalgada.

Por decencia advierte el autor que se ha permitido el sustituir la última palabra, aun que la que usó aquella fuese quizá mas propia.

—I ¿qué quiere que hagamos, mamita? dijo la compañera de Nicanor.

—Vean qué otra, que nos haimos de sentar, respondió doña Peta.

Nicanor miró a su alrededor i vió todos los sofaes ocupados.

—Caminemos otro poquito i en cuanto demos con un sofá desocupado nos sentaremos, dijo este último preparándose a continuar.

—Es que este maldito dolor no me deja dar un paso mas, repuso doña Peta.

—Yo la afirmaré, mamita, i atravesaremos hasta la Fonda de ño Pablo que está aquí al frentito, dijo en tono hipócrita Manuela.

—Solo que estuviera aqui mesmito....

—Es aquella del farol de estrella, mamita.

—Entonces, hijita, no hai mas que decir; allí gracias a Dios nos sentaremos hasta cuando queramos; sigue afirmando a tu madre.... que por lo que hace a don Nicanor no nos despreciará el convite, añadió mirando a este.

—Lo que V. disponga, contestó el futre sin poder disimular del todo la poca gracia que le hacia la invitacion.

En consecuencia, de buen o mal grado todas se encaminaron hacia allá.

—El pobre diablo va haciendo de tripas corazon, dijo Manuelita al oido de su madre.

—No hai que pasar cuidado; hei le confortaremos con un traguito, dijo esta con una sonrrisa que nada bueno prometía para el malaventurado Nicanor.

Rengueando como si cada pierna le pesara un quintal (que ahora debería poner *métrico* para no incurrir en multa) llegó doña Peta a la susodicha fonda.

Tenía esta en su frente un farol de jénero con una

grande estrella pintada de colores i un poco mas abajo el siguiente mote:

UNION I FRATERNIDAD.

Todos penetraron en ella.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

IV.

La enunciada fonda era quizá una de las mejores en su rango.

El pavimento estaba enjergonado; había varias mesas, sillas de junco i demas muebles de que se hacen aquella noche los propietarios, alquilándolos o pidiéndolos prestados.

Dos lámparas solares de aceite i varios candelabros con velas estearina la alumbraban.

—Oh, mi señora doña Peta, dijo el fondero luego que la vió entrar; tanto favor, cómo es que esta noche se ha acordado de su humirde servidor.

—Hei ha de ver ño Pablo, dijo aquella resollando con estrépito i abanicándose con la punta de su pañuelo, vengo media muerta de cansá, pero este caballero, añadió guiñando el ojo, nos ha ofertado entrar aquí....

Manuelita haciendo mas aspavientos que doña Peta, dijo que venía medio cocida de calor.

—Un vasito de orchata bien helaa viene mui bien pa la calor, dijo el fondero.

—No vendrá mal, saltó doña Peta, aunque así.... a barriga enjuta.... atacará el flato.

—En fin, por algo hemos de comenzar, dijo Nicanor que ya que se veía en el mal paso quería librar lo mejor posible; ¡tráigase orchata!

—Cargaita de malicia, para que no haga mal a la patrona?

—Se entiende, amigo, dijo Nicanor allegando una silla junto a una mesa del centro.

Doña Peta i sus hijas formaron círculo al rededor de la dicha mesa.

Nicanor, mientras traían lo que habia pedido, miraba del modo mas tierno a Crucita, que sin nada de timidez le correspondía del mismo modo. I es de advertir que esta era una muchacha como pocas. Tenía una hermosa cabellera rubia i una tez envidiable, aparte de unos ojos grandes i espresivos. Era cuatro años menor que su hermana Manuela que parecia rayar en los treinta. De esta podía decirse que era *pasable* i nada mas, por lo que seguiremos adelante sin molestar con descripciones inútiles la paciencia del lector.

Presto colocaron sobre la mesa una bandeja con cuatro grandes vasos de orchata con su correspondiente dósis de *malicia*.

Nicanor sirvió a cada una su respectivo vaso que despacharon con la prontitud que requería el calor i cansancio que traian.

—No se puede decir que haya bebío cosa mejor, dijo doña Peta depositando el suyo vacío sobre la bandeja.

Oh, mi aguardiente es de Aconcagua, dijo el fondero i dificulto que pueda haber al igual en otra parte.

En otra mesita un poco mas distante había cierto sujeto así como mayordomo de panadería o propietario de despacho que comía con mucha cachaza un gran plato de aceitunas con queso picado, nadando en aceite i coloreando de ají.

Doña Peta, como un mastin de raza que husmea su presa a distancia, aventando sus narices dirijió una mirada codiciosa a las aceitunas.

Manuela tambien las miró i dijo con mucha naturalidad a doña Peta.

—Se acuerda, mamita, lo bien que aliña este ño Pablo las aceitunas?

—Taris equivocada, hijita, respondió la vieja. A que yo no como aceitunas desde la ida a la pampilla i qué memoria va a hacer una desde aquellos tiempos.

—Lo que es yo sí que me acuerdo, repuso aquella.

—¿Qnedría tomar V. ahora? dijo Nicanor no con su voz mui entera.

—¡Ño Pablo! gritó la vieja dando un golpe en la mesa.

Este abandonó al punto varias cosas que arreglaba.

—Listo, mi señora, dijo poniéndose delante.

—Este caballero quiere que tomemos.... alguna cosita agregó doña Peta.

—Prestecito, ¿qué les traigo?.... alguna gallinita fiambre, un caponcito.... unos pejerreicitos fritos.... o un chanchito arrollado.... tengo uno de chuparse los deos, aliñao por mi mesma mano....

—Eso no mas, ño Pablo, respondió con júbilo la vieja.

Al oír la respuesta de doña Peta sintió Nicanor un hielo en el corazon como si le hubiese tocado la fria hoja de un puñal.

Manuela cambió una sonrisa con la vieja que se arrellanaba lo mejor posible en su asiento.

El pobre Nicanor permaneció aun otro momento pensativo.

Mas, luego se notó en él un súbita transicion.

De pálido i abatido que estaba tórnose alegre i animado su semblante.

Esto lo comprenderá el lector cuando conozca que Nicanor acababa de concebir la manera de divertirse allí jugando una mala pasada a doña Peta, la que, no le quedó la menor duda, intentaba hacer buena aquella noche a su costa.

—Pronto, amigo Pablo, esclamó de buen humor; tráigase tambien su racioncita de chacolí; ya sabe que estando con doña Peta uno no puede menos de comer i beber como.... buen consumidor!

—Este don Nicanor siempre tan coqueto! esclamó la vieja. Así como no se le ha de abrir a una el apetito.

I su semblante irradiaba alegría al pensar en el atracon que se prometia dar a espensas del futre.

Ño Pablo en un dos por tres colocó un mantel sobre la mesa, puso a cada uno su cubierto i fué depositando sucesivamente sobre ella una gallina i un capon relleno, chancho arrollado, aceitunas, queso, etc. Luego trajo dos descomunales botellas de cristal llenas de chacolí i sus correspondientes vasos.

—Esto se llama entender las cosas, dijo Nicanor avalanzándose al capon.

Doña Peta armada de un cuchillo i tenedor acometió a la gallina con la hostilidad de un gallo ingles que trata de internar su espolon en el cuerpo de su contendiente.

Nicanor sirvió del capon a Manuela i Crucita,

Poco despues no se oía mas que el crujir de las quijadas i el sonido causado por los cubiertos al dar en los platos.

Nicanor habia quedado al frente de doña Peta i entre sus dos hijas.

—¡Haro! dijo dejando de comer.

Las tres mujeres hicieron lo mismo.

Llenó los vasos i los pasó a sus compañeras.

—A su salud, doña Peta!

—Provecho, respondió la vieja.

I bebieron sendos tragos.

—No era tan coñete el futre como parecía, dijo doña Peta en voz baja a su hija Manuela.

—Otro traguito a la salud de Uds., indicó Nicanor volviendo a llenar los vasos i pasándolos a las niñas.

—No hai que andar con melindres, advirtió la vieja: es mui justo lo que pide.

Empinaron, pues, de nuevo los vasos.

Luego le llegó su vez al chancho. No había dicho mal ño Pablo. Estaba perfectamente condimentado i la carne era toda de puerco, cosa rara, pues casi siempre hacen figurar mas de lo debido la de vaca.

Los cuatro no desdijeron de su fama. Engulleron como si no hubiesen comido en ocho dias.

Bebieron de tal manera como para haber sentido el efecto que le causaron las famosas pintas a Alejandro.

La vieja hablaba por cuatro.

Manuelita la secundaba i Nicanor asediaba a Crucita con sus amables galanteos.

Doña Peta tenia los ojos tan colorados como un piur.

De repenle los fijó en las botellas i dijo con lengua traposa.

—Vean, las endinas, como han dejado de estar coloradas ¿o es, mi arma, añadió, que las habís llenado de chacolí blanco?

Como se vé ya la vieja tuteaba a Nicanor.

—¡No tienen ni jugo! esclamó este tambaleándose al ir a tomar una en su mano.—Mozo! gritó dando con un vaso en la mesa.

El fondero destapaba en aquel momento unas botellas de cerveza para servir a dos *pijes* que habia en otra mesa

Impacientado Nicanor por la demora, quiso ir él mismo a llevarlas i alargó su mano para cojer una botella.

Torpe como estaba en sus movimientos e incomodado por el reflejo de la lámpara que tenía próxima, al atraerla hacia su cuerpo, dió con ella en el pié de esta i los pedazos de cristal rodaron sobre la mesa.

—La pagó! esclamó ño Pablo poniéndose de un brinco al lado de Nicanor.

—No es nada, balbuceó Doña Peta, es pura humorada, ño Pablo.

—Aquí hai, caramba, dijo Nicanor produciendo un golpe metático en el bolsillo de su chaleco. ¡Tráigase chacolo!

—Nicanor, dijo Crucita, no pida mas!

—Cauno gasta lo suyo, vean que cosa aquella, tartamudeó la vieja, dándo un pisoton por debajo a la habladora.

Esta se calló.

Ño Pablo despejó la mesa de los pedazos de vidrio i trajo otra botella de chacolí.

Si beben mas nadie me asegura que han de estar en órden, dijo al depositarla en la mesa.

—No hai cuidado, repuso Nicanor cebando las vasos.

Mientras Doña Peta apuraba el suyo, este deslizó su brazo hasta que abarcó la cintura de Crucita.

Otro traguito no mas, hijita, dijo acercándose mas i presentándole su vaso.

Esta aceptó.

Luego Nicanor recobró su postura en su asiento.

Doña Peta i Manuela comenzaron de nuevo a engullir aceitunas.

Nicanor trató de aprovecharse de esta oportunidad i estirando su pié derecho llegó a colocarlo sobre otro que al punto de sentir su presion se retiró.

Nicanor, juzgando que no podia menos de ser una impertinencia la pretension de que una niña sufriese sobre su pié el peso de otro, aun que este fuera el de un enamorado, alargó nuevamente el suyo intentando ahora colocarlo debajo.

Pero se efectuó la misma evolucion.

Entonces dándole una mirada de reconvencion a Crucita aguardó un momento que aquel estuviese en su mis-

ma posicion i alargando el suyo, lo colocó con fuerza sobre el otro como queriendo a todo trance retenerlo.

—¡Pa los demonios! gritó Doña Peta dando un salto de la silla que no hacía mucho acababa de ocupar con el fin de dar otro asalto a las aceitunas. El plato que contenía a estas quedó dado vuelta, yendo muchas a parar a gran distancia.

—¿Qué le pasa, mamita? la interpeló asustada su hija Manuela, que creyó le iba a dar algun accidente a Doña Peta.

—Que casi me achucharran el pié, será por lo que no soi coja! dijo furiosa mirando al pobre futre.

—Si será que yo la acabo de pisar, dijo Nicanor medio turbado a pesar de lo avinado que parecía estar.

—No vé, mamita, como dice que lo ha hecho de intento, añadió Manuela, que sintiendo su estómago repleto madito lo que se le daba el romper con Nicanor.

—No hai tal, mi señora, le aseguro que esta mesa... tiene unas patas tan endiabladas..que creí que podía pisar en ellas i luego...

—Sí, bonitas patas! sentir que se retiraban i siempre volver a la carga, dijo la vieja resolviéndose a sentarse de mal humor.

—¡Vah! para eso no había de estar dando vueltas la mesa desde hace tanto rato! agregó Nicanor haciéndose mas ébrio de lo que estaba.

—Hei sale! dijo el fondero riéndose detras del futre al ver la cara hipócrita que este habia puesto, mientras que ahora sin equivocarse habia atraido entre sus pies el de su compadecida Crucita.

La vieja ya algo serenada se echo a pechos otro trago i comenzó a esponjar su vestido como preparándose a abandonar su asiento.

—¿Son repiques esos que se sienten? preguntó.

—Es en San Lázaro, mamita. Quién sabe si irá a entrar la misa....

Nicanor a estas palabras habia aguzado sus oidos.

Conoció las intenciones de Doña Peta i juzgó prudente poner desde luego en planta su idea.

Paróse de improviso.

Sus piernas oscilaban mientras trataba de abotonarse el chaleco que se habia abierto para mas comodidad.

Tomó la puerta murmurando con voz de una persona a quien le ha hecho efecto la bebida:

—Diablo de chacolo.... no ha de parar en la barriga.... sin que tenga uno que salir a fuera....

I dando pasos de ciego i afirmándose aquí i allí, traspuso la puerta de la fonda.

Aun no habia alcanzado a sentir el fresco aire de la calle, cuando emprendió desalado una carrera, sin sombrero i como si no hubiese bebido una gota.

Se dirijía de esa manera hacia la calle de «Teatinos» que era la mas cercana.

Ño Pablo, el fondero, que al ver pararse al futre no había despintado de él sus ojos siguiéndolo hasta la puerta tan luego como aquel emplumó, cuando parte de espeta perros en su seguimiento dando gritos desaforados.

—¡Al ladron, agárrenlo! ¡allí va!!...

Un sereno que no estaba de allí mui lejos i a quien ño Pablo con prevencion habia agasajado con un *causeo* i un granadero de chacolí, a fin de tenerlo de su parte para cada vez que algun consumidor recalcitrante (cosa que ocurría a menudo) le diera que hacer en su establecimiento, cuando aflojando las riendas a su manco i clavándole espuelas partió en seguimiento del fujitivo futre.

Mientras tanto reinaba en la fonda el desórden mas completo.

—Bien lo estrañaba yo, decía la vieja; echarla de jeneroso tan de repente... ¡era sospechosa la conduta!

—Yo creía que fuese otra clase de pájaro, agregaba Crucita, pero andar así tan pelao!...

—I lo bien que se hacia el rascao! gritaba Manuela.

Los amanuenses de ño Pablo i otra veintena de personas que se habian reunido a la bulla se encontraban cuando don Nicanor fué traido entre el fondero i el policial. Decididamente que le habia abandonado la buena suerte esa noche al pobre futre.

—¡Bribonazo! decia el primero; entréguenle su *tarro de unto*! ponerse a gastar como jente i andar triendo veinte reales!

—De juro que quería ormir de bolsa esta noche, dijo el *paco* echando pie a tierra.

—No ha sido mia la culpa, argumentaba Nicanor; ademas que tengo repagado lo que he pedido; me han sacado hasta el reloj.

—Linda la callana! dijo ño Pablo mostrando lo que aquel llamaba su reloj. Seguro que van a darme cuatro reales por esta papa que ni sirve para frei huevos!

Una prolongada carcajada fué la acojida que el soberano pueblo que presenciaba aquella escena, dió al chiste del fondero.

—Ni con diez pesos mas me paga, agregó tan luego como pudo hacer oir su voz.

—Heimos cansumío el doble de eso, dijo doña Peta al paco para congratularse con ño Pablo.

—Pásenle su *colero*, dijo aquel con autoridad i no haí cuidao que pasará *pa entro* como chiflon.

I poniéndose en la boca su silvato, comenzó a dar los agudos i penetrantes sonidos que significaban para el pobre diablo de Nicanor que el resto de la noche la iría a pasar, tan pron to como llegase el sereno del próximo punto, en un lugar i de una manera mui diversa de la que se había imajinado cuando venía tan dilijente con sus proyectos amorosos a encontrar a la familia de doña Peta.

Diremos que ahora no se engañó Nicanor en sus presentimientos i que tuvo el honor de recibir las puas i rechiflas de los espectadores que, al ver era conducido sin miramiento a sus protestas i amenazas, le desearon las buenas noches antes de dividirse.

Así tambien se las deseamos nosotros antes de dirijirnos a otros puntos.

V.

Sonaban las diez cuando un jóven se paraba un momento bajo el farol del ángulo de la manzana formada por la calle de San Antonio i la de las Delicias.

Tenía un cigarrillo que destorcia entro sus dedos.

Pero mas parecía que se había colocado bajo el círculo de luz que arrojaba el farol para dar una última mirada al aspecto que presentaban unos guantes que, mas que blancos, estaban ya plomizos.

Parece que no quedó mui contento de su exámen, porque no haciendo caso del cigarro, aflojó el cordoncillo del guante de la mano derecha i comenzó a sacarlo dejándolo arrollado a la mitad de ella.

Hecho esto, echó de nuevo a andar calle de San Antonio adentro.

—Ola! Pepito! le gritó uno que sin duda le había reconocido, pues le llamaba por su nombre.

Este se detuvo.

—¿A dónde diablos vas por aquí? preguntó el recien venido estrechándole la mano.

—¿I tú?

—Pero eso no es contestar.

—Voi.... a una casa.

—Pues, yo voi.... a otra.

—Yo, donde los Mandujano.

—I yo, a la misma parte.

—A que no voi hace tres dias, añadió el que había llegado último.

—Yo fui anoche.

—Pero hombre, veo que todavía estamos parados. Caminemos.

—Caminemos.

—Sabes que tu frecuentas demasiado....

—Amigo.... estoi de receso de empleo....

—Eso lo sé.

—Entonces, mejor; ya ves que en algunas partes no me hacen por este motivo mucho cariño que digamos; aquí la Benignita no me mira mal.... i dan un té ¿eh? soberbio!

—Hombre, te ocupas de eso?

—En primer lugar, amigo. Si a uno le hacen sus infidelidades algunas coquetitas, no hai como desquitarse con buenas tostadas i soplarse tres o cuatro tazas de buen té....unas tras de otras.... yo perdono todo lo demas.

—¿Sabes que es orijinal lo que dices?

—Pues hombre!....

—Es hacer poquísimo favor a las de la casa.

—Hablemos claro, Pompeyo; de cada ciento de las que visitamos no me negarás que podría deducirse un setenta por lo menos que hacemos la corte hasta a la misma mamá o tías solteronas, aguardando la bien aventurada hora en que uno se conforta el estómago por todos los galanteos que se ha visto precisado a discurrir.... esto cuando no es noche de mantel largo.... dias del santo de la señora, del papá, de las niñas.... de la tía.... o cuando se hace alguna rifita.... o cuando se festeja la llegada de algun amigo.... vah, hombre, tantas de estas cosillas estraordinarias que a uno le hacen agradable el vísitar aun cuando no sean mui de nuestro gusto las de la casa.

—Lo dices de veras? preguntó el llamado Pompeyo creyendo que que su amigo hablaba de broma.

—Tan de veras, hombre, como que tambien uso del recurso de atraerme la voluntad de los troncos de la familia por el medio de hacerme *él aficionado*.

—¡De hacerte el aficionado! Véamos como es eso, Pepito, dijo el otro con ganas de divertirse en oir las sandeces que a su parecer iba a decir su amigo.

—Házte el de las monjas, respondió éste en tono malicioso. Conmigo no alegues ignorancia porque sé bien que eres mas redomado que yo i que todos nosotros.

—Te aseguro.... hombre....

—Yo te haré asegurar, dijo Pepito interrumpiéndole precipitadamente. Díme, ¿porqué vas donde las Manterola?

—Pues! porque no son tan malejas que digamos....

—I ¿dónde las Cirilluelos?

—Oh! La Eleodorita!.... Elle est charmante! pero a donde diablos...?

—Aguarda, aguarda un poquito.... I ¿dónde las Conradillo?

—Miren ¡qué pregunta! Pero hombre, si es cosa vieja que la Merceditas cree que me caso con ella i....

—No ves, dijo Pepito triunfante, ¡no ves como en una casa tienes tu aficionada, en otra tu aficionada i en cada una de las que vas tu aficionada!

—I ¿qué tiene eso de particular?

—Nada, hombre, si es lo que he dicho hace mucho rato. Ese es el recurso que yo esploto: en cada casa me dedico a una i desde el papá hasta la hermana mas pequeña saben que me gusta la fulanita; todos me ponen buena cara i me cuidan, creyendo que ya estoi por tragar el anzuelo.

—Bravo! haz hablado bien, Pepito, no se te puede negar, dijo Pompeyo riendo de la ocurrencia de su amigo.

Si nos fueran permitidas dos palabras diríamos a nuestras bellas lectoras, que aunque es verdad existe esta es-

pecie de pájaros a los que una desmedida fatuidad los lleva hasta figurarse que porque en algunas casas han sido admitidos, tienen ya libre campo para jactarse de imajinarios o de supuestas correspondencias sobre personas ajenas en un todo a ellos; nos parece, decimos, no les será difícil que sin poner en tormento su natural perspicacia, les aparten de su seno con el desprecio, así como se aparta la escoria en la fusion de los metales para abandonarla.

Algunos de ellos, mientras mas desesperante i precaria es su posicion, menos tienen reparo de labrarse una importancia ficticia a costa de comprometer a personas que, por hacerles un bien, se hacen el blanco en que se ceba su impertinente amor propio.

Pero, por no decir demasiado, preferimos callarnos.

A este tiempo ambos jóvenes pasaban el farol que estaba en la esquina de la segunda cuadra.

—¡Diablo! esclamó Pompeyo, fijándose en los guantes de Pepito; cáspita que vienes elegante, hombre.

—¿Así me hallas? dijo este dándose una media vuelta hacia su amigo al mismo tiempo que se apretaba el levita como para juntárselo.

—Te lo digo de veras.

—De noche todos los gatos son pardos, hombre, este diantre de levita me está tan pijesito.... es de cuando entré al Ministerio el 56.... i los guantes son los que compré en el dieziocho.... están bastante malones, pero como fué a cumplirse la maldita suplencia....

—Pero, qué diantres, hombre, cualquiera diria que eran nuevos!

—¿Te parece entonces que se puede estar con ellos sin cuidado?

—Como que son mas elegantes que los mios, de color claro.... no son plomos?

—Eran blancos.... hombre....

—Ah!

—En fin, ya llegamos, dijo Pepito limpiándose el polvo de su calzado i entrando a una casa que estaba en el comienzo de la segunda cuadra.

Atravesaron el patio i ambos penetraron en una pieza del frente que estaba perfectamente alumbrada.

VI.

En esa pieza, que era una antesala adornada con muebles de damasco de seda carmesí, había varios hombres sentados en un sofá fumando i conversando familiarmente.

Los saludaron los recien venidos como a amigos de confianza.

Dos eran hermanos de las niñas de la casa; el tercero era un jóven bien vestido i de porte elegante; el cuarto un oficial de caballería.

Vamos a aprovecharnos de la luz que alumbraba a aquella pieza para dar a conocer en dos palabras a nuestro amigo Pepito. Era ya este un jóven de veinticinco años, alto i de delgadas formas. Tenía una melena de cabellos negros, gruesos i lisos. Bajo esta melena nacia una frente de grandes dimensiones que su dueño tenía como seguro indicio del talento con que Dios le había favorecido; sus ojos de color oscuro eran grandes, pero sin ninguna espresion.

La nariz gruesa i pequeña contrastaba con la boca mas bien grande que chica i de labios delgados i descoloridos.

Sin embargo, su conjunto no era desagradable, pero sí tenia algo de raro.

Un marcado aire de fatuidad hacia que cualquiera que comenzaba a tratarle esperimentase un sentimiente repulsivo, que despues se desvanecía en vista de que por poco observador que se fuese, luego se descubría el espíritu que únicamente lo guiaba, esto es, el intento de parecer mas de lo que efectivamente era.

El amigo de este, Pompeyo, tenia algunos años mas

de edad. Era de un rostro agradable i siempre alegre. Al reves de Pepito, su carácter era franco i sencillo i desde la primera vista demostraba lo que sentía. Cicerón dijo: *Imago animi vultus est*, ... i en verdad que ateniéndonos a esta máxima descubríamos que el alma de Pompeyo era por naturaleza animada i alegre, pues su semblante jamas se nublaba por las impresiones de tristeza que a no ser así le hubiera podido imprimir cualquiera acontecimiento desagradable, que desdichadamente no abandonan a nuestra frájil humanidad.

Luego que nuestros conocidos saludaron, como hemos dicho, a los que estaban en la sala, fueron invitados a tomar asiento.

—O si quieren, dijo uno de los jóvenes de la casa, pueden ustedes mejor pasar al salon a saludar a mi mamá.

—Dentro de un momento iremos, respondió Pompeyo colocando una silla al lado de Pepito que ya se había sentado.

—Fumaremos un suave primero, dijo este.

—Como usteden gusten.

—Quién me hace el favor de uno de papel.... para diferenciar, dijo Pepito; desde que estuve en el ministerio a que me acostumbré a la hoja, esta se puedo tener en la boca perfectamente sin romperla, miéntras se escribe.

El oficial anduvo con mas presteza i presentó de los suyos a Pepito.

Este admitió.

—¿Quiere ustad probar de éstos? agregó el jóven que estaba próximo al oficial.

—Vaya, dijo Pepito, mil gracias, lo guardaremos hasta ahora i se lo echó al bolsillo.

El oficial había tambien brindado de los suyos a Pompeyo que le había dado las gracias diciéndole iba a fumar de hoja.

—Pepe, dame uno de los tuyos, le dijo a su amigo alargando la mano para recibirlo.

Este medio se turbó,

—Verdad, dijo despues de un momento, qué memoria de pájaro la mía. . . . andaba con cigarros de papel en vez de los que uso siempre i no me acordaba.

I echando mano al bolsillo sacó el mismo e idéntico que acababan de darle.

—Elije, añadió presentándolo a su amigo con bastante aplomo, como si el haber sacado uno lo hubiere hecho con gracia.

—Nó, fumaré de los mios, repuso aquel; creí que tuvieras de hoja.

I encendió uno de los snyos.

—I qué hai de noche buena, dijo indolentemente Pepito arrojando bocanadas de humo ¿han estado hoi en la Alameda?

—Yo estube en la tarde con mis hermanas respondió uno de los dueños de casa.

—Qué desgracia la mia. Estuve tentado por ir, pero la culpa la tiene una maldita vecinita que está ya al caer.... me entretuvo i la hora se me pasó.

Pepito mentía con el descaro de costumbre. No había ido porque carecía de guantes, su levita bueno para de noche, estaba malo para lucirlo de dia, su baston lo había enajenado hacia dias a un amigo que le había hecho una buena oferta, etc. etc.

—Pero ¿irás esta noche al baile? repuso su amigo.

—Quita allá con tus bailes, qué saca uno con meterse en un dominó i ver un centenar de mascarotas que le concluyen a uno la paciencia i la plata que lleva....

—Pues, amigo, yo contaba contigo, dijo Pompeyo, pero no siempre uno puede conseguir todo lo que desea.

—Hombre, sabes que pienso, agregó Pepito haciéndose que reflexionaba, sabes que pienso que hace mas de

dos años que no voi a bailes i dúne, hombre, ¿hai espectáculo? ¿sale la Thierry i el inimitable Corby?

—Hombre no estoi cierto.... pero mas me inclino a que nó.....

Por si acaso, amigo, por si acaso, te acompañaré. Cuenta conmigo.... como yo cuento contigo para que me proporciones un trajesito de poca monta aunque sea....; el que convida debe hacerlo en grande, amigo, ¿no es así señores?

Algunos se sonrieron, pero el oficial fué mas franco.

—Mientras tu traes los boletos dijo, Pompeyo te buscará el traje; este es mi fallo, añadió riéndose, cambio por cambio.

—¡Cómo! repuso Pepito moviéndose en su silla, ¡i el sacrificio que yo hago! sin tener un ápice de ganas de ir, pagar la entrada! amigo, yo gasto cuando me gusta, lo que me va a costar mi dinero i cuando no, nó.

—¿I hai algo que te guste cuando no sea de *bolsa?* dijo otro soltando la carcajada.

—¿En qué quedamos? preguntó Pompeyo que no quiso que embromasen mas a su amigo a quien faltaba poco para amostazarse.

—En que ha de quedar, hombre, en que te acompaña si lo fereas, agregó el que acababa de hablar.

— Naturalmente, bajo las bases propuestas te acompaño, dijo Pepito, eso sería no condescender con los amigos i yo, repito, no soi capaz de despreciar a nadie, tanto menos a mi amigo Pompeyo a quien profeso una verdadera amistad.

—Ni mas ni menos como yo te la tengo a tí. Por fin, ¿quiéres que vamos a saludar a las señoras?

—Por cierto, esto de tener a las niñas solas es hasta cierto punto antisocial. ¿Quién mas es con nosotros? dijo volviéndose a los demas.

—Adelante, ya vamos, respondieron algunos.

VII.

Poco rato despues se oía en el salon las vibrantes notas de un piano.

Una mano maestra tocaba las cuadrillas del Macbeth.

Cuatro parejas bailaban al compas de aquella entusiasta música las vetustas cuadrillas francesas, que aun no han podido desterrarse de entre nosotros a pesar de los Lanceros e Imperiales.

Veíase en el salon, ademas de las que bailaban, varias niñas i dos señoras de alguna edad.

Una era la dueño de la casa, llamada doña Liberata, viuda hacia ya algunos años. Su marido la había dejado una regular fortuna que ella manejaba bastante bien. Recibía en su casa dos veces por semana a los amigos de mas i menos confianza, los que no podían quejarse del buen rato que en dichas noches se les proporcionaba. Los gastos orijinados por estas recepciones a doña Liberata decía ella eran de premiosa necesidad: tenía tres hijas mujeres i lo que una madre prudente debe procurar cuanto ántes es *establecerlas* de un modo conveniente.

Doña Liberata tendría unos cuarenta i ocho años i se mantenía mui conservada. Había sido en sus tiempos *buena moza* i de ello le quedaban bastantes rastros.

La otra era una amiga de la casa que no hacía mucho había venido de Copiapó a establecerse a esta con toda su familia.

Esta señora era pequeña i rechoncha. Su rostro tenía la redondez de un disco i su barba estaba enterrada en otra a manera de papada.

Dicha señora había recibido con el agua bautismal el nombre de Mariana Poblete; habia tenido de un matrimonio, que duraba ya bastantes años, dos niñas por única prole. Diez i ocho años hacia que había tenido a la menor i desde entonces su abdómen había ido tomando cierta obesidad que, continuando en progresion ascendente, llegó a presentar a la recordada doña Mariana mas voluminosa que una embarazada.

Ella aseguraba a todo el mundo que efectivamente se encontraba en ese crítico estado desde hacía siete o mas años; que era opinion de los facultativos que al dar a luz el ser que encerraba dejaría irremediablemente de existir; pero que tenía en su favor la prediccion de una monja, su pariente, que le había asegurado que la ciencia se engañaría i que todo saldría con felicidad.

Si no fueran personajes los que estamos presentando en escena, que el lector solo va a tratar una noche, daríamos con gusto algunos mas pormenores, pero nuestro círculo de accion no nos permite descender a ellos; por lo tanto, diremos únicamente que como la mayor parte de aquellos han de ser a la fecha viadores aun de este tormentoso mundo, no vemos mui distante el que le hagamos mas tarde trabar nuevo conocimiento con ellos.

Por ahora creemos que ya es tiempo de que busquemos en el salon a nuestros conocidos.

Pepito bailaba en *vis a vis* con Pompeyo con una de las señoritas Mandujano. Era esta una niña de diez i siete a diez i ocho abriles, de semblante dulce i rjente como la primavera; su tez mórbida i suave como el terciopelo, era algo morena; bajo dos cejas, delineadas a pincel, brillaban dos grandes ojos negros, razgados i de

maravillosa espresion. Siempre en su boca de labios rojos retozaba la sonrisa.

—Esperancita, decía Pepito que acababa de hacer la primera galopa de San Simoniana, ¿no es verdad que usted presiente que cuando concede a alguien la dicha de acompañarla, quisiera uno que el baile se prolongara indefinidamente?

—Si bailara siempre como lo hago con usted, respondió la niña con su sonrisa que ahora dejeneró en irónica; pero es difícil hallar quien se le asemeje, está Ud. tan ejercitado....

—¡Oh! no es eso, todo el que ha aprendido por principios.... yo asistí a clase de baile como cosa de un año.... antes de entrar al Ministerio....

—Por lo que hace a mí, jamas he recibido una leccion, asi es que usted debe dispensar lo que encuentre malo, agregó en el mismo tono.

—Oh, usted es una criatura privilejiada; todo lo aprende sin el menor empeño, porque, tengo para mí, que el cielo la ha dotado de cuantos dones se puede conceder a los mortales. I si nó, ¿cómo se esplicaría uno el que a la primera mirada que usted nos dirije, nuestra voluntad queda esclava de la suya?

—¿Sigue ejercitándose conmigo en la *aritmética amatoria*, como Ud. lo ha dicho otras veces? repuso riéndose Esperanza.

—¡Yo ejercitarme! esclamó Pepito contoneándose e introduciendo el pulgar de su mano derecha en el bolsillo del chaleco, dejando asi abierto el levita. ¿Si no me encendieran los ojos de usted, si no me cautivara su sonrisa, cree que yo hablaría.... así.... por hablar únicamente?

—¿Luego usted se empeña en que le crea que está enamorado?

—¡Pues! Bien estamos ahora. Con que mis frecuentes

visitas, mi distraccion cuando hablo con otra que no sea usted, mis suspiros, mi enflaquecimiento repentino, todas estas cosas son tan poco elocuentes que usted aun no está convencida!!...

—Pero yo mentiría, si no dijera que con todas i en todos tiempos lo he conocido lo mismo.

—Oh, a eso me opongo, señorita; cuando estaba en mi destino.... era pensionista en el Hotel Ingles i comía.... como las fatigas del dia lo requerían....; vea usted, he cambiado tanto.... que tengo como doce trajes entre paltoes i levitas que están flamantes i no los puedo usar.... he adelgazado estraordinariamente....

—¿Con qué ese es el motivo? dijo su interlocutora soltando a reirse sin miramiento alguno.

—Cierto, el motivo.... físico, repuso bastante apurado porque vió que había sufrido un *lapsus linguæ*; pero el moral....es decir, el amor tiránico que ejerce usted sobre mí....

—¡Pepito! gritó a este tiempo su vis a vis, ya no bailarás ahora!

—Oh, perdon, era tan interesante el punto en que estaba!

I queriendo disimular su turbacion, tomó apresuradamente la cintura de su compañera i partió como un torbellino dando vuelta sobre vuelta hasta que, al llegar al estremo opuesto, no pudo dar la última con la misma felicidad i perdiendo el equilibrio, hubo de afirmarse en lo primero que encontró.

—¡Jesus! ¡qué imprudencia! gritó una voz femenina que vibró como percusion metálica en todo el ámbito de la sala.

Muchas miradas se dirijieron a aquel lado.

Vieron lo siguiente:

A doña Mariana que, roja de furor, abandonaba el asiento que ocupaba en el sofá.

La prominente barriga de la señora habia sido el punto de apoyo que con incauta mano habia tocado el petulante danzador.

I al desgraciado Pepito que hacias por recobrar su posicion horizontal.

Este, al grito de alarma dado por la señora, sintió que la sangre se le coagulaba en las venas, pues en el primer momento no pudo darse cuenta de lo sucedido.

—¡Habráse visto descomedimiento semejante! repitió doña Mariana lanzando una iracunda mirada al acoquinado Pepito.

—Por Dios, dijo este con acento de compuncion, ¡si ha sido una pura casualidad!

—Bien ha salido usted con la casualidad, que por nada cuesta la vida a dos seres! añadió majestuosamente la señora.

Pepito i varias de las personas que estaban próximas dirijieron involuntariamente la vista al lado de doña Mariana, buscando el otro ser a que esta se habia referido.

—Efectivamente, dijo en tono conciliador Epífanio, el hijo mayor de doña Liberata, misia Marianita está en cinta desde hace bastante tiempo i esto la pudo causar alguna grave indisposicion....

—Si no fuera eso, nada me habría importado, dijo esta un poco calmada mediante las palabras que acababa de oir.

—Oh, si yo hubiera sabido, añadió Pepito tambien ya serenado al ver los esfuerzos que hacían algunos por aguantar la risa; si yo hubiera sabido tal cosa, con que tiento me habría conducido!

—¡Menos a la vista había de estar para que usted alegue esa escusa!

—Pide mil perdones, imprudente, dijo a este tiempo Pompeyo a su amigo, tratando de cortar aquella escena que ya iba a rayar en el ridículo.

La música habia cesado por aquel incidente i las parejas buscaban sus asientos.

—Me confieso el mas torpe del mundo, señorita Mariana, añadió Pepito siguiendo el consejo de su amigo. Le aseguro que me dolería el alma si usted sufriese algo por mi causa....

—Basta, caballero, está usted perdonado, dijo doña Mariana frotándose suavemente con sus dos manos desde el comienzo del estómago hasta el sitio resentido; con tal de que no sepa esto mi marido,. ¡se alarma tanto por cualquiera cosa, mi Nicolas!

—Oh, esté usted segura de ello.

—¿I no siente nada, mamá? preguntó con solicitud una de las hijas de la señora de la pretendida preñez.

—Nó, hijita, no es nada, hasta aquí no siento ningun síntoma peligroso....

—¿Quieres que vamos para dentro, Marianita? propuso doña Liberata viendo que ese sería el mejor medio de cortar la cosa.

—Gracias, hijita, te acepto; dáme el brazo. Allá me repondré mejor del susto, tomaré unas gotas i Dios i mi padre san Antonio harán que esto no traiga consecuencias.

I apoyándose en el brazo de su amiga atravezó paulatinamente el largo del salon.

—¡Dios mio, qué funesto sería un aborto en este tiempo! dijo en voz alta i compasiva el bromista de Pompeyo cuando se alejaba doña Mariana.

Esta alcanzó a oirle i volviendo la cabeza mostró su agradecimiento con una sonrisa al que había vertido aquellas palabras. Quedaron los cuchicheos i comentarios en voz baja a la salida de la señora i fué el dichoso fracaso tema de diversion para algun tiempo.

Sentóse al piano otra de las niñas i comenzó a ejecutar la bonita polka *La Fabri* que acababa de ver la luz

i era dedicada a la simpática i malograda actriz de ese nombre.

—Haremos un poco de *piquislabis* para que los muchachos se alegren esta noche, dijo Epifanio al oido del oficial de caballería.

—Que me place, respondió este; yo manejaré el asunto i ya verás.

—Pues, a fabricarlo inmediatamente, es mui indispensable en ciertas ocasiones *el agua de la vida*, como decia mi padre.

I ambos se dirijieron a una pieza que comunicaba con la antesala.

El referido oficial, don Bernardo Floresta, era un jóven alto, de mostacho retorcido i larga pera; de talante militar, pues había en el ejército pocos que llevasen como él el uniforme de capitan. Era mui bien recibido en la casa, donde tenía gran confianza. Se corría mucho su próximo enlace con Eulalia, la hija mayor de doña Liberata.

El, pues, con Epifanio encontraron sobre una mesa de la pieza en que entraron todos los ingredientes necesarios para la preparacion de un buen ponche: pisco, ron de Jamaica, coñac, nieve, etc., etc.

Nosotros los desjaremos allí para dar otro vistazo al salon.

Allí estaban los demas jóvenes, sentado cada uno al lado de quien mejor le había parecido, i conversaban agradablemente mientras resonaban los alegres compases de un vals.

—¡Perfectamente! ¡mui bien! dijeron muchos cuando este concluyó.

Esta vez, lo que poco sucede, los circunstantes tenían sobrada razon al aplaudir. Esperanza era quien tocaba i se espedía sin que dejase nada que desear en cuanto a gusto i ejecucion.

—Mil gracias, dijo esta con una sonrisa encantadora, preparándose a abandonar el piano.

—Oh, señorita, dijo Pepito con voz suplicatoria, sea usted otra vez condescendiente. ¿No podría ejecutarnos alguna cosa de Hernani?....Es esta música tan preciosa! Encierra esta ópera tanta suavidad i armonía, que jamas me cansaré de oirla.

—¿Qué parte le gusta a usted mas? preguntó Esperanza con la mala intencion de poner en apuros a Pepito, a quien conocía demasiado para estar segura de que entendía tanto de música como de araucano.

—¿Qué parte prefiero?....

—Sí.

—Aguarde usted.... vea si recuerda aquel magnífico trio.... a dos voces, si.... a dos voces, de soprano i barítono.... Sino flaquea mi memoria está en el tercer acto.

—Aí, ¡qué desgracia!....

—¿No lo recuerda usted?

—Nó, no lo recuerdo.

—Lo que es yo lo tengo en la punta de la lengua.... si supiera tararear....

—Quién tuviera su memoria, dijo haciendo una mueca de mal humor la burlona; pero estoi mui lejos de eso.

—Pues entonces, respondió Pepito con toda flema, toque usted aquel duo que tanto gustaba a la difunta señora mi madre....se lo oí a Ud. la otra noche....Cuando queda la prima donna desesperada, paseándose sola a a largos pasos por el proscenio....

—Oh, de eso sí que me acuerdo, dijo Esperanza haciendo oir un hermoso preludio que ahogó al mismo tiempo su risa que no había sido dueña de contener.

A continuacion de ese preludio comenzó a ejecutar de intento un trozo de la popular ópera de Verdi, *Il Trovatore*.

—¡Esto si que es divino!.... esclamó el famoso dilettanti; oh, yo soi para esto de retener las mejores escenas como ninguno.

—¿Ha usted estudiado la música? le preguntó su otra vecina.

—Nó i sí.... por principios nó, pero para lo que hace llenar el *vacío de la sociedad*, entiendo lo suficiente.

—¿Sabe que no alcanzo a comprender bien su distincion? repuso la interpelante.

—Es decir, que soi puramente *aficionado*.... pero ¡oiga usted!... preste atencion a este delicioso pasaje.... ¡oh! aquí ya va a salir Hernani disfrazado de bandido.... ¡Ese Guglielmini como trabajaba en esta parte!.... Lo que es Mamoni dicen que no es ni su sombra; yo no le he visto, me ha fastidiado el Teatro;.... desde que dejé el Ministerio a que no voi ...

—Oh, eso se conoce, dijo su interlocutora cambiando una mirada de intelijencia con Esperanza, como diciéndole: «ahora te creo, es como tu me lo has pintado.»

Lo que tocaba Esperanza i a que se refería Pepito era la hermosa aría *Il balen*.... que canta el conde de Luna.

VIII.

Pompeyo había buscado medio de acercarse a Pepito e invitarle para pasar a la antesala.

—Por Dios, hombre, no hables tanto, le decía en tono persuasivo mientras le guiaba hacia aquella pieza. El que quiere entender de todo, cuando menos se piensa queda en descubierto.

—¿Consejos, amigo?

—Tómalo como quieras; pero lo que mas te recomiendo es que veas modo de no entrometerte sino en aquello que conozcas mui bien....

—Calla, hombre, no seas necio. Tu no entiendes un ápice en esto de mujeres. Mira, soi yo ahora quien aconseja, háblales de cuanto se te venga a la cabeza, entrevera en tu lenguaje algunas espresiones floridas i algun tanto sonoras i verás.

—Oh, es imposible correjirte.

—¿I de qué, hombre?

—Es gastar tiempo en balde.... con tales ideas....

—Vaya, juzgas tu que a uno no lo tildan de corto de jenio o, hablando en plata, de tonto, si no les dice un galanteo a tiempo, no les sigue una broma o si uno no toma parte en alguna conversacion que se haga jeneral?

—Yo confieso que ambos estremos son defectuosos, repuso Pompeyo, abriendo la boca para dejar pasar un prolongado bostezo i dejándose caer indolentemente en un mullido sofá.

—Pues, hombre, ahora veo que no es tiempo de filosofar, pero, sin embargo, voi a decirte francamente mi opinion: prefiero ser i morir hablador, *palangana* o como quieran llamarme, que el pasar por leso!

Pepito al decir estas palabras meneaba de tal modo las manos como cierto presbítero, cuando trata de suplir con la accion lo que no han dicho sus palabras.

—Amigos, hagan el favor de venir un momento para acá, dijo desde la pieza contigua Epifanio, dirijiéndose a los que estaban en la antesala.

—De allá somos, respondió Pepito abalanzándose a esta insinuacion.

—Amigos, advirtió el oficial Floresta, hemos hecho con Epifanio un ponchecito a escondidas de misia Liberata....

—¡Qué escondidijos ni qué niño muerto! replicó Pepito; estamos en *noche buena* i no hai cosa que venga mas a pelo.

—Es que mi mamá, como tu la conoces, no gusta de estas cosas, agregó Epifanio.

—Estamos entre jente, amigo, i no hai cuidado que nadie se ha de desmedir.

—A no ser tú, dijo Pompeyo.

—No será el hijo de mi señora madre, eso lo aseguro, repuso Pepito. ¡Qué diantre! un caballero no necesita ni de tales advertencias.

Floresta se sonrió i pasó un vaso que tenía en la mano a Pepito.

Este lo vació en un segundo.

—Hé aquí un ponche que hace honor al capitan, dijo devolviendo el vaso.

—¿Lo halla usted bueno? preguntó este.

—Exelente.

—Si alguno quiere cargarlo más ahí hai pisco, nieve, lo que ustedes gusten, dijo Epifanio.

—Beberé otro tantito para alabar mejor la pericia del fabricante, dijo Pepito sirviéndose otro vaso.

—Te acompañamos, dijeron algunos.

—Pepe, ¿por quién bebemos? le preguntó Pompeyo.

—Será por el sexo bello.... respondió este.

—Eso es mui trivial, hombre.

—Pues entonces, por las aventuras que nos aguardan esta noche.

—¿I si no nos acontece nada?

—¡Bah!

—Yo propongo, dijo Pompeyo armado de toda su seriedad, que bebamos por el padrinazgo que voi a procurar a Pepito.

—¡Padrinazgo!....

—Sí, señores, Pepito ha contraido esta noche la obligacion de llevar por lo menos a la pila bautismal, para despues velar sobre él i protejerlo, al ser que casi despacha al otro mundo.

—¡Já!.... ¡já!...., dijo Pepito riéndose, diablo que me has dado susto con tu maldita formalidad....

—Es mui cierto, debe beber, dijo el capitan.

—I como que ha de parecerse en lo precoz a su digno padrino, agregó Epifanio; tiene ya segun se cuenta siete años de vida!

En medio de una risa jeneral todos vaciaron sus vasos.

—Ahora, muchachos, despacharse presto que las niñas están solas, dijo Floresta.

—I nos invitan tocándonos el schottisch mas tentador que he oido, añadió Pepe.

—¡Buen humor i divertirse! agregó uno de los jóvenes que estaba cuando llegaron Pepe i Pompeyo, sacando al mismo tiempo su pañuelo para enjugarse el bigote.

—¡Viva la confianza i la noche buena! dijo otro preparándose a abandonar la pieza.

—¡En marcha! dijeron varios i todos se dirijieron al salon.

Pepito al llegar al umbral de este, empezó a hacerse el que buscaba algo en el bolsillo de su levita.

—Qué diantres, dijo en voz alta, mi pañuelo, ah, ya caigo.... se me habrá quedado adentro.

I dando media vuelta, se encaminó a la pieza que acababa de abandonar.

—Bien, dijo para sí Pepito, todo lo hace la estratejia. Ahora, qué diablos, alegrémonos, para eso es noche estraordinaria.

I esplorando de una mirada cuanto había sobre la mesa, concluyó por fijarse en la ponchera de porcelana que todavía contenía bastante líquido.

Tomóla con sus dos manos i principió a beber con toda tranquilidad i como si fuera agua destilada.

Dióse un momento de descanso i volvió a la carga hasta que la dió fin completamente.

Luego murmuró: Hombre prevenido, nunca fué vencido.» Forewarned, forearmed, como decía en Valparaiso mi profesor de ingles; diantre, mal indicio cuando me acuerdo hasto de esto; veremos ahora, añadió con íntima satisfaccion de sí mismo, veremos si alguien me deja callado. ¡I qué bien hecho estaba este ponchecito!

I metiendo la mano al bolsillo estrajo de él un pañuelo con el fin de limpiarse la boca.

—¡Diablo! esclamó, en que mal estado se halla este pobrecito, ya se vé, a que me acompaña en este bolsillo hará bien.... sí..... su mes i medio.... i la maldita lavandera.... que sin mas que no pagarle abandone a su patron, i eso que la galanteaba como si fuese una señorita, pero asi es esta jente.... no debo estrañar.... el bergante del sastre ya no me deja sacar ni una hilacha.... i luego las insolentes visitas del bizco de mi zapatero....

¡Amargos sinsabores de la pobreza!.... Cuando me vienen estos recuerdos....me suicidara de nuevo.... Ah, qué bruto, pues no estoi ya diciendo disparates!.... Intentaría de nuevo suicidarme.... en fin, añadió esforzándose por apartar de sí esos sentimientos que le eran tan penosos, toquemos retirada i divirtámonos, mientras podamos, como si fueramos millonarios.

I hecho esta refleccion con toda la fuerza de su voluntad, sintió Pepito su espíritu tan libre como un magnetizado que, despues de la última *pasa*, recobra el uso de sus facultades sin conservar rastro alguno de lo doloroso que haya esperimentado durante su sueño.

A Pepito sucedía en esto lo que a muchos. Su situacion era bastante aflictiva. Su familia compuesta de tres miembros, su madre i dos hermanos pequeños, se encontraba en Valparaiso en una condicion bien miserable para que pudiera esperar de ella recursos. Se sabe que en la actualidad carecía de destino, viviendo del favor de este o del otro amigo que aun le permanecian fieles. En tan precario estado, Pepito tenía sus horas i aun sus dias de tranquilidad. ¡Olvidaba!....

La idea de su pobreza, que ya era en él una preocupacion, desaparecía al encontrarse con algun amigo con quien antes había pasado amenos ratos de diversion; desaparecía al hallarse en sociedad, donde veía que cada cual debe prestar su continjente para contribuir a divertirse i no a entristecerse. Sin el olvido momentáneo de los males que nunca dejan de aquejarnos, creemos que se acortaría la vida del hombre en sus dos tercios. ¡Cuántos desgraciados vemos riendo i celebrando la mas insulsa chanza de un amigo i a la hora, al minnuto, se contraen talvez sus labios por la amarga sonrisa de la desesperacion!....

Pero basta de digresiones.

El carácter jactancioso, o mejor dicho, orgulloso de

Pepito obraba, en gran parte, en las súbitas reacciones que esperimentaba. Sus ardientes conatos tendían a presentarse con faz risueña a todo el mundo, a fin de que nadie sospechase siquiera el verdadero estado de sus asuntos.

Pepito, pues, se estiró sus cuellos de guillotina, que no estaban mui provistos de almidon, i con su innato aire de fatuidad i petulancia se encaminó al salon.

IX.

Pepito entró al salon cuando casi todas las niñas bailaban.

Doña Liberata estaba en el sofá con doña Mariana que, en salvo del accidente que tanto había temido, conversaba mui alegre, abanicándose continuamente la sobrebarba, que parecía ser el punto en que mas calor sufria.

—¡Qué bien lo hace tu Esperanza, niña, le decía con acento cariñoso, ¡si parece un trompito!

—¡Favor que le dispensas, hijita, pero tus niñas tienen tanto despejo i tanta gracia para bailar, que no debes hallar a nadie que baile bien.

—¡Qué calor, Liberata! Es cierto que las mias no lo hacen tan mal.... ¡me sofoco ya, hijita!.... pero tu Esperanza tiene no como todas.... ¡debe ser por el susto que he pasado.... si me arde la cara, niña! una habilidad tan prematura.... está tan jóven....

—Como que sale al estrado desde el año pasado no mas; pero así han sido estas mis hijas.... mui precoces en todo.

—¿I las mias?....

—Creo, niña, que no se han de haber quedado atrás por lo que demuestran. ¿Quieres tomar agua azucarada? Es un primor, cuando una está con sofocacion.

Las interlocutoras que en medio de su familiar conversacion se decian *niña* por aquí i por allá sin el menor

escrúpulo, la que menos, como el lector recordará, iba a entrar presto en los *cincuenta*.

Pepito, afirmado en el marco del tabique de cristales que dividía las dos piezas, miraba i remiraba tratando de descubrir una niña que le acompañase.

Al fin devisó una de aquellas *víctimas de las tertulias* que asisten a estas por su inclinacion a los *comestibles*, pero que, cuando se llega la hora, no tienen ni disposicion de hacerles cara, por que durante el pesado lapso de tiempo que han permanecido sentadas, viendo que a cada una de sus amigas les ha llegado el turno de pararse para bailar, su apetito se ha espantado. El despecho o una justa vergüenza les disipa igualmente el gusto o buen humor que tuvieron al principio de la reunion.

Pepito, pues, preguntó a un jóven que como él miraba bailar desde la puerta:

—¿Conoce usted a esa niña?

—¿Talvez quisiera usted bailar con ella?

—Amigo, estoi alegre i bailaría con el demonio en figura de jente.... pero no tengo amistad con ella i no me atrevo a ir así de sopeton....

—Si usted gusta, dijo el jóven con un tono insinuante, lo pondré a usted en baile.

—Convenido, amigo.

—Espere usted un momento.

I el jovén habló dos palabras con la niña en cuestion, quien, medio sorprendida de la demanda, accedió sin embargo con un íntimo gozo como se figurará el lector.

Hizo mil arrumacos antes de quedar lista para levantarse; tosió para llamar la atencion i, por último, sonriéndose para mostrar dos hileras de dientes mui blancos i parejos que no se les podia poner mas *pero* que el ser artificiales, tomóse del brazo de Pepito.

—Usted dispensará, le dijo con voz melosa, pero co-

mo yo soi tan delicada de salud, pocas veces bailo, aparte de que lo hago tan mal....

—Oh, no pase usted cuidado, señorita; conmigo no he conocido a nadie que no se acompañe bien. He tomado lecciones de Orozco i por solo la planta que le veo a usted, deduzco que tiene una disposicion bastante a propósito para el baile.

—Oh, mil gracias, caballero.

—Créame usted; yo no entiendo de cumplidos ni sé lo que es galantería: lo que me parece lo digo sin mas preámbulo, i desde luego conozco que usted debe hacerlo perfectamente.

—Ya verá usted como se engaña, repuso su interlocutora con un tono que daba a desmostrar que ella estaba segura de lo contrario.

Pepito era apasionadísimo del schottisch i se sentía mas liviano que una pluma con el *ponchecito*.

Teniendo pues tan desarrollada su ajilidad estaba deseoso de dar principio.

Cortó la conversacion colocándose en actitud de bailar.

Fué a dar el primer paso con toda la mesura i elegancia de que era capaz, cuando se le impidió su compañera diciéndole la escusara un momento,

—Ai, que desgracia, un alfiler, ¿quién tiene un alfiler? ¿Tiene usted misia Marianita?

—Vaya, si tengo, dijo esta cortando su conversacion con doña Liberata; ¡si estoi que me sofoco! ¡pues no he de tener!.,..

—Por Dios, si eso no importa, ¡si no se trata de eso!

—¿Cómo qué no importa? En mi estado un acaloramiento de esta naturaleza.... Cuando tu pases por estas cosas sabrás lo que significa....

—Oh, misia Marianita, ¡si es una cinta!

—Puesto que tú lo has dicho, hijita, te contestaré sin

pudor ninguno, sí, sí, ¡estoi en cinta! i ya ves.... que por esta razon....

—¡Oh! ¡qué no comprender!, dijo desesperada la compañera de Pepito dando media vuelta i hallándose próxima al oficial Floresta que dejaba en ese momento de bailar.

—¿Tiene usted, Floresta? le preguntó precipitadamente.

—Oh, como nó, señorita, de todo, respondió este sorprendido de tan estraña pregunta.

—¡Al cabo! ¡Deme usted luego, que atras se me ha safado..,. i no puedo bailar!

—¡Qué dice usted, señorita!

—¡Es en el mismo lugar donde se nos toma!

—O usted o yó padece una equivocacion.... no la comprendo..,.

—Sin necesidad de comprender.... déme Ud. el alfiler.... que luego se irá a concluir la música...,

—¡Un alfiler! ¡Por ahí debió Ud. haber comenzado! dijo riéndose de buena gana el capitan pasándole lo que le pedian.

—¿Qué tiene la *fulana* que parece fuera de juicio? preguntaba misia Mariana a doña Liberata.

—Qué sé yo, hija. La han sacado a bailar i arma ese estruendo.

—A mí no me ha dejado ni concluir....

Mientras tanto, Pepito estaba dando a todos los diantres por haberse metido con semejante compañera.

Esta, colocada al frente de uno de los espejos que adornaban el salon, hacía que la prendieran un largo lazo de cinta celeste que llevaba en la cintura i cuya rosa había Pepito hecho cambiar de sitio al tomarla para bailar.

—Ya me tiene Ud. aquí, dijo dirijiéndose a este, ¡Tanto costarme una cosa tan fácil!

Pepito sin despegar sus labios se puso nuevamente en actitud de comenzar.

Ahora dió el primer paso, pero se quedó a la mitad de la vuelta.

—¡Por Dios! ¿Lo he pisado? le preguntó solícita su pareja.

—No es nada, dijo este levantando un momento el pié en fuerza del dolor. ¡Principiemos, por Dios, que poco mas han de tocar!

—A mí es lo único que me cuesta. No sé porque la partida la he de hacer al mismo golpe de la música, por eso me llevo aguardando que se marque bien el compas.....

—¡I yo debí haber aguardado que se marcase bien su tontera! murmuró Pepito para sí.

Lanzóse, por fin, este en medio del salon, arrastrando, mas bien que conduciendo, sin misericordia alguna a su pesada compañera, lamentando interiormente la ocurrencia que tuvo de sacarla. Pero reflexionó que antes de hacerlo nada sabia.

Paróse, pues, al poco rato.

La tocadora tambien a ese tiempo abandonó su tarea.

Como hubiesen quedado muchas parejas que bailaban aun cuando la música cesó, fué aquella sustituida.

Dejóse oir ahora el lijero compas de un wals de tres tiempos.

—Tantas parejas que salen juntas no la permiten a una bailar a gusto, dijo a Pepito su acompañante quedándose tomada de su brazo.

—Ciertísimo que eso es una lástima, señorita, respondió Pepito; sino estoí por asegurar que nos habríamos lucido.... agregó con sorna.

—Ya lo creo. ¡Usted baila tan bien!

—Maldito si ha tenido tiempo de conocelo siquiera, pensó este.

—Oh, usted sobresale en la materia, dijo en voz alta i con un tono incisivo.

—¡Siempre Ud. haciéndome favor! Vea, en prueba de lo que poco ha le decía, como se desparece ahora la Esperanza i es por nada mas que por que quedan dos parejas bailando.

— ¡Lindo papel habría desempeñado yo con ella! Está visto que a sus cien mil necesidades agrega una elevada impertinencia, dijo para su capote Pepito.

Esperanza valsaba con Pompeyo.

Pompeyo era un bailarin consumado.

Esperanza, siguiendo cadenciosamente la viva música del wals, apenas rozaba la alfombra con sus menudos pies.

Ambos danzadores, con una destreza prodijiosa, atravesaban de mil maneras la lonjitud de la sala.

Esperanza, vestida sencillamente de blanco, aparecía en todo el esplendor de su hermosura.

Sus grandes ojos, densamente oscuros, brillaban bajo sus largas, sedosas i encorvadas pestañas i daban una espresion estraordinaria a su bello semblante, animado con la ajitacion producida por el baile.

Pepito la miraba atento, arrobado, estasiado.

Esperanza le pareció una criatura hermosísima, sublime, encantadora, un ser escepcional que no podía menos de enajenar a cualquiera que la contemplase de aquel modo.

En medio de su fascinacion, la idealizó de tal manera que creyó ver un ser diáfano i aéreo que desaparecía o se aproximaba con la rapidez de los blanquecinos vapores de los lagos que arrastra velozamente la brisa de la mañana.

En la mirada de Pepito había envidia, amor, celos, desesperacion, locura.

Afortunadamente esto solo duró pocos segundos.

Por casualidad su vista cayó sobre su pareja a quien un momento había olvidado, absorvido como habia estado en su contemplacion.

Esto salvó a Pepito.

I perdió a aquella.

Pepito instantáneamente parangonó a una i otra.

De este parangon resultó que no quiso seguir mortificándose i dando las gracias a su malhadada i prosaica compañera, la llevó mui resueltamente a su asiento.

El encanto había concluido para Pepito.

En ese corto tiempo había recobrado del todo su sangre fria.

Su voluntad hemos dicho que era fuerte.

Pensó que Esperanza era un imposible para él; que de las hijas de doña Liberata era la que menos atenciones le dispensaba: antes bien, casi siempre esta se entretenía a costa suya con mui pocos miramientos.

Envidió la suerte de su amigo Pompeyo por cuanto bailaba con una tan diestra compañera, i desazonado por el petardo sufrido en el baile, en que tantos deseos tuvo de tomar parte, paso a la antesala.

X.

Cesó el baile, cesó la música i con ella la animacion en el salon.

Los hombres salieron a descansar comodamente i a fumar.

Agrupáronse varios con el susodicho fin.

A este tiempo entraron un serviciode helados i barquillos que fué necesario pasar a las señoras.

Despues de estas sirviéronse los hombres.

Pepito, que estaba sumido en una poltrona tomando con todo reposo un encolmado plato de helados, que se habia servido él mismo, vió que con semblante risueño se acercaba a él el jóven a quien debía el flaco servicio de haberlo puesto en baile.

—¿Quedó usted mui cansado? le preguntó.

—Bastante, amigo, para lo poco que bailé.

—Habría Ud. bailado ya antes que yo llegase.

—Oh,.... Pero no es eso. Yo soi hombre que bien puede aguantar una noche entera sin cansarse. He sido decidido por el baile desde tiempo atras....

—Debe usted hacerlo mui bien. Siento no haber estado cuando usted bailó. Vine a consumirme un habano cuando usted iba a comenzar.

—Pues habría usted visto bueno, dijo Pepito acordándose del incidente que tanto le había desazonado.

—¿Sí? ¿Luego a usted le cuadró la compañera?

—¡A las mil maravillas!

—Me alegro; creia que hubiese bailado mal, porque

pocas veces lo hace. Es medio enfermiza, pero puesto que usted, que es conocedor, asegura lo contrario, ¡tanto mejor!

—Fíjurese por un momento que usted fuese arrastrando una carreta....

—¡Cómo!....

—Lo que le digo...; no sabe menear un pié, i luego tan melindrosa, tan almibarada.... i con aquella cara....

—Vea usted, caballero....

—¿Qué? está por acaso enamorado usted de ella..... entonces sello mis labios; pero dispénseme usted que no le alabe el gusto....

—¡Oh, esto es una iniquidad!

—¿Se burla usted?....

—¿Cree usted que puede así no mas hablarse de una señorita? ¡Pues, señor, si usted lo ha creido así, se engaña!

I el que pronunció estas palabras aparecía encarnado por la violencia que se hacía en contenerse.

Todos los que se encontraban en la sala dejaron de hablar para contraer su atencion a esa escena, que ninguno comprendia, i que seguramente por el tono de los interlocutores se dejaba ver que sus ánimos iban agriándose.

—Yo no me engaño nunca, mi señor, repuso Pepito engallándose. Por si usted no lo sabe, desde luego se lo advierto.

—Pero ¿qué pasa, señores?, dijo interponiéndose el capitan entre los contendores.

—Nada, absolutamente nada, respondió Pepito. Este caballero pretende que yo debo recojer ciertas palabras dirijidas a cierta señorita que adolece de mil simplezas e impertinencias. Yo aseguro que están mui bien dichas....

—¡Pues es usted un insolente!

—I usted.... ¡un mentecato! ¡que no sabe ni lo que sostiene!

—¡Silencio, señores!

—¡Vean ustedes el sitio en que se encuentran!

—¡Reparen ustedes que en la otra pieza hai señoras!

—¡Pepe, callate, hombre, no te exaltes!

—Pues, señor no me callo ¡i nadie me hace callar! dijo este pasándose sus dedos crispados, en fuerza de la rabia, por su abundante melena.

—¡I yo digo a Ud. que me ha de dar una satisfaccion por sus palabras descomedidas i desvergozadas! dijo su contrario con un aire resuelto.

Floresta tomó fuertemente del brazo a Pepe i lo arrastró a la pieza próxima donde se había hecho el ponche pocos momentos antes.

Pompeyo i otros lo siguieron.

—Esplícate, hombre, le decía el oficial.

—¡Oh! Mi delicadeza, esclamaba Pepito dándose vuelta la boca-manga de su levita, ¡A mí con palabras *subversivas*!... ¡Jamas las he soportado de nadie!

Pompeyo cerró la puerta de la pieza.

—Habla, hombre le dijo a su amigo. ¿Qué motivos han podido....?

—¡Oh! ¡a mí no se me insulta!

—¡Esplícate, con mil demonios! dijo Floresta que iba perdiendo la paciencia.

Pepito que había visto que su contrario había quedado del lado afuera de la puerta, quiso seguir en sus bravatas para dar así ante sus amigos una prueba de su valentia.

Está averiguado que siempre es mas cobarde aquel que es mas farfulla i forma mas estruendo.

—¡Uffff!!! esclamó con aire trájico, ¡I me lo han quitado de delante!!

—Pero segun parece, ¿tú lo has provocado?

—¡Yo!.... Si no he dicho sino que era una carreta... No alcancé siquiera a decirle que era ademas un abocastro, un aborto infernal....

—¿I a quién?

—I luego ¡él mendrugo!.... ¡un candil!.... ¡Si tengo fuego en mis venas!.... ¿Quién le mete sacar la cara por quien no debe...?

—Responde categóricamente, le dijo Pompeyo poniéndosele delante i con bastante aspereza para que Pepito no continuase con sus esclamaciones i pantomima: ¿de quién hablaste tú?

—De esa con quien bailé.... tu la debes conocer.... un esqueleto pintado.... i que no sabe ni andar, menos bailar....

—¿Esa niña que te acompañó en el schottisch?

¡—La misma!

—Ah, dijo Epifanio: ¡es su hermana!

—¡Su hermana! repitió Pepito.

—En buena te has metido, dijo a este Floresta.

—Algo tienen de parecido, respondió Pepito en voz baja ya, pues iba comprendiendo que el trance en que se hallaba era mas sério de lo que había creido. Aunque mas no sea en su impertinencia, agregó.

—Déjate de hablar, le dijo Epifanio; tú has venido a echar a perder todo. ¿Qué hacemos ahora? añadió volviéndose a Pompeyo.

—Yo soi de opinion que se le dé una satisfaccion....

—¿I que le diré? repuso Pepito. ¿Que no sabía que era su hermana i que si lo hubiese sabido no habría hablado lo que de ella hablé?....

—Es cierto, dijo Floresta; eso sería echar la cosa mas a perder....

—Yo apenas lo conozco, agregó Pompeyo.

—I yo, repuso Floresta.

—I quién sabe que toletole habrá quedado alla aden-

tro, agregó Pompeyo. Como no se haya traslucido entre las señoras. Misia Liberata que es tan delicada....

—Oh, por eso no hai que tener cuidado, dijo Epifanio. Hernandez quedó con mi hermano i habrá tenido prudencia.

Si ustedes gustan yo iré a tentar medios de arreglo, propuso el capitan.

—Por mi parte no hai inconveniente, dijo Pepito que interiormente daba a todos los diantres por haberse encontrado envuelto, cuando menos lo pensaba, en aquel enredo; i todo por el famoso ponchecito que le abrió en tan alto grado el deseo de bailar.

—Yo apruebo la idea, dijo Epifanio.

—I yo.

—Es lo mejor, dijo otro.

—Convenido, dijo Floresta, dentro de cinco minutos estoi aquí.

I salió.

Pepito se esforzaba por aparentar una serenidad de que carecia.

A parte del temor que abrigaba por las consecuencias inmediatas que se seguirían de su choque con el jóven, que nombraremos Hernandez, puesto que así lo hemos oido llamar a Epifanio, presentía los que podrían venirle mas tarde si doña Liberata se llegaba a imponer de lo acontecido.

Ambas cosas, pues, ejercían en el ánimo de Pepito una fuerte presion que le hacian arrepentirse de su poca precaucion para dar rienda suelta a sus palabras.

Hacía interiormente propósito de correjirse en adelante.

I para no desperdiciar el tiempo i despejar un tanto su imajinacion, como tambien para entretener su ansiedad, mientras la vuelta del capitan, comenzó a referir punto por punto a Epifanio el comienzo de su altercado.

Trabajó cuanto pudo por convencer a este de que en él no habia existido imprudencia de ningun jénero, sino que de parte del otro estaba el haberle indicado que era su hermana la persona de quien él iba a hablar.

Pero Epifanio, que lo conocía a fondo, tenía para sí la conviccion de que su amigo era sin duda ninguna el causante de todo i que Hernandez mal pudo hacer otra cosa que lo que efectuó.

Pepito perdió, en consecuencia, su tiempo en balde.

A los pocos minutos volvió efectivamente Floresta.

Fué conciso en su esposicion.

Díjole a Epifanio que todo se había allanado felizmente. Que él habia espuesto que Pepito debia ser dispensado en virtud de que estaba mas alegre que de ordinario. Que atribuyese a que la bebida que por condescendencia con ellos Pepito se habia consumido, habia sido la causa principal de que aquel se hubiese propasado a hablar en ese sentido de su hermana que, por otra parte, él ignoraba que lo fuese tal. En fin, que eran cosas de jóven sin reflexion i que debía escusarla en atencion a la casa en que estaba.

Añadió que él se habia conformado con las tales esplicaciones i que demostró sentimiento por no haber sido dueño de contenerse como hubiera querido; i que en el salon se había dicho era una broma lo que acababa de suceder i que marchaba todo perfectamente sin que nadie se inquietase lo mas mínimo por ello.

No se podía pues esperar una mejor solucion.

Aunque el capitan agregó:

—Hernandez tambien me hizo presente que creía que lo mejor para él era el retirarse pronto; que así quedaríamos mas en libertad para divertirnos i que él, habiendo venido solo con su hermana, hallaba mui a propósito la hora para efectuar su retirada.

—Que lo haga en buena hora, dijo Pepito, que se

vió libre del peso que sus propias reflexiones le hacían sentir.

—¡Bah! se dijo Epifanio encojiéndose de hombros, yo que conozco a Hernandez me había imajinado una cosa mui diversa. De todos modos, pensó, mejor es este desenlace que el que yo me hubiera atrevido a proponer.

Pero, lo que no dijo el capitan, ni lo que tampoco sabia ninguno de los otros, era que Hernandez habia inquirido del hermano de Epifanio, de una manera bien natural, si pensaban pasar el resto de la noche allí todos los que se encontraban en su casa.

I este le había respondido que a Pompeyo, Pepito i otros mas les habia oido decir que quizá irian mas tarde al teatro.

Puede, pues, que Pepito no estuviese realmente tan libre de cualquier evento desgraciado como se figuraban él i sus amigos.

XI.

Era ya la media noche.

Santiago a esa hora ordinariamente presenta un aspecto triste e imponente.

Triste, porque pasadas las diez cesa gradualmente su animacion, sin que transiten sus calles mas que uno que otro comerciante que tiene costumbre de cerrar tarde su tienda, o este o el otro jóven que sale de una visita o va en busca de alguna galante aventura.

Imponente, porque sumido en un profundo reposo, deja ver al retardado transeunte sus grandes i majestuosos edificios envueltos en una especie de penumbra producida por la escasa i vacilante luz de los faroles, colocados a largos intervalos para que puedan arrojar la luz que fuere de desear.

Pero aquella noche presentaba la capital una insólita animacion.

Multitud de personas transitaban sus calles.

I toda esa multitud llevaba algun fin.

Una parte se dirijía a la Alameda tras de las frutas i fondas cuya descripcion hemos hecho; otra, al teatro donde había baile; estos a los hoteles u otras casas de diversiones, i aquellos a las Iglesias en busca de las misas que a la anunciada hora dan comienzo.

Dirijámonos un momento a la calle de los Huérfanos.

I encontraremos entre los numerosos transeuntes varios de nuestros conocidos.

A doña Liberata, su familia i algunos amigos.

Marchaban en el órden siguiente:

Delante, Pepito con Benigna la hija segunda de doña Liberata.

Despues, Pompeyo con Esperanza.

Luego el capitan Floresta con Eulalia.

A continuacion seguian misia Liberata con sus dos hijos i las niñas de doña Mariana.

I detras, esta con otro jóven de los que hemos visto poco tiempo ha en casa de las Mandujano.

Marchaban pues de dos en dos asidos del brazo, conversando animados los unos i tranquilos los otros.

Estos últimos eran sin duda ninguna los que no habian podido huir el cuerpo a las señoras, queremos decir, a las *mamáes*, que, no sabemos por qué motivo, algunos se quejan como si hubiesen sufrido un gran petardo porque les ha cabido en suerte el ser los caballeros de aquellas amables compañeras.

Por que los mamáes casi siempre son amables cuando se les sirve de apoyo.

Nosotros decimos desde luego, aunque vamos en contra del sentir de muchos, que hallamos un mui ameno rato cuando acompañamos a alguna mamá por fea o desapacible que sea; porque lo mas seguro es que nos hace palpitar suavemente de contento el corazon refiriéndonos las gracias, agudezas i talento de algun adorado i hermoso pimpollo por quien nos interesamos.

Queda con esto establecido que, en caso contrario, somos del parecer de la jeneralidad.

La noche convidaba a pascar.

I es por eso por lo que se veía tanta jente, sin que en las demas de su especie suceda otro tanto.

Pero nosotros sabemos que nuestra comitiva no va con el solo objeto de gozar de las bondades de la noche.

Lleva una direccion determinada.

I como ya está mui próxima del punto a que se encamina, vamos a aprovecharnos del poco tiempo que resta para esplicar en dos palabras el orijen de esa determinacion.

Despues de la partida de Hernandez i su hermana, se retiraron tambien las demas personas que había en casa de doña Liberata, a escepcion de los que hemos visto en la citada calle de los Huérfanos.

Como la tertulia ya no ofrecía la misma animacion que hemos descrito; antes bien, prometía que iría progresivamente declinando, Pompeyo tuvo la ocurrencia de proponer a Epifanio i Floresta el que consiguiesen con la señora doña Liberata el pasar en cuerpo al Hotel de Francia, que entonces era el mas concurrido establecimiento de su especie, a tomar allí el té con alguna cosa lijera aunque nutritiva, como ser unos fiambrecitos.

Patrocinada la idea por los dos amigos, fué propuesta a la señora, quien, sacando su *muestra* antes de dar una respuesta, vió que había pasado la media noche i que por lo tanto podia acceder a la invitacion.

Doña Liberata acudió primeramente a su reloj, porque como, en preferencia todo, era mui cumplidora de las prácticas cristianas, quería cerciorarse de sí se había ya *velado* cumplidamente *la carne*.

I visto que esta condicion estaba realizada, accedió.

Hé aquí porque encontramos en la calle referida a la comitiva que hemos indicado.

Al llegar a la esquina de la calle del Estado doblaron hacia la plaza i penetraron presto en el patio del hotel.

El Hotel de Francia era el año 58 el mas concurrido, ya por sus buenos helados, ya por los repetidos conciertos que en él se daban, ya porque en la ciencia culinaria se habia creado una reputacion meritoria.

Había dos salas para señoras.

Ambas eran algo estrechas, pero estaban adornadas con esmero i elegancia.

A ellas entraron los de nuestra comparsa.

En la primera había un piano perpendicular que, aunque sus voces estaban ya un tanto apagadas, prestaba mui buenos servicios.

Sentáronse las señoras i mientras se preparaba la mesa para el té en el salon del comedor, se entretuvieron en pasar revista crítica a varias niñas que estaban allí antes que ellas, en tocar el piano i en beber uno que otro traguito de anicete, marrazquino, kurasau, etc., que había en una frasquera traída de órden de Floresta.

Doña Mariana estaba perfectamente con Pepito, quien la había colmado i seguía haciéndolo, de mil delicadas atenciones.

Este, al hacer esto, tenia en mira la grande amistad que profesaba a aquella señora doña Liberata, con la que le convenía estar en mi buen concepto: Pepito sabía lo mucho que puede hacer una recomendacion de una a otra amiga cuando en medio de su agradecimiento esclaman con una voz autoritativa; ¡qué jóven tan político es éste! ¡qué fina educacion tiene este jóven! atiende a todo el mundo! o bien: ¡qué jóven tan moderado, tan servicial, tan para todo!

Pepito sentía, como siempre, una mui buena disposicion para la bucólica aguardada, estando ya en estado de perfecta tranquilidad con respecto a los resultados que un momento temió le hubiren sobrevenido de su choque con el jóven Hernandez.

Doña Liberata no habia ni traslucido el tal incidente porque sobre él se habia guardado un relijioso silencio, lo que en verdad hacía a todos honor, pues en sucesos de esa naturaleza pocas o ningunas ocasiones se consigue igual sijilo.

Un mozo del Hotel, perfectamente arreglado, como

competía a un establecimiento de esa clase en noche de concurrencia, apareció por fin pronunciando las sacramentales palabras:

—Los señores pueden pasar al comedor que ya están servidos.

XII.

La mesa mandada arreglar en el comedor estaba perfectamente alumbrada.

I suntuosamente servida.

Había allí pavos fiambres de picos dorados i con banderitas de colores por aquí i por allá que presentaban una vista admirable,

Jamones, trozos de ternera, aves asadas, jelatina, moldes de dulce, pastas, grandes tortas i pasteles de todas clases, etc., etc.

Luego se veían naranjas de Lima, racimos de pazas de Málaga i del Huasco, plátanos, lúcumas, frutas azucaradas i varios accesorios de esta especie.

La vista de la mesa i cierto perfume gastronómico que de allí se desprendía, creemos que era capaz de abrir el apetito a cualquiera.

I juzgamos, con sobrada razon, que muchos de los que estaban al rededor de aquella mesa, que habian comido de *viérnes* por haber sido aquel dia *vijilia sin indulto*, lo sentirían tal i tan bueno al percibir aquel humo incitante i seductor, producido por los manjares.

Pepito era mui prosaico para comer. Aunque estuviese al frente i al lado de las mas romancescas criaturas del sexo bello, jamas dejaba de prestar a las viandas una atencion preferente.

Se entiende cuando estas merecían la pena de tal cosa; cuando nó, aquellas no sufrían postergacion alguna.

Hé aquí por que en el momento que entramos a esa

pieza, lo vemos que trincha un pavo con toda presteza para no sentir mas el aguijon de su apetito.

—A mi señora Marianita este alon, dijo poniéndolo en un plato i pasándolo a un mozo.

—¿Cuál es, mi caballero?, preguntó este,

—Aquella que se abanica en la cabecera, respondió Pepito.

—Mui bien, señor.

I dirijiendose a la señora indicada cumplió éste debidamente su encargo.

—Ah, respondió ésta, dígale usted a ese jóven que me lo voi a tomar con todo gusto. Niña, añadió volviéndose a doña Liberata que estaba a su lado, qué atento parece ese jóven ¿tiene algunas proporciones?

—Pienso, que nócontestó la interrogada, ahora está sin destino, aunque él afirma que tiene otros mil negocillos siempre entre manos.

—I no podrá ser de otra manera.... yo conozco mui bien esto... a una persona de esa viveza jamás les falta para nada. ¿I es soltero, nó....?

—Soltero, niña.

—¿Pero no se le corre que tenga ya su compromisillo?

—Que yo sepa, al menos....

—Pues, Liberata, te aseguro que me va agradando. Le diré a Epifanio que un dia de estos me lo lleve a casa...

—Eso es mui sencillo. Cuando vayamos nosotras te lo llevaremos.

—Bien, hijita, yo te avisaré con eso juntamos algunas otras amigas i nos entretenemos un poco.

Despues, doña Mariana abarcó la mesa con una mirada inquisitorial i dijo a su amiga.

—Sabes que la Benigna parece que le tuviera afeccion, le cuida mucho; ¿no has notado nada, hija?

—Oh, no tengas cuidado, no hai nada, absolutamente nada. Mis hijas no dan un paso sin consulta mia;

mira....esto te lo digo confidencialmente.... hai ocasiones en que despues de una tertulia, en que les he visto algun allegado, han respondido a todas mis preguntas..... Me confiesan que les han espresado que son bonitas, que bailan como un ánjel i cantan como una avecita.... vaya.... es de un nombre mui conocido.... ¡pero siempre me ha de dar que hacer esta mi memoria!

—Será ave del Paraiso? le interrumpió en tono doctrinal doña Liberata.

—Nó, niña, no ha sido esa....

—Ah, ya caigo, habrá sido esa que he oido llamar.... ave-casina?

—¡Ménos, hija!

—Es que si yo te nombro estas, Liberata, será porque tengo mis razones: ostigada quedé yo en mis quince de qne comparárán mi garganta con las de esas i otras muchas avecitas!

I doña Mariana cortó un suspiro que estuvo a punto de escapársele, no sabemos si al recordar los tiempos de su mocedad o al verse lo engrosada que poseía ahora aquella que fué tan graciosa i esbelta garganta.

—A mí tambien, espuso doña Liberata, me han dicho mil veces que tenia cuello de cizne.

—Hijita, quien volviera a los tiempos de nuestra juventud! Ahora si que no nos engañarian los hombres. Aprende una tanto con los años: ¡toditos son cortadas por la misma tijera!

—Cierto, toditos, niña.

—En fin, dijo doña Mariana echándose un bocado de pavo para mejor desechar sus recuerdos, ¿qué me decías?

—Estaba refiriéndote lo que son conmigo mis hijas....

—Ya estoi....que te cuentan todo....

—Sin que me oculten nada, hija; me cabe esa satis-

faccion, lo digo sin herir a nadie; cuantas palabras amorosas han cambiado con ellas, me parece que yo no las ignoro.

—¡Qué felicidad que te hayan salido así tanbien las tuyas!

—Pocas madres podrán decir otro tanto.

—Qué familia tan parecida la nuestra! esclamó mui satisfecha doña Mariana; ¡parece que hubiésemos criado en la misma escuela a nuestras chiquillas!

—Con que ya te convencerás que si la Benigna nada me ha comunicado, no debo abrigar ningun recelo.

—Con razon, hija, yo te aseguro que ahora estoi de ello tan convencida como tú.

Miéntras la conversacion que dejamos trascrita, Pepito, trinchando fiambres para servir a sus vecinas, sostenia con Benigna el siguiente diálogo:

—Haga por concluir de una vez, le decia Benigna.

—En un momento mas me desocupo ¿cree usted que necesita recomendarme la presteza cuando estoi deseosísimo de poder hablar a gusto con usted?

—Sí, ahora me dice estas cosas por que la Esperanza está lejos.

—Está visto que usted no entiende nada de mi estratejía.

—Pero si que conozco mui bien que usted me olvida del todo cuando ella está a su lado.

—¡Pero si le digo que ahí está su engaño!

—¿Quiere usted indicármelo?

—No hai cosa mas sencilla: Yo aparento que su hermana no me disgusta para desviar las sospechas que pudieran concebir su mamá i Epifanio; esto nos conviene a ambos por mil motivos, i aquí tiene usted todo lo que hai en realidad.

¿I lleva usted su disimulo hasta el grado de olvidarme toda una noche? repuso la niña en tono de reproche.

—Otra equivocacion, dijo Pepito. La imájen de usted no se aparta jamas de mi corazon, pero.... las conveniencias sociales.... yo rehuyo siempre la crítica femenil i se me figura que cuando converso mucho rato con usted todos han de ver retratado en mi rostro el amor que le profeso....

—¡Embustero!

—Oh, hasta esta palabra tan dura en la boca de cualquiera, de la suya es mui dulce para mí, agregó Pepito dirijiendo una mirada matadora a Benigna.

I luego se sentó para engullir con toda comodidad su racion de pavo que con esmero habia acondicionado.

—Conténteme para toda la noche, dijo con voz tierna i amorosa Benigna; repitáme otra vez que me ama.... ¡que me ama como a nadie!

Benigna había leido no hacia muchos dias esa frase en una novela que a su parecer encerraba patéticas escenas de amor.

—La amo, la.... a.... mo! esclamó Pepito, dándose un golpe en el pecho para que no se le atorara un pedazo de pechuga que tragaba al tiempo que su compañera le forzaba a dar una repuesta.

¿Quiere el lector ver si doña Liberata se engañaba con alguna otra de sus hijas en el concepto que tenía formado de ellas?

Prestemos oido a la conversacion sostenida entre Eulalia i Floresta.

—¿Con qué es verdad, le preguntaba aquella, que usted no estará con nosotras mañana?

—Ya le he espresado que me obliga a ello un fuerte compromiso.....

—¿Con algunas niñas?....

—O con algunos amigos.... que para el efecto es lo mismo.

—¿I ni aun en la noche nos acompañará?

—Imposible. Despues del paseo tendremos que ir a la funcion; mañana se repite, ademas, el aplaudido baile *El Zapatero enamorado* i me he comprometido a ir. Ya he sacado palco i quedaría mui mal faltando a mi palabra.

—Felices las personas que merecen de usted tales sacrificios; porque ¿no es verdad que es un *sacrificio* el que usted se va a imponer al acompañarlas?

I Eulalia recalcó la palabra que subrayamos.

—Oh, señorita, volvemos a las mismas. Que quiere usted, soi militar i hago honor a mi palabra. Usted no tiene derecho para tratarme así. Sabe que todo mi afecto lo he concentrado en usted i que de cualquiera manera que me conduzca, siempre debe tener confianza en mi proceder.

—Seré franca: algunas veces la abrigo, pero otras me atormenta el recelo mas grande. Hasta que mi mamá no sepa todo, me parece que no puedo tener la tranquilidad que me recomienda.

—¡Pero si usted sabe que eso será pronto!

—Pero, ¿por qué se opone usted a que le hable de ello?

—Deje usted que yo arregle completamente mis negocios; que se me entregue mi parte de herencia i ya verá como con el aliciente de una fortuna saneada... su mamá me acoje perfectamente....

—Sin necesidad de eso....

—Hace usted mucho favor a mis prendas personales, señorita Eulalia. Pero yo sé estas cosas i ahora con mi triste sueldo de capitan no valgo la mitad de lo que valdré siendo dueño de cuarenta mil pesos que es lo que me corresponde.

—Yo le digo que mi mamá no mira esto. Miéntras que se habla tanto por fuera!

—I eso qué nos importa!

—Oh, es preciso hacer que todos se callen cuanto ántes.

—Deje usted que se desgañiten. Tenga usted en vista el objeto que se proponen i no se le dé nada, algunas de sus amigas lo hacen por algun motivo de resentimiento que tendrán conmigo o con usted, otras porque no ven jamás con buenos ojos que se case una amiga talvez mas jóven que ellas, las mas porque solo viven de cuentecillos de vecindad i para estas es un pasatiempo....

—Oh, si supiera lo que dicen de mí i lo que le han dicho a mi mamá de usted!....

—Aténgase únicamente a mis consejos; deje que todo marche lo mismo i verá. No crea que yo dude que alguna lengua viperina haya tratado de indisponerme con su familia, pero ya le digo, descanse usted en la confianza de que esta clase de jente se hace conocer luego de todo el mundo i que, si misia Liberata no ha dado oido a estas cosas es porque sabe de quien vienen. Creo ademas que su mamá no tiene el menor recelo de que usted deje de conducirse como debe: jamas pienso que usted le dará un motivo para que le retire su confianza. ¿La ha usted comunicado nuestro cariño?

—La he dicho, respondió Eulalia ruborizándose, que es cierto que he notado en usted alguna inclinacion....

—¿Pero no sabe nada de nuestros proyectos?

—Nada, añadió poniéndose como una grana la niña.

—Mejor, ya le digo que es por poco. Esté usted segura de mi afecto i yo del de usted i todo seguirá bien.

—¿I usted no me engañará? agregó dirijiéndole una lánguida mirada que conmovió el alma de Floresta.

—Por el honor de la milicia chilena, por los grandes hombres de nuestra Independencia, a quienes venero, le juro Eulalia, dijo el capitan en tono firme, que usted es el único amor serio que he tenido!

—Señorita Eulalia, hágame usted el favor de acompañarme a beber esa media copa de Jerez, dijo Pom-

peyo, llamando la atencion de la niña desde el otro estremo de la mesa en donde estaba sentado al lado de Esperanza.

—Con mucho gusto, respondió ésta, preparándose para acceder a la invitacion del jóven, contenta i satisfecha por las palabras que con tanta nobleza acababa de pronunciar Floresta.

XIII.

El buen humor se había hecho comunicativo a casi todos los que estaban en aquella bien provista mesa.

Había corrido en abundancia el Jerez i el Burdeos.

Los hombres estaban casi achispados.

A Pepito le parecía que la rueda de la fortuna se había detenido en él aquella noche para dipensarle todos sus favores.

Benigna, que había entrado un tanto en celos por haberlo visto tan cortejador de Esperanza, ahora ya le miraba propiciamente haciéndole conmover con la electricidad que despedían sus negras pupilas.

Benigna le había acompañado a beber algunas copitas i mediante estas lijeras libaciones había cobrado una inusitada viveza.

El vino muestra a algunos brillantes i maravillosos horizontes.

Las pesadumbres i pobrezas quedan relegadas a un profundo olvido, viéndolo todo al través de un prisma de animados colores.

Créense algunos dueños de injentes capitales sin que posean mas de un escudo; otros, poseedores del amor de mil mujeres siendo que en realidad solo tienen el de alguna viuda cuarentona o el de alguna célibe no desesperanzada con dos o tres verrugas en la nariz i cuato o cinco postizos en su persona.

El caso es que Pepito sentía que en su corazon desbordaba la alegría.

Le embriagaba aquella atmósfera saturada del delicioso perfume de las frutas, vinos i manjares.

—Misia Marianita, ya usted no come nada, dijo parándose de su asiento con un cubierto en la mano, ¿le sirvo una tajadita de esta ternera mechada ¡está magnífica!

—Ya que usted me hace el favor, mande para mí i la Liberata....

—Oh, necesariamente para las dos i luego rociada con un traguito de Jerez es un bocado esquísito, o si usted prefiere el mosto de Concepcion.... ahí tiene del lejítimo.

—¿Quién bebe Champagne? esclamó Pompeyo haciendo saltar el tapon de una botella.

Floresta puso su copa i luego sirvió a algunas niñas que comian pastas i confites, ostigadas de las cosas sólidas.

—Pepe, dijo Epifanio ¿serás tan poco galante que no dirijas dos palabras a las señoritas que nos acompañan?

—¡Ciertísimo! esclamó el capitan.

—¡Que hable Pepito! agregó Pompeyo.

—Yo estoi pronto, repondió este alzando un vaso con Burdeos; pero tambien digo que yo no soi el primero. Que hable cualquiera i despues me sigo yo.

—Vean ustedes esa condescendencia, señores, dijo doña Mariana. Tenga pues alguien la bondad de decir dos palabras.

—Que brinde Pompeyo, dije Pepe.

—Floresta, repuso aquel.

—Nó, Pompeyo primero, dijieron varios.

Este tomó una copa de champaña llena de espumante líquido i en medio del silencio producido por los circunstantes, para oir la voz del que iba a brindar, pronunció reposadamente las siguientes palabras:

—Señores, aunque el ménos autorizado de todos para

espresar los sentimientos que conmueven nuestro corazon en momentos como los actuales, voi, sin embargo, por condescendencia, a manifestarlos como pueda: La amistad, a mi juicio, no es una palabra vana, sin significado como vulgarmente se la toma; tiene para mí una acepcion bien diversa: involucra la mancomunidad de ideas i sentimientos entre las personas que se dicen ligadas por ella; representa la aceptacion de los momentos de pesar i de gozo que esperimenta la persona a quien hemos ofrecido ese don, porque verdaderamente es un don la amistad. Debe, pues, entre verdaderos amigos repartirse tanto la alegría i las espansiones del alma, cuanto los momentos de tristeza i de melancolía.

Hé aquí porque en esta noche estoi dispuesto a participar del contento jeneral; hé aquí porque al ver la sonrisa en los labios de las niñas i la satisfaccion en el semblante de las señoras, yo tambien siento henchido mi corazon de gratos i acariciadores goces i cuando me dirije la palabra alguna de estas señoritas, con su eco arjentino i melodioso, me figuro estar percibiendo los májicos i dulces acordes de una lira lejana. Brindo, señores, por que la amistad, tal cual la entiendo yo, se arraigue entre nosotros a fin de que veamos se repiten momentos tan felices como los presentes. He dicho.

—¡Bravo! ¡bravísimo! ¡perfectamente! esclamaron todos aplaudiendo con las manos i con los cubiertos.

Nosotros jamas hemos observado que se dé otra respuesta a esas manifestaciones, que se titulan *brindes*, aunque encierren las sandeces i disparates mas pronunciados.

Diremos que es una especie de apéndice.

Tan luego como finaliza el orador los aplausos se han de seguir; es una costumbre imprescindible: sea malo o bueno lo que se ha dicho, se obtiene idéntico resultado.

Esperanza juzgando que alguna de las palabras de

Pompeyo le iban directamente, dió las gracias a este por su manera delicada de espresarse.

—Oh, señorita, respondió el jóven, dispense usted lo que no haya podido decir como yo hubiera deseado. El champaña me ha hecho hablar cosas que a sangre fría estoi seguro no habría dicho....

—¿Se arrepiente usted de lo que yo haya podido atribuirme?

—¿I usted piensa lo que me dice? yo que no encuentro de que manera manifestarle el grande cariño que le profeso, ¡arrepentirme de lo que pueda hacérselo comprender!....

—¡Pepe tiene la palabra! ¡A Pepito ahora! dijeron muchas voces.

—Ya lo sé, señores, no hai que apurarse, respondió éste pasándose la mano por su estensa frente, como tratando de evocar el tropel de sus recuerdos, perdidos en el caos de su imajinacion.

—En verso, Pepito, sinó no sirve! le dijo Pompeyo.

—Bien, hombre, trataré de improvisar.

—Eso es, una improvisacion en verso!

—Sí, sí.

—¡En verso!

—Allá voi, dijo Pepito.

I de pié, accionando con su diestra, pronunció a manera de verso los siguientes renglones:

Fuiste faro de luz esplendorosa,
Oh señora, que a mi frente estais,
Ya que juventud no aparentais
Sois aun alegre i bien graciosa.

—¡Bien! já, já.... ¡exelente! ¡lindísimo! ¡já, já.... prorrumpieron muchas voces.

—Já, já.... ¡Braa....vísimo!! dijo Pompeyo animando a Pepito.

Este se había dirijido a misia Mariana que era la que estaba a su frente en la cabecera de la mesa.

—¡No he concluido! dijo, bebiéndose solo la mitad de su copa.

—¡Que siga, señor!

—¡Que concluya!

El silencio se restableció.

Pepito dió dos tosidos, arrojó (con permiso del lector, pues debemos ser fieles narradores,) la flema que le hubiera impedido sacar clara su voz i bastante ufano por su triunfo continuó:

Adorables criaturas que aquí veo,
Cuyo acento a mi oido grato suena,
Recordando que esta es *noche buena*
¡Brindo por *Baco*, *Amor i Orfeo*!

Ahora la algazara fué completa.

Risas, bravos i palmoteos todo se mezcló i fué a acariciar ese sordo i discordante ruido al improvisador de tan *sublime* brindes, en que la consonancia rivalizaba con los acentos i medida.

No hacemos comentario alguno de la verosimilitud de esta escena.

El lector habrá tenido repetidas ocasiones de haber oido versos semejantes a algun *improvisador* de la calaña de Pepito.

XIV.

El contento habia seguido ganando terreno en aquella pequeña i entusiasta *reunion*.

Habian continuado los brindis.

Ninguno de los hombres se había eximido de cumplir con ese sagrado deber de sociedad.

Unos habian dicho algo adecuado a las circunstancias i otros unos de esos brindis de estilo que en sustancia no dicen nada, pero que con ellos salen bien o mal del paso en que por fuerza las mas veces se les compromete. Hubo alcances en que, respondiéndose al gusto manifestado por estar entre tan bellas señoritas, se pasó a hablar de las hermosas hijas de Copiapó i de aquí a los preciosos minerales que encierra aquel pueblo, llegando por último a otras mil estravagancias.

Doña Mariana fué tambien comprometida a decir alguna cosa. La buena señora, despues de beberse dos copas de champaña para cobrar brios, dijo que brindaba por el gusto que tenia al hallarse en tan buena compañía i porque todos el año próximo estuvieran otra vez reunidos.

Sintió doña Mariana nuevos i grandes bochornos ocasionados por el susto de hablar ante un auditorio como aquel e hizo jugar su abanico prodijiosamente miéntras recibia las ovaciones que se siguieron a su brindis.

Ahora estaba ya mui serenada tomando con gran complacencia una taza de té puro.

Sentía su estómago no en mucha quietud i con esa

bebida trataba de neutralizar los efectos del licor que habia consumido.

La idea, pues, de tomar allí el té habia tenido un feliz éxito.

Todos, al menos, así lo habian espresado.

El placer i la alegría llegaban ya a su apojeo.

Los hombres conversaban con sus vecinas sin que nadie les importunara, pues todas aquellas personas tenian algo en que entretenerse sin necesidad de fijar su atencion en los demas.

—¡Oh! la constancia es una cualidad tan rara en las niñas, decia Pepito a Benigna miéntras le servia una taza de aromático té.

—Pero yo le aseguro a usted que la encontrará en mí. Una niña que comprenda el amor como yo, que para decidirse a amar a una persona piensa i delibera, no puede ménos que perseverar siempre en los sentimientos que una vez espresa.

—Oh, ¡qué felicidad! esclamó Pepito parodiando la accion de un cómico de segundo órden, cuando se halla en alguna escena amorosa.

—¿Está satisfecho? le dijo con voz suave i cariñosa Benigna traduciendo en su mirada el contento que sentía.

—Tan satisfecho, respondió Pepito, que si fuera hombre de cien mil pesos saldría de aquí gustoso a perderlos.

—¿I con qué fin, no me dirá? le preguntó la niña con rostro risueño.

—Oh, por nada mas que por ver realizado un proverbio italiano mui conocido i que recuerdo desde chico.

—¿Qué tiene aplicacion a nuestro caso?

—En todas sus partes.

—¿Quiere referírmelo?

—Con mucho gusto: *Disgraciato in juoco, felice in*

amore, dijo Pepito mui satisfecho de su cita i pronunciando el italiano tal cual lo había visto escrito no sabemos en que obra o libreto de ópera, que por casualidad había llegado a sus manos.

—¿Lo que quiere decir?....

—Traducido literalmente segun mis reglas, agregó Pepito con aire de fatuidad, pues le parecía que Benigna debía estar estupefacta de su saber; *Digraciato* es, en castizo español, *desgraciado*; *in* es *en*, preposicion; *juoco*.... es.... espere usted.... ah,.... *chanza*, *jocosidad*; i *felice in amore* es sin la menor duda *feliz en el amor*....

—¿Pero qué aplicacion tiene entonces? dijo Benigna que había prestado grande atencion a la esplicacion del singular filólogo Pepito: ¿qué yo le hablo por acaso de *broma* o de *chanza*?

—¡Oh! usted no me ha comprendido! Ya se vé, yo por aclarar demasiado la version la he oscurecido; quien dice *chanza* en italiano, añadió Pepito contento de sí mismo por haber dado lugar a la aclaracion que de intento había provocado, dice lo mismo que *juego*.

—¡Ah!....

—Con que ya vé usted, señorita, que yo amándola en el grado que la amo, sentiría como botar un grano de anis el perder aquella suma, por tener prácticamente la comprobacion de que es efectivo el cariño que dice usted me tiene.

—Ai, qué fino es usted para dar el alcance que quiere a sus palabras! ¡Cómo no sea lo mismo para buscar escusas a sus infidelidades! dijo con aire reflexivo Benigna.

Con la venia del lector haremos una lijera aclaracion.

Benigna era, como lo hemos oido a Pepito en uno de los primeros capítulos, de las hijas de doña Liberata la que le acojía con interes.

Por mas que oía el juicio que de él habian formado sus otras hermanas, ella le daba un mérito tal como el que Pepito hacía esfuerzos ante todos por conseguir.

Llegaba hasta atribuir en sus hermanas a despecho el que hablasen en aquel tono burlesco del jóven.

Era de la familia de doña Liberata la que había echado bolas a la raya, si así podemos espresarnos.

En toda familia numerosa hai regularmente alguno que adolece de *pobreza de espíritu*, tomando estas palabras en la acepcion que les damos jeneralmente todos, no en el que con tanta sutileza les atribuyen los teólogos.

Benigna era ese *alguno* en la familia de doña Liberata.

Esto sin embargo, no era un óbice poderoso para que Benigna dejare de ser reputada por muchos como una niña de inmejorable capacidad.

Ella tambien vemos que por tal tenía a Pepito.

«Dios los cria i ellos se juntan.»

Pero, si analizamos los íntimos pensamientos de Pepito, hallamos que el ideal que se forjaba en sus momentos de delirio no era seguramente Benigna, sino Esperanza.

Mas, entre una i otra, entre lo seguro i lo imposible, existía un abismo.

Pepito lo conocía.

Había, pues, optado por lo seguro.

En consecuencia, seguiremos la conversacion de los dos jóvenes en el punto en que la interrumpimos.

—Vea, señorita Benigna, decía Pepito con acento de conviccion, yo puedo ser político con las niñas, puedo ser galante si usted quiere, pero que a otra le esprese los mismos sentimientos que a usted, eso nó: jamas lo haré!

—Pues yo no tengo la felicidad que usted. Todo el amor de que soi capaz únicamente está reservado a usted.

No sé lo que pasa por mí de algun tiempo a esta parte, me entretengo solo en la lectura de ciertas novelas que no me prohibe mi confesor. No hablo, no converso, no hallo diversion alguna miéntras no lo veo i no lo tengo a mi lado.

I la romántica criatura inclinó su cabeza apoyando una de sus mejillas en el dorso de una mano tan blanca i pequeña como la que casi siempre pintan los romanceros a algunas de sus heroínas, a quienes talvez trata ba Benigna de imitar tomando aquella posicion.

—Ah, si a usted pudiera demostrarle las gratas fruiciones de que se impregna mi alma al oir sus palabras, respondió Pepito.

—¿Sabe que es necesario que grabemos en nuestra memoria esta noche?

—Lo que es yo, dijo Pepito apurando su taza de té, la recordaré siempre, no necesito ni asegurarlo.

—¿Quiere usted que le deje un recuerdo vivo, un objeto material para que cada vez que lo vea se acuerde de la fecha de este día i de las promesas que me ha hecho?

—De mil amores, señorita. ¡Eso es colmarme de inefable dicha!

—Tome entónces, dijo la niña poniendo con disimulo sobre la mesa un pañuelo de fina batista bordado prolijamente; tiene mis cifras i solo le suplico que le conserve algun tiempo hasta que usted se canse de mí, añadió elevando al cielo sus ojos como en súplica de que no permitiera la realizacion de tan triste augurio.

—Oh, señorita dijo Pepito rocojiéndolo inmediatamente, este objeto es tan precioso para mí como el diamante mas estimado; será un talisman al que recurriré en mis momentos de desgracia i preveo que siempre que le contemple encontraré el alivio que busque.

—I usted..., dijo indecisa la niña.

—Hable sin rebozo, señorita.

—Es....que....

—¿Quiere usted que le diga alguna otra cosa? Sea franca; soi capaz hasta de derrocar yo solo al Gobierno actual, en una palabra, de cualquier imposible, por dejarla satisfecha.

—Oh, muchísimas gracias. Unicamente quisiera yo tambien a mi vez poseer algo de usted.

—¿Pues no posee mi corazon? dijo Pepito.

—No me refiero a eso....quisiera un objeto material.

—¡Material!

—Sí, lo mismo que el que le he obsequiado i usted ha tenido la amabilidad de admitir.

—¡La amabilidad de admitir! repitió Pepito como un eco.

—Sí, no hai en esto nada de estraño....un pañuelo...

—¡Un pañuelo!

—Es esto tan sencillo....

—Sí..... efectivamente..... mui sencillo..... ¡Voto va!...se dijo Pepito, el diablo me lleve si para mí es sencillo!

—Pero....para qué necesita usted de eso....teniendo plena seguridad de mí....

—Oh, aparte de eso....Solo deseo tener algo que a mi turno me recuerde estos momentos....

Pepito estaba que se ardía.

Le parecía que estaba sentado sobre ascuas.

Se movía en mil sentidos i no se le ocurría nada como salir del apuro.

Hubiera dado quien sabe qué porque a Benigna la llamasen i la apartarán de su lado.

Acceder al cambio de pañuelos que se le pedía, le era materialmente imposible.

El lector recuerda el estado en que se hallaba el de Pepito.

¡Mes i medio en el bolsillo!

Por confesion de él mismo lo sabemos.

La fecha era respetable.

—Vea usted, señorita Benigna.... misia Mariana no me despinta los ojos....su mamá está recelosa....i luego comprometerla yo a usted!....oh, jamas!...

—Vaya, no pase usted cuidado, dijo Benigna con la mayor buena fé.

—Oh, las niñas, las niñas...¡siempre imprudentes!... Eva perdió a Adan.... i se perdió ella misma.... ¡no me pierda usted, por Dios, ahora que comienzo a vivir, a renacer, con el amor de usted!...

—Pero ¿qué tiene usted que está tan encendido? I luego con esos temores tan infundados....parece que tratara de atemorizarme....

—El susto.... efectivamente....es el susto de perderla a usted por lo que soi tan cauteloso, nada mas..... créame usted. ¡Entregarle un pañuelo!.... es comprometente el paso!....

—Ah, ¿se niega usted?

—¡Yo negarle algo!.... sacrilejio.... si soi capaz de quemarme a fuego lento por usted!

—Pues entonces.... no comprendo....

—¡Canario! esclamó Pepito para sí, mirando los floreros que contribuían al adorno de la mesa. Oh, bien decía yo que mi injenio me había de suministrar!....

—Señorita Benigna, dijo con voz apasionada i dejando reflejar el júbilo que sentía al hallarse libre del mal paso a que, con su pretension, le había arastrado la niña, voi a ofrecerla dos objetos, ya que en ello se empeña, emblemas del amor sincero que la tengo.

—¡Oh!Es mas de lo que le he pedido!

—El triple se merece usted, dijo galantemente Pepito. Uno es, añadió tomando una naranja del Perú de color pajizo, esta naranja que la ofrezco a usted exprofeso

para que su pálido color sea lo que la recuerde que debe arrojarla si alguna vez minora o impalidece mi amor; pero, como esto jamas sucederá, usted la ha de guardar hasta que vengan para mí tiempos mas felices i usted sea.... etcetera. El segundo, es esta rosa, semejante a usted en su hermosura i pureza,.... emblema feliz de los rosados horizontes que talvez algun día el hado nos prepara....Tómela usted i que jamas se aparte de su memoria el sigificado con que se la obsequio i los momentos que le debe recordar!....

Pepito concluyó de decir estas palabras en un tono vibrante, sonoro, trémulo, patético que vino a dar nuevo valor a los objetos que Benigna, conmovida por la significacion que les había dado el jóven, recibía como si fuesen el mas codiciado tesoro.

XV.

Las conversaciones siguieron entreteniendo a los circunstantes.

Doña Mariana hablaba con doña Liberata de los jóvenes que visitaban su casa, de las bondades de su Nicolas i de los proyectos que tenía en embrion para cuando diera a luz al nuevo heredero que sentía en su seno.

Las niñas estaban satisfechas de la amabilidad i cortesía de los hombres.

Todas habian concebido nuevas ilusiones i esperanzas acerca del poco tiempo que les quedaba para abandonar el estado de celibato.

De ese celibato tan monótono i odiado.

La tendencia de las niñas es bien marcada a cargarse con las pesadas cadenas del himeneo.

El porvenir lo divisan al traves de opacas i encapotadas nubes cuando ya pasada la primavera de la vida, pasados los sonrientes años de la juventud, no aguardan con la debida confianza el que su existencia se ligue a otra por los deseados vínculos del matrimonio.

I no diremos que este sentimiento lo inculcan los padres en la imajinacion de las niñas.

Nada de eso.

Por mas ansiosos que estos estén de dar estado a sus hijas, creemos que jamas se lo dejan traslucir.

Creerian que era demostrarles falta de amor paternal.

La hija que se casa abandona por lo comun el hogar de sus padres.

I hacerles ver que este abandono lo desean, sería demostrarles que las verían separarse de su lado, ya que no con indiferencia, al menos sin pesar.

Aquel sentimiento, pues, no proviene de esta causa.

Es innato en la mujer.

Se lo dá la naturaleza misma.

Estriban su dicha venidera en aquel estado.

La mujer que se queda soltera, por este solo hecho se considera desgraciada.

Desde pequeñas, sin embargo, oyen que el matrimonio es *una cruz*.

Que es un semillero de sinsabores.

Que la mujer que se casa pierde su libertad.

Que debe contraerse únicamente a los cuidados de su familia.

Que los hijos, si son buenos, las molestan en mil sentidos.

Si son malos, los pesares i sentimientos, orijinados por sus vicios, les llegarán a acarrear la muerte.

Pero nada les arredra.

Límpida i despejada ven la atmósfera matrimonial.

Rosados i alegres los horizontes desconocidos i fantásticos que sus juveniles imajinaciones les presentan.

Nosotros quisieramos que tan soñados i seductores encantos no fuesen una quimera, una ilusion, como lo hemos visto frecuentemente realizado.

La esperiencia nos lo confirma.

No una esperiencia propia, que de ella carecemos, sino la de multitud de personas que volverian a recobrar gustosas su perdida libertad, si lícito les fuera abandonar al compañero que la suerte les desparó.

Lo prueban los millares de divorcios que día a día se decretan.

Si el vínculo del matrimonio fuera disoluble, lo pro-

baría igualmente la infinidad de solicitantes que se presentarían persiguiendo ese recurso.

Pero notamos que hemos disertado a pesar nuestro, únicamente guiados por el deber de fundar la tendencia pronunciada en las niñas, que presentamos en escena, al estado del matrimonio.

I como algunos de los jóvenes de que ellas aguardaban su futura felicidad, por lo poco que los conoce el lector, podrá bien juzgar que eran incapaces de realizar tal cosa, nos vino la idea de patentizar a la lijera los peligros i escollos que pueden encontrar las niñas que, sin consultar su corazon, sin profundizar maduramente los méritos de las personas que las pretenden, se entregan fácilmente a ellos sin mas que por pasar del estado de solteras al de casadas.

Dispénsenos sobre todo nuestras lectoras por habernos puesto a emitir nuestro parecer.

I si hemos sido francos.

Creemos que jeneralmente esto acontece, i lo hemos espresado diciendo que Benigna, Eulalia, Esperanza, etc., estaban alegres i satisfechas por cuanto alimentaban la consoladora perspectiva de cambiar presto de posicion.

Si no encuentran el hombre que les haga formar la íntima conviccion de que puede hacerlas felices i que haya sido elejido sin influencia estraña, somos de opinion, repetimos, de que las ventajas están por el celibato i de ninguna manera por el matrimonio, que, tarde o temprano, les hará probar el amargo sentimiento del desengaño, matando las ilusiones, los ensueños i cuantos halagadores i tranquilos goces pensaron hallar en la misteriosa e impenetrable rejion del porvenir.

Todos habían ya concluido de tomar el té.

Las señoras comenzaron a arreglar sus pañuelos i

manteletas en señal de que estaban prontas a partir a la primera insinuacion.

Pompeyo se acercó a Pepito i le dijo en voz baja.

—¿Insistes en ir al baile?

—¡Naturalmente!

—Es necesario que andemos lijeros. Iremos a casa i allá nos vestiremos ¿nó te parece?

—Convenido.

—Pues entónces hagamos por despacharnos.

Pompeyo se fué a hablar con misia Liberata.

—¿Le parece que ya nos retiremos? le preguntó afablemente.

—A la hora que ustedes gusten: nosotras estamos prontas.

—Pues nos iremos.

—Ea, niños, agregó dirijiéndose a los hombres, vamos saliendo. El cariño por lo que veo ya no pasará mas adelante. ¡En marcha!

Todos comenzaron a buscar sus sombreros i poco a poco fueron abandonando la sala.

Pepito con Benigna habian sido ahora tambien de la vanguardia.

Pompeyo, presuroso, temiendo que se avanzase demasiado la hora de ir al teatro, fué tambien de los primeros que salió dando su brazo a Esperanza.

Doña Mariana, como señora de mas peso, comenzó a introducirse con mesura sus guantes de media mano i a alistar su abanico.

Floresta, que se habia desceñido la espada antes de sentarse a la mesa, la descolgaba de uno de los ganchos para sombreros que había en el comedor.

Eulalia tambien se había quedado disimuladamente, pretestando arreglar su vestido i buscar su pañuelo que guardaba mui bien en el bolsillo.

No quería salir hasta que no estuviese listo Floresta que era con el que se había venido.

Un mozo entró con una tira de papel en la mano.

Se encaminó hácia donde estaba el capitan i respetuosamente le llamó la atencion.

—Señor.....

—¿Qué se ofrece?

—Aquí manda el patron.

—¿A mí?

—Sí señor, es la cuenta.

—¡Cómo la cuenta!

—No se ha pagado, señor, es de lo que se ha consumido....

Se contrajeron las facciones de Floresta. Lo que menos podía aguardar este era el cubrir aquella cuenta.

Pompeyo había sido el autor del convite hecho a las señoras. A él se lo propuso i no había hecho mas que aceptar i ayudarle a decidir a doña Liberata a que accediese.

El capitan, como se recordará, tenía el día siguiente un grave compromiso con unas amigas para ir a una chacra de los alrededores i en seguida acompañarlas al Teatro.

Había, con el citado próposito, pedido el día antes un sueldo anticipado.

Diremos que no juzgamos que Pompeyo se hubiera imajinado al hacer su invitacion, que el pato de la boda fuese a ser Floresta.

Nada mas que la precipitacion con que trató de salir i las dulces palabras que Esperanza, al tomarse de su brazo, le principió a dirijir, debe haberle hecho olvidarse de cubrir el gasto.

Un hombre de la delicadeza del capitan a nada temería tanto como al ridículo.

Sin decir una sola sílaba mas, vió el monto de la

cuenta, que ascendía a sesenta pesos, i pagó en el acto.

Esto no impedía que en su interior diese a todos los diantres por la pesada chanza que atribuía a Pompeyo.

Por que ni por un momento dudó que este hubiera procedido en el tal asunto sin ánimo deliberado.

El capitan, pues, tendría irremediablemente, el dia siguiente, que recurrir a algun amigo para quedar airoso i como le correspondía en el enunciado paseo.

¿A quién no ha sucedido algun chasco semejante al de Floresta?

Don Dinero desempeña un rol mui esencial en noches como en la presente, para que nos detengamos mas en esto.

Nuestra atencion la dedicaremos, en consecuencia, a los sucesos que aguardan a algunos otros de nuestros conocidos.

XVI.

Hemos dicho que esa noche había baile de máscaras en el Teatro Municipal.

Desde las diez se había visto afluir la muchedubre hacía aquel punto.

En el discurso de ese año se había dado ya tres o cuatro funciones de esta especie.

Habíase obtenido un éxito brillante.

Era en tiempos en que se hallaban incorporados a la compañía lírica los famosos bailarines Bernardelli, la Thierry, Corby i la jóven Matilde. A la una o dos de la mañana cesaba el baile para dar lugar al *Espectáculo*, que duraba media hora por lo regular. En este tomaban partes aquellos artistas i los coros; se hacia figuras de cuadrillas en caballos de madera; se representaba a don Quijote en su Rocínante, a Goliat i otros célebres personajes; solía así mismo hacerse simulacros de la toma de algunos fuertes o plazas, como el de Tetuan por los españoles, con grande i divertido aparato. Otras veces el escenario figuraba un hermoso jardin cuyas vistosas flores eran las bailarinas enunciadas con injeniosos i simbólicos trajes simulando unas, mariposas; otras, trinitarias, rosas, lirios i demas flores.

Luego todas aquellas flores vivientes se animaban cambiando de posicion i formando los mas graciosos i fantásticos grupos al compas de los melodiosos acordes de la orquesta.

Estas innovaciones introducidas en aquella clase de funciones atraía, pues, una numerosa concurrencia.

Todas las clases de nuestra sociedad asistían a tan divertidos bailes.

Jóvenes de las mas notables familias, comerciantes de toda especie, militares, estudiantes de colejios i el sin número de *individuas* que los franceses han clasificado con los nombres de *grisettes* o *lorettes* se veían en trajes característicos.

Las distinguidas i aristocráticas familias ocupaban los palcos como en las demas noches ordinarias de funcion, donde permanecían divirtiéndose a costa de la engalanada i entusiasta multitud que lucía sus disfraces, hasta que concluía el espectáculo.

A esa hora tocaban todos retirada, dejando mas a sus anchas a la concurrencia que iba con el esclusivo objeto de divertirse todo el resto de la noche.

Se comprenderá que siendo aquel día víspera de Pascua, la jente afluiría como nunca a aquel sitio, puesto que ya hemos espresado que no hai quien no trate de divertirse en noche buena.

La idea de anunciar un baile de máscaras para esa noche era mirada por todo el mundo como una ocurrencia que dejaría un buen lucro a los empresarios, pues equivalía a dar una cita a la jente de buen humor que busca por doquiera los placeres i entretencion.

I creemos que si aquellos abrigaron de antemano la esperanza de un buen negocio, no quedaron por cierto desfraudados.

Nosotros hacemos allí nuestra entrada, a poco mas de las dos de la mañana.

No nos detendremos a contemplar los corrillos del lado afuera de la puerta de entrada, que se estacionan con el fin de divertirse con las frecuentes salidas de los más-

caras, que les gusta hacer por fuera sus truhanerías i lucir sus trajes.

Pasaremos adelante.

En el primer salon hai una veintena de mascarillas que fuman, se pasean i meten el ruido necesario para hacer ver que se divierten.

Penetremos en el salon del baile.

El golpe de vista que este presenta es magnífico.

Había una profusion de luz asombrosa.

Las arañas de los lados i las próximas al proscenio, los ganchos de cinco globos de los palcos i la inmensa araña central esparcían sus claras i fuertes luces de gas.

Estaba sencilla i esmeradamente adornado.

Un mullido tripe cubría el pavimento i los festones de hermosas guirnaldas decoraban los palcos de primer i segundo órden.

Grandes banquetas forradas de terciopelo lacre ocupaban las partes laterales del salon, proporcionando cómodos asientos a los que no querían o estaban cansados de bailar.

La multitud ondulante se estrechaba i movía en todas direcciones.

Es necesario haber presenciado aquello para tener una cabal idea de lo que fueron aquellos primeros bailes que tanto entusiasmo despertaron i tanta afluencia de jente atrajeron.

Se veía allí turcos, griegos, andaluces, toreros españoles, majos, escoceses, huasos, aldeanos i escéntricos elegantes.

Acá andaba un mosquetero del tiempo de Luis XIII de bracete con un minero con sus correspondientes *ojotas* i *culero*.

Mas allá uno disfrazado de *roto* va tirando de la cola a otro que representa al enemigo del jénero humano, a Satanás en persona.

Por aquí un *gentleman fashionable* de grandes cuellos parados i frac cuyas colas arrastran hasta el suelo i hacen sonar los cascabeles que llevan en sus estremos, va dando el brazo a una patitieza inglesa que lleva sombrero de paja acambuchado i sombrilla en su mano derecha.

Sería nunca concluir el pintar las estravagancias que se divisan en un baile de máscaras cuando es concurrido. Llegan muchos hasta revestirse de pieles imitando osos, asnos, toros, etc., cuyas máscaras representan bien al natural las cabezas de dichos animales.

Aquel aglomeramiento de jente producía un ruido confuso i constante.

Los agudos dichos, los tiples chillidos de las mujeres i las carcajadas de los celebradores, todo se mezclaba i confundía llegando como el ronco murmullo de una catarata a los oidos del observador.

Nos parece empresa difícil el que demos con nuestros conocidos en medio de aquel laberinto de máscaras, que se ajitan velozmente comenzando a bailar una mazurka que la orquesta toca maravillosamente.

Aparte de los que llevan máscara o careta se ven muchísimos jóvenes en sus trajes ordinarios que andan mezclados tambien en aquella baraunda.

Estos deben, por no pasar un mal rato, armarse de paciencia i no enojarse al recibir los dichos i pullas de los que conociéndoles, se valen de su disfraz para decir grandes pesadeces.

Pero es bien cierto que a ellos les queda el recurso de echarse a reir i no responder.

¡Es tan chistoso lo que dice un máscara!

¡I es una cosa tan fácil el darse a reir!

I luego quién que recibe un dicho de esa clase no le dice al que tiene al lado: ¡Quién hace caso a Fulano! ¡Lo he sacado al momento! ¡es tan loco i tan bromista!

I esto se dice aunque el que se toma por Fulano se

asemeje a él tanto como un ánjel a una beata o al demonio, que esta comparacion se nos viene por no decir la tan repetida de «como un huevo a una castaña.»

Tratarémos de todos modos de entresacar de aquella muchedumbre a nuestros conocidos.

Hé aquí que sin saber como se fija nuestra atencion en una pareja que es de las que mejor baila la mazurka.

Se compone de un diablo, cuyo vestido adherido al cuerpo es de bayeta encarnada, con dos grandes cuernos sobre la cabeza, dos agujeros para mirar i otro para respirar i su correspondiente rabo. I un marinero pequeño i de formas torneadas i robustas.

Esta pareja danza, como hemos dicho, de una manera que le hace honor, porque en un baile de máscaras son pocos los que se acompañan bien.

Esto consiste en que el sexo bello que allí se vé entiende mui poco de baile.

Cerca de la orquesta divisamos un figuron que con solo mirarlo debe uno soltarse a reir.

Este máscara sigue con la vista a aquella pareja en todos sus movimientos.

Compónese su traje de una crinolina de esqueleto que deja traslucir por entre sus canjelones unas piernas largas, delgadas i nudosas como sarmientos de vid, forradas en calzoncillos de punto. La parte superior de su cuerpo la cubre una chaquetilla de mujer, de merino negro. La cara de ese individuo, no menos flaca que sus piernas, presenta la mas risible compostura.

Lleva una larga i triangular nariz de papel adherida por la parte del nacimiento a unos grandes anteojos de carton.

La parte que queda visible despues de colocados aquellos aparejos, está sembrada de lunares negros de todas dimensiones.

Sobre su cabeza lleva una larga bolsa de jénero a

cuadros, con un nudo en la punta, que cae sobre su espalda.

Imposible nos parece que el lector le reconozca.

Pero, como para nosotros no existe el imposible, tendremos que dárselo luego a conocer.

Por ahora conténtese con observarle i ver que está como enfadado porque la mazurka le parece interminable.

A un lado del salon divisamos tambien a nuestro conocido Hernandez, el del altercado con Pepito.

Está en traje de paisano, como algunos dicen, i anda mirando a todos con una especial atencion.

En su semblante se nota evidentemente un desasociego mui marcado.

Por fin alcanza a divisar en un grupo a Floresta que tambien esta con traje ordinario.

Da codazos aquí i allá i consigue asi abrirse paso hasta él.

—Olá, amigo, le dijo cordialmente, ¿cómo es que usted no está disfrazado?

—No tenía pensamientos de venir, contestó con política el capitan, i no hallándome que hacer he venido únicamente a matar el resto de la noche.

—¿I sus amigos?

—Por ahí andan. Si no se me dá a conocer Pompeyo de veras que no le habría sacado.

—Lo mismo me sucedió a mí.

—¿Tambien se le dió a usted a conocer?

—Si.... él no precisamente.... dijo algo turbado el jóven.

—Es injenioso el traje ¿no es verdad?

—Oh, sí ¡mui bonito!

—¡Cómo diablos aglomerar tanta baraja!

—Efectivamente, dijo Hernandez abrazando de una mirada a los máscaras mas próximos, es mui prólijo i mui fastidioso el hacer un traje de esa naturaleza.

Habia divisado a unos cuantos pasos a uno que llevaba un vestido todo hecho de cartas de baraja i no dudó que fuese Pompeyo por lo que decia el capitan.

—¿I el jóven amigo de él, ese tal Pepito, qué no le ha acompañado? preguntó con naturalidad el jóven.

—Yo no hace mucho a que llegué i todavía no me ha hablado. Pompeyo me dijo que venía de diablo.

Hernandez se sonrió i luego con mucha indiferencia le dijo a Floresta.

—Lo que es yo, amigo. no me divierto nada aquí. Talvez me retire pronto.

—El modo de entretenerse es venir en traje de máscara, repuso Floresta. De otra manera uno no puede ni tomar parte en el baile.

—Eso es lo que debí hacer, dijo el jóven, pero ya es tarde.

I luego saludando al capitan agregó.

—Hasta luego i le deseo halle en que divertirse.

I mui despacio se alejó en direccion al salon de la entrada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XVII.

Había concluido de bailarse la mazurka. Las risas, dichos picantes i conversaciones continuaban entre los danzadores que poco se habían fatigado.

—¿Entónces la conoces? preguntaba el máscara del traje formado de naipes, siguiendo una conversacion ya principiada, al otro que llevaba el de diablo i que lo hemos hecho notar miéntras bailaba.

Ambos iban asidos del brazo..

Antes de pasar adelante creemos conveniente darlos a conocer

Despejaremos, pues, los incógnitos.

El del traje de barajas era Pompeyo, como lo podríamos ya haber sacado por la indicacion del capitan Floresta.

El que llevaba el difraz de diablo era nuestro amigo Pepito.

A éste no habría sido tan fácil conocerlo, aunque nos hubiesen indicado su traje porque andaban por lo ménos cinco que habían tenido la misma eleccion que él.

Pepito no había precisamente elejido él mismo su traje.

Habia ido, tan luego como dejaron a las Mandujano en su casa, a la de Pompeyo, i allí este puso a su disposicion ese difraz que ya le había prestado buenos servicios en uno de los bailes anteriores.

Pepito lo encontró tan apropósito como si lo hubiera mandado hacer a su cuerpo i a medida de su deseo.

Se lo caló lleno de complacencia sin mas preámbulo.

—Ojalá fuese así, dijo respondiendo a la pregunta hecha por su amigo, pero me parece que es una muchacha escelente.

Tiene unos ojos ¡cáspita, hombre! lo hacen a uno encenderse!

—¿Será alguna corista?

—Puede, amigo.

—¿I qué tal habla?

—Perfectamente. Toma un tiplecito de los mas agradables i luego tiene mui buenas maneras.

—¡Demonio! ¿I tanto has observado? le dijo riéndose Pompeyo.

—Me refiero, hombre, a la condescendencia que me ha manifestado.

—¡Esas tambien tenemos!

—¡Al diantre si se habla sério contigo!

Pompeyo con aire glacial hizo ahora una grave reverencia a su majestad infernal.

—El hecho es, continuó Pepito, que yo apénas la divisé, cuando me llamó la atencion lo torneado de las formas de aquel diantre de marinero, como cierta curva que presenta su chaqueta por delante. I mi estraordinaria perspicacia no me dejó dudar un momento que debía pertenecer al sexo contrario.

—¡Mui bien razonado! ¿I luego?...

—Entonces sin miramientos ni cortedades, que el carácter del traje que llevo me dispensa de ello, me acerqué i le hice la súplica de que me acompañase a bailar lo primero que se tocara.

—I ella accedió.....

—Pero no como tu te lo imajinaras. Antes de responderme, dirijió algunas palabras al oido de aquella estrambótica figura i Pepito señaló con el dedo al máscara de la crinolina de esqueleto, que casualmente en ese momento hablaba con el marinero en cuestion, i segura-

mente el otro le dió su venia, añadió continuando Pepito, porque volviéndose a mí me dijo que estaría pronta para cuando se tocase; aunque entendía mui poco de baile.

—Pues ¡no deja de ser bonita la condescendencia! ¡Acceder despues que consulta al otro! Si por acaso le hubiera dicho aquel que nó, tú habrías quedado positivamente chasqueado en tus esperanzas.

—Pero, hombre, hazte cargo que de antemano tendrían ambos su compromiso i que yo talvez, en igualdad de circunstancias, no habría hecho lo mismo. Simplemente le habría dicho nó i se acabó.

—I por fin, bailaste i te ha gustado....

—Bailé, conversé, lagalantié i lacité para mas tarde.

—Lástima que no encuentres otro en *é* con que hacerme fuerza.

—Como que no vendría de mas, dijo Pepito pavoneándose.

—Lárgalo pues hijo.

—La cautivé i la conquistaré, dijo Pepito recalcando la pronunciacion en la última sílaba.

—¿Sí? ¡Pues no pensaba ménos de tí!

—Yo no pierdo el tiempo, amigo. Cuando uno vé la ocasion no hai que dejarla ir.

—¿I ella por quién te habrá tomado? dijo Pompeyo soltándose a reir.

—Oh, por lo ménos cree que soi algun ricacho.

—¡Bueno el chasco que se lleva!

—Me habla con un respeto.... i cuidado que no es nada safada en en sus modales. Parece que no fuera mui corrida....

—Pues hombre, te aconsejo que sigas dándote los aires de un gran personaje. Solo así podrás conseguir algo.

—Pero, amigo Pompeyo, es el caso....

—¿Qué?

—Que ando como patena....

—¡Hombre!

—Como te lo digo. Una demasiada precipitacion al cambiarme chaleco hoi antes de salir....

—¡Já! ¡já! esclamó Pompeyo. ¡Es chistoso! ¡Venirte al baile sin centavo! Pobre amigo, sin plata aquí no se hace nada, mejor es mil veces no venir.

—Soi de tu misma opinion sobre el particular....

—¡Ya lo creo!

—I sería una desgracia que con la aceptacion que he tenido.... no lograra divertirme un poco.... Hombre, te diré que para salir del apuro me he acordado de los amigos, i como a tí te profeso una amistad que a nadie se la tendré jamas, me dije: mi querido Pompeyo con todo gusto me prestará la pequeña suma de diez pesos i punto cocluido.

—¿Con que para eso te has acordado de mi?

—Oh, yo no te ofendería con una falta de confianza. Sé que eres mi amigo i esto basta. He venido a tí con la certidumbre de que me servirás con tanto gusto como si fueses mi hermano, te conozco bien.

—¿Con que solo te faltan diez pesos para divertirte?

—Esa friolera no mas, hombre. ¡Quién dirá de lo que pende algunas veces el bien estar en el mundo!

Pompeyo sacó su porta-moneda i dió un condor a Pepito.

Este sin siquiera dar las gracias se lo echó con toda tranquilidad al bolsillo.

¡Bah! ¡Era dinero de un amigo!

¿Los amigos, si no sirven para estos casos para que sirven?

Pero Pepito lo que acababa de hacer con Pompeyo lo había ya hecho en muchas otras ocasiones en mayor o menor escala segun las facultades del *estimado amigo* a quien honraba con *su confianza*.

Pero todos lo sabemos:

¡Hai tantos Pepitos!

¡I las ocasiones se presentan tan a la mano para que les haya sucedido, antes de salir de casa, alguna *casualidad*!

En el salon notamos que ha crecido la animacion.

Déjase sentir un clamoreo que raya en frenesí.

—¡Cueca! señor!

¡Zamacueca! ¡Que se toque zamacueca!

La hora que todo el mundo aguardaba con mas ansia era llegada.

Pasados las dos de la mañana, era una costumbre dar comienzo al baile nacional.

I tanto se desea esa hora que vemos que todos a voces pedian se diese ya principio a aquel baile.

La razon es bien obvia: la zamacueca no hai casi quien la ignore. Los que no sabían, pues, bailes sérios eran los que mas apremiaban.

La orquesta rompió por fin el silencio en que estaban sus instrumentos.

I apagó el vocerío dejando oir el entusiasta aire del baile pedido.

La música era compuesta exprofeso creemos que el distinguido profesor don Federico Guzman, con un magnífico compas imprimido principalmente por los platillos i timbales.

No pudiéndose cantar, era indispensable para tales casos un compas bien remarcado i una composicion que supliese ese esencial requisito.

Formáronse inmediatamente cuadros en que bailaban de tres a cuatro parejas.

Algunas de estas, que sobresalian en la materia, tenian la satisfaccion de atraerse la atencion de los mirones que luego se apresuraban a animar con sus dichos i palmoteos, formando un corro a su derredor

Pepito se lanzó, tan luego como oyó esa música, en busca de la compañera que le hemos oido elojiar en su conversacion con Pompeyo, pero la encontró que bailaba ya con un dominó listado de lacre i negro.

El de la crinolina de esqueleto bailaba tambien en el mismo cuadro, con una célebre *dama* disfrazada de pastora.

Pepito se contentó con arrogarse el papel pasivo de espectador en vez de el de actor, que guzgó poder alcanzar.

Principió, pues, demostrando que la quietud no era propia de su carácter ni de el disfraz que llevaba, porque dió tanta sacudida a uno i otro lado con su rabo i tanto ruido metió con sus casca beles, hasta que una mano fuerte i robusta le tomó de aquel i de un terrible estiron, dió con Pepito en tierra haciéndole medir el pavimento.

Pepito se levantó de un brinco mirando lleno de furor al autor de tamaño desman.

Vió delante de si al máscra del listado dominó, que ya había concluido de bailar el primer pié.

Este, despues del desacato cometido en la persona de Pepito, había largado una sonora i estridente carcajada.

Cincuenta voces que habían visto el suceso le hicieron coro.

Pepito temió desmedirse entregándose a su furor i talvez caer en el ridículo.

Finjió reirse con tantas ganas como los demas, i dando brinco sobre brinco se alejó.

—Oh, ese tampoco es ¡i ya van tres! murmuró el del dominó, viendo con grande atencion alejarse a Pepito.

XVIII.

—¿Qué hai de nuevo? preguntaba Pompeyo a Pepito que acababa de verlo entrar al salon.

—Nada, hombre. Vengo de resfrescarme.

—¿Has bebido mas, bárbaro?

—Nó, hombre. Me he tomado dos copas de helados. Esto no quiere decir que lo que haya bebido en la noche pueda impedirme el que vacie dos o tres botellas todavía; solo que encontrándome acalorado, el cuerpo me pidió alguna cosa fresca.

—¿I tu aventura continúa?

—¿Cuál, hombre?

—¿Ya has olvidado a tu marinero?

—Ah! es que tu no sabes que me he distraido en otra cosa. Figúrate que un maldito dominó dió en hostigarme pasando i repasando cerca de mí, dándome enormes estirones de la cola i entrometiéndose en mi conversacion con la consabida mascarita....

—¿Será algun envidioso?

—¡Alguno que lo debo tener furioso de celos! esclamó con grande énfasis Pepito.

—¡Pues!

—Como te lo digo.

—I no le has dado un punta-pié.... así como que no quiere la cosa.... como de casualidad?

—He hecho algo mas.

—Veamos, hombre.

—Imajínate que parece que hubiera declarado una

guerra a muerte a todos los que llevan mi traje. Lo vi acosar, ni mas ni menos que lo hacía conmigo, a unos cuantos de mis concolegas o *tocajos* por el disfraz. Con algunos le sucedió algo pesado.... no siendo de tan buenas pulgas como yo.... se encontró con la horma de su zapato.

—Al grano, Pepe.

—Es que esto tiene una relacion....

—¡Bah! Díme lo que atañe a tu persona únicamente i lo harás mucho mejor.

—Bien, te daré en el gusto. Despues de varias de de esas intentonas de camorras que te refiero, parece que se decidió por mí. Es el caso que, habiendo tenido tiempo de notar que yo hablaba demasiado con la del vestido do de marinero, formó alianza comun con aquel ridículo máscara de la crinolina, con la pastora, i ese otro disfrazado de roto que te había yo señalado durante la segunda zamacueca. Habló, pues, con ellos con gran misterio, se apartó a un lado con el de la crinolina i me dejaron mientras tanto a mis anchas con mi pareja.

—Hombre, yo de todo eso me pondría contentísimo.

—Bueno, ya verás. Al poco rato el máscara estrafalario se acercó a nosotros i finjiendo un modo de hablar, hombre, lo mas raro, me dijo que perdonara un momento i le permitiera llevarse a mi compañera para que tomase algun refrijerio. Ella, creo que bien de mala gana, se tomó de su brazo i le acompañó en direccion al café. Yo le dí un significativo apreton de manos i luego intenté seguirla ¿No te parece que esto era mui del caso?

—Naturalmente. La seguiste.....

—Nó, hombre, porque el maldito intruso del dominó de listas se me puso al paso i principió a darme parabienes por mi conquista....

—¡Diablo! I tus puños, hombre? ¡porqué no le diste una arremetida!

—Se la iba a dar ¡canario! ¡I lo habría hecho menudos pedazos!

—¡Peste!

—¡Pues! ¡Ya sabes tu si soi hombre para estos casos! Pero comenzó a hablarme como si me conociera....

—¿I mientras tanto se te volaba el pájaro?

—Claro. Esto fué lo que yo saqué en limpio i entónces poniéndomele de frente le dije con bastante mal modo:

—Mi caballero, o cualquiera que sea el insolentete que encubre ese dominó ¿me hará usted el favor de no entrometerse en mis asuntos i dejarme ir sin importunarme mas?

—Vaya! me dijo, no te enfades.

—Pues, ¿te tuteaba?

—Admírate mas:—Pepito, me dijo en un tono burlesco, ¡si yo te estoi haciendo buen tercio!

—¡Demonio! esclamó Pompeyo. ¡Te había conocido!

—Al principio te aseguro que lo creí así al ver que me nombraba. Yo naturalmente que cambié de tono al oir que me llamaba por mi nombre; pensé que fuese algun amigo i le dije se me diese a conocer. El se negó: insté, apuré mi paciencia, pero nada coseguí. Entonces se me vino la idea de que me habría simplemente oido nombrar a tí o a Floresta durante nuestra conversacion i que el mui bellaco se valía de eso para divertirse a mi costa.

—Talvez no ibas mui descaminado. Puede efectivamente haber pasado cerca de nosotros i haber alcanzado a percibir tu nombre ...

—Eso, pues, me figuré. Incontinenti lo abroché por su dominó intentando desenmascararle, puesto que no me decia quien era.

—¡Magnífico!

—Lo puse así en aprietos. Pero el mui desvergonza-

do, aleve i traidoramente, mè asestó un terrible puñetazo que apesar de barajárselo en el hombro izquierdo, me hizo ver candelillas i retroceder dos pasos.

—¡Cáspita!

—Así fué amigo. Los que presenciaron esto se soltaron a reir en mis barbas. Yo me sobrepuse a todo i fuí como una furia a acometerle....

—¡Así me gusta!

—Pero el mui cobarde había huido ¡Huido! ¿Comprendes?.... ¡Tuvo miedo! ¡Miedo de medirse con un hombre frente a frente!

—Pero, díme, preguntó Pompeyo que ya se imajinaba lo que efectivamente habría sucedido a Pepito, ¿cómo te dió traidoramente o a manzalva, cuando tu mismo confiesas que el bofeton te lo pegó en el hombro?

—¡Ahí has de ver!.... Me daría yo vuelta a ese tiempo.... en fin.... ello fué como te lo refiero. Ademas, esto no hace al caso.

—¿I qué hiciste cuando lo viste huir?

—Me fuí en su seguimiento como una exhalacion. Pero nada: en el pasillo que conduce al patio no había ni cosa parecida al del dominó.

—¡Te la jugó en regla!

—Así será. Pero ¡juro que si lo encuentro!... oh! si lo encuentro no le dejaré hueso en su lugar!

—¿Cómo no lo seguiste hasta el café?

—Fuí tambien allí, pero no había ni rastros. Entonces no hallando cosa mejor que hacer, me puse a buscar a la consabida pareja que había tomado esa direccion para refrijerarse, segun me dijeron, i nada, tambien se había hecho humo.

—Vaya, Pepito, ¡qué felíz has andado tu! ¡I a mí que no me acontece nada!

—Es que tu andas con ese aire de gravedad de que uno debe despojarse aquí. Te diré, pues, con-

tinuó Pepito, que apenas me convencí de que en el café no había ninguno de los que buscaba, cuando me acerqué al meson, pedí helados i así conseguí refrescarme algo i ahora me tienes ya en disposicion de volver a tomar parte en el bullicio i alegría jeneral. Esto sin perjuicio de que si doi con mi contrario, vea renacer mi rabia, i ¡cuidado! que cuando yo siento en mí ciertos aires iracundos es casi seguro que el que cae en mis manos sale con una astilla de quijada o dos o tres dientes ménos!

I Pepito acompañó sus palabras con demostraciones tan hostiles i cierto rechinamiento de muelas, que hubiera podido intimidar a cualquiera que no tuviese certeza de lo que era capaz en casos semejantes.

—Hombre ¡de veras que te envidio! le dijo Pompeyo, divertido con la mímica de su amigo.

—¡Bah!

—Pues, te aseguro que oyendo tus cosas hasta me he entretenido, porque, hablándote claro, me está hostigando ya esto del baile. Por fin, hombre, allí veo a Floresta que embroma con algunos, voi a hablarle. Con que hasta luego.

—Hasta luego, respondió Pepito.

—¡Que encuentres a tu marinero!

—¡Gracias!

I esta palabra llegó apagada a los oidos de Pompeyo por las melodiosas notas de una obertura que la orquesta tocaba para proporcionar un grato descanso a los fatigados danzadores de zamacueca.

Ambos habían tomado distintas direcciones.

Mientras la conversacion de los dos amigos, cierto máscara que llevaba un flamante dominó negro había pasado repetidas veces por detras de ellos, parándose algunos momentos como para arreglar su traje.

Indudable nos parece que trataba de oir esa conversacion.

I es indudable tambien que consiguió sus intentos.

Debió sorprender algo de ella, porque cuando Pepito hablaba del bofeton que el del dominó listado le había dado a manzalva, una sonrisa de desprecio asomó a sus labios.

Sonrisa que nadie podía ver al traves de su careta.

I que nosotros, cometiendo una indiscrecion, la manifestamos.

Tan luego como los jóvenes se separaron, el del ropaje negro fué tras los pasos de Pepito.

Alcanzóle presto.

Pepito sintió que un brazo se enlazaba con el suyo.

Volvióse sorprendido.

Hallóse pues con que tenía a su lado al del espresado dominó.

—¡Héteme aquí con otro! murmuró Pepito ¿qué me querrá este?....

XIX.

Como si el recien llegado hubiese entendido las palabras de Pepito, se apresuró a decirle con voz que para este era del todo desconocida.

—¡Qué solitario anda ahora el príncipe de los infiernos!

Pepito antes de responder trató de sacar por la voz al que le hablaba,

Esto era una vana pretension.

Todas las voces se alteran al pasar por una máscara.

Sin embargo, parecióle como que conservaba un vago recuerdo de haberla oido ya otra vez.

—¿I eso qué le importa a nadie? respondió.

—Calma, amigo, no hai para qué enfadarse. Denantes lo ví a usted en mui buena compañía i ahora me llama la atencion el ver que haya usted abandonado una pareja tan soberbia, porque, en verdad, que la muchacha aquella es de lo mejor.

—¿La conoce usted? preguntó apresuradamente Pepito.

—Así, así.

—¿I quién es?

—Despacio, amiguito, eso se lo dirá ella si lo trata a usted mejor que a mí.

—¿I cómo sabe usted tanto? dijo Pepito que sintió halagada su vanidad al oir la suposicion que hacía su incógnito interlocutor.

—Lo sé, porque me interesó ella en un principio; pero despues he desistido. No me concedió ni siquiera un baile, mientras que observé que a usted con la mejor voluntad le acompañó en una mazurka.

—¡I tambien en una polka! saltó Pepito.

—Ya usted vé, tanto mas en favor de lo que digo.

—Pero....

—No me haga usted objeciones que no atenderé. Se ha llevado usted la preferencia i se acabó. Yo soi poco susceptible. Pero únicamente no me he acercado a usted con el objeto de felicitarle por su conquista, vengo tambien para hacerle un pequeño servicio ¿no ha reparado en un dominó listado de lacre i negro?

Pepito al oir esta pregunta tan inesperada sintió cierto recelo.

—¿Es algun amigo de usted, preguntó?

—Todo lo contrario. Ese tal debe ser un buen pillo, un bribon, segun lo que hizo conmigo. Imajínese usted que mientras me fastidiaba con cierta conversacion de las mas impertinentes, introducía su mano con gran cautela en el bolsillo de mi dominó, i por nada me saca lo que allí llevaba....

—¿I usted lo sorprendió?

—Precisamente, infraganti. Le dí unos cuantos pescozones i de lástima lo largué sin denunciarle. I como a usted lo ví que mas tarde andaba con él o, mas bien, él andaba con usted, vengo ahora a prevenirle que se guarde de tal compañía.

Pepito antes de responder al oficioso máscara del dominó, llevó con presteza la mano al único i pequeño bolsillo que tenía en un lado de su chaqueta.

Sabía mui bien que allí estaba su dinero, porque al pagar los helados que se había consumido, puso el vuelto de los diez pesos en ese bolsillo.

I esto era mucho despues de la desaparicion del máscara de que se trataba.

—¡Diablo! esclamó. ¡Yo que ahora he traido una fuerte suma! ¡De buena he escapado!

—¡Oh! ¡de veras que usted ha andado feliz! repuso el del dominó con un tono incisivo i mordaz.

Pepito nada notó.

—Efectivamente, le doi a usted mil gracias por haberme avisado; andaba casualmente en busca del tal pillastron; ya verá usted que yo ni la mas lijera sospecha tenía de quien podría ser, le prometí un fereo i pensaba cumplirle luego mi palabra....

El desconocido oyó ahora las palabras de Pepito con una especie de compasion, como la que produce un loco en una persona que le oye hablar de millones imajinarios que posee o de grandiosas obras que intenta practicar.

—Pues si lo encuentra, ya sabe usted que debe guardarse de él.

—¡Pierda cuidado!

—Si usted necesita de mí, por aquí me encontrará.

—Gracias, si a usted puedo servirle en algo....

—Le agradezco su ofrecimiento. ¡Hasta mas ver!

El del dominó se alejó de Pepito.

—¿Quién será? pensó éste. Infaliblemente es persona honrada i de distincion, puesto que sus maneras son delicadas. Efectivo es tambien que ha querido hacerme un servicio, aunque para mí era ya inútil, agregó sonriéndose, porque no hai cuidado que yo vuelva a meterme en otra con ese maldito bergante que me dejó el hombro aletargado, como si me hubiese dado con un martillo ¡cáspita! ¡si yo tuviera esos puños!

El del dominó, al apartarse de Pepito, se decía tambien para sí:

—Es mas necio el mozo de lo que yo me había formado idea. ¡Oh! ¡referir que le había dado a traicion! ¡I

que me haría pedazos, cuando ni siquiera intentó!.... ¡Bah! ¡Con esta clase de individuos es preciso hacer que alguna vez vean con quien se las tienen i escarmienten! Bien, allí veo al de la crinolina, veamos a que se ha resuelto.

I al concluir este monólogo el del dominó negro se halló al frente del máscara de la crinolina que estaba mui próximo de la puerta de entrada.

—¿En qué quedamos? preguntó al otro el recien llegado.

—¿Sobre qué? respondió sorprendido el de la crinolina.

—Sobre el asuntito que atañe a mi amigo, el del disfraz de diablo....

—Ah, ¿con que es usted?

—Yo, mui cierto que soi yo, dijo riéndose el del dominó a pesar de que el negocio de que se ocupaba llamaba bien su atencion.

—Sí, pero como yo no soi májico....

—Tiene usted mucha razon. amigo, repuso ya sério el del dominó; pero como le he hablado sin finjir mi voz juzgué que a usted no se le hubiera olvidado tan presto i que me hubiera conocido. Todo consiste en que he cambiado de traje....

—Por supuesto.... usted ha cambiado.... de traje.... el dominó pintado me parecía mui superior.... pero ya vé, así tan de buenas a primeras nadie me hace tonto....

—¿Con que consiente su amiga?

—De juro, siendo de pura broma, ella ha dicho que bueno i yo he permitido. En tocándome a mí los diez pesos, que dice usted que son la mitad de la apuesta.... aunque a mí no me la pegan tan luego.... por lo menos serán unos treinta pesos....

—¡Ya le he dicho a usted que son veinte!

—Bueno, señor, me la tragaré. Ya le he dado todas

las *instrucciones* en que he regulado debe estar *instruida*....

—No se olvide usted de retirarse algun tiempo i dejarle a él toda la libertad que pueda apetecer. De esto pende el éxito de la apuesta. Todo ha de ser de manera que ella le haga creer que está pronta a dejarse acompañar....

—Pero es que hai otra cosa....

—¿Qué?

—Que si el quiere valerse mucho de esa libertad..... yo no me quedo quieto...

—¡Bah! ¿I cree usted que yo estando interesado en que pierda lo he de dejar hacer basa?

—Ciertito. Es que no todo a uno se le ocurre.... pero vea que la cosa no demore mas de una hora tampoco....

—¡Naturalmente!

—Porque tenemos que retirarnos....

—Pierda usted cuidado.

—I luego no olvide usted el fereito que les he dicho a los amigos que les daré lo que nos desocupemos....

—Vea, tome usted de antemano la mitad de lo que le he prometido porque se diviertan un poco a costa de mi enamorado amigo.

El del dominó dió una moneda de cinco pesos a su interlocutor.

Este la recibió tanteándola para ver si era de buena lei.

—Pues entonces todo irá bien. I dígame si él le hace alguna convidadita al café debe aceptar ella sola i no podrá llevar de paso a la Mariquita, ya la conoce usted, aquella que anda de pastora?....

—Asolutamente a nadie. Que vea él que está sola i que procure hacerle beber....

—Vaya, pues, así lo haremos.

—Con que hasta mas ver.

—Felicidad, caballero.

—Adviértala usted que ando yo en este traje para que no crea que soi algun intruso, dijo deteniéndose el del dominó.

—Oh! bien pensado. Es mui de necesidad que ella lo sepa.

I dicho esto se separaron.

. . . . . .

La multitud ahora estaba no tan bulliciosa.

Había muchos que prestaban atencion a los arrebatadores sones de la orquesta.

I muchos que habían abandonado el salon para ir al café, mientras se hacía tiempo de dar comienzo a otro baile.

Pompeyo le decía a Floresta:

—Obsérvalo no mas. Toda la noche se ha llevado con la tal máscara. Ya le ha costado, segun he traslucido por lo que él mismo me refirió, bastante caro.

—¿Sí?

—Le dieron un furibundo bofeton que le dejó mui mal parado. Pero no escarmienta por lo que veo; dice que la muchacha es de lo mejor que anda aquí. I por lo que he visto creo que no piensa mal.

—Hombre! ¿sabes que talvez se sale el diantre con la suya? Parece que ella no lo tratará mal cuando lo ha acompañado en varios bailes i le oye con tanta atencion. Míralo ahora como acciona....

—Fíjate tu tambien en aquel que parece un *quelteg̈ue*, el que lleva crinolina i calzoncillos de punto.... ahora se acerca a Pepe....

—¿Qué tiene?

—Pues bien, hombre, ese pájaro me ha puesto receloso. No sé porqué temo que le juegue alguna a Pepito. Lo he visto hablar varias veces con cierto misterio con la mascarita.... ya lo ves, ahora hace lo mismo....

—Será alguno que ella ha chasqueado queriendo cambiar de rumbo....

—Por eso es que me temo alguna cosa.

—Nó, chico, él tomaría en todo caso de ella su desquite. ¿No ves como ya se aparta mui suelto de cuerpo abandonando el campo? Esto te prueba que no es lo que piensas....

—Talvez sea así, dijo Pompeyo vencido por el argumento de su amigo. ¿Quiéres que vamos a beber una copita?

—Vamos.

I ambos dejaron el sitio que ocupaban.

Antes de trascribir la conversacion sostenida por Pepito con su desconocida compañera, conversacion que Pompeyo i Floresta estaban deseosos de haber podido oír para saber como era tratado su amigo, nos será permitido volver algunas horas atras.

Necesitamos ocuparnos de algunos otros conocidos que el lector no habrá echado en olvido i que nos dispensará el corto tiempo que les dediquemos.

Dejaremos, pues el baile transportándonos a la fonda de ño Pablo, en donde, se recordará, hemos dejado a la meritoria familia de doña Peta.

Volveremos al salon tan luego como cumplamos con el deber de dar ciertos pormenores indispensables para la intelijencia de las escenas posteriores.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XX.

Hemos abandonado la fonda de ño Pablo en el momento en que el petardeado Nicanor era conducido a la policía por el delito de haber querido cometer una estafa en la propiedad del honrado fondero.

Pero, por permision de la Providencia, el que había salido realmente esquilmado era el pobre futre, pues, a parte del dinero que llevaba, le habian sacado su reloj que aunque de plata, le haremos el debido honor de tasarlo en mas de diez pesos.

Ño Pablo estaba mui al cabo de esta circunstancia, pero su honradez no era tan asustadiza que le hiciese volver sobre sus pasos.

Hé aquí porqué dijimos que a Nicanor no le engañaron sus presentimientos cuando se imajinó que iba a ser pasado *para el centro*.

Así sucedió efectivamente.

Crucita, que desde dias antes estaba comprometida con Nicanor para divertirse en su compañía la noche buena, sufrió realmente una contrariedad bastante grande al ver lo que aconteció al desdichado.

Demostrarse apesadumbrada por ello delante de doña Peta i su hermana Manuela pensó que sería la mayor sonsera.

No había conseguido otra cosa que el hacerse el blanco de las burlas de aquellas.

Nicanor no se había conducido tan mal con ella desde que habían trabado conocimiento. Cortecitos de vestidos,

cintas, pañuelos i otras mil baratijas que vendía en su negocio, había hecho llegar a manos de la niña.

Ya se sabe que el negocio de Nicanor era un baratillo, en el que ocupaba el rango de primer i único dependiente.

Lo que había minado poco a poco la aceptacion que al principio recibió Nicanor de doña Peta, habia sido la guerra que le había declarado a la sordina Manuela, por cuanto a ella la había dejado olvidada en sus obsequios.

I doña Peta tenia mui marcada predileccion hacia su hija mayor.

Se verá con toda claridad que ese olvido de agasajos i deferencia hacia Manuela i doña Peta, de parte de Nicanor, le hizo a este perder mucha de su importancia i por lo tanto, muchas probabilidades de buen éxito en la empresa que acometía.

Crucita, en vista de esto, había concentrado en su corazon un profundo reconocimiento i algun tanto de cariño por la persona del comerciante en pequeño.

Al ver el chasco que ahora había soportado, quizás por su causa, hizo promesa interiormente de no dejarse estar i recurrir a cualquier medio para mejorar su situacion.

Principió, pues, por poner en obra al arma favorita de la mujer, el disimulo, i ayudó a doña Peta i Manuela en la celebracion del percance acaecido a Nicanor i en reirse a cada nueva pulla que dirijían al ausente futre.

Logró su objeto.

Ni la mas remota sospecha cruzó la mente de doña Peta o de su hija acerca de lo que ella pudiera estar fraguando.

Mientras doña Peta i Manuela referian el suceso con todos sus pormenores al bueno del parroquiano que hemos visto en la fonda enguyendo aceitunas, Crucita se

fué a la puerta en donde estaba ño Pablo haciendo ciertos encargos a uno de sus ayudantes.

Dijóle Crucita a media voz i en tono halagüeño.

—¿Me hace un favor, ño Pablo?

—Como nó, perlita, el que usted quiera.

—Se trata de ganar un peso, que es lo mas que le puedo ofrecer....

—Hable sin rodeos, mi vida.

—Ademas que usted hará una buena accion....

—Entónces délo usted por concluío i como si todo estuviera hecho.

—Dígame, agregó la niña con alguna indecision, no le parece que usted ha quedado pagado con lo que le han quitado a don Nicanor?

—Así, mal i por mal cabo, andará patas la cosa.

—Bueno. Yo le aprometo que si hace lo que le voi a decir tendrá usted mañana cinco pesos de parte de don Nicanor i un peso que yo le daré luego....

—Vamos al caso, que yo haré cuanto me mande.

—Usted, por lo que he observado, es amigo del sereno que ha hecho ir pa entro a don Nicanor....

—¡Amigazo!

—Pues entonces ruéguele usted que diga al del otro punto i este al del otro i así en adelante, que don Nicanor le ha pagado i que usted pide que lo suelten.

—¡Vean, la pichoncita!

—Hable mas despacio, ¡que no malicie mi mamita!

—Pero no me parece tan llano lo que usted quiere. Los reclamos han de hacerse al otro dia....

—Pero diciendo al oficial de guardia que fué por una equivocacion i que ya nadie ha de reclamar, i como es una persona decente....

—Lo haremos, pues hijita; le daremos los ocho riales al sereno pa que se empeñe i pueden que lo suelten.....

—Mande usted tambien a uno de los muchachos para

que vaya con el sereno que ha de hablar al oficial. Yo le aprometo que le agradeceré en el arma i que los cinco pesos....

—Convenido; ¿usted queda responsable de cumplirme?....

—¡Se lo aprometo!

—Entonces voi corriendito. ¡Perico! gritó ño Pablo llamando a un muchacho que jugaba a pocos pasos de allí con una barilla de los que traen las sartas de pejerreyes.

—¡Aguarde, ño Pablo! dijo Crucita.

—¿Qué hai ademas?

—Que encargue al muchacho que hable con don Nicanor i le diga que no deje dir a la Catedral en cuanto salga, que allí lo aguardaré.

Ño Pablo dió por toda respuesta unos tosiditos maliciosos, que hicieron ruborizar a Crucita.

—I que estaré junto al cuarto pilar de la derecha. ¡No se le olvide, ño Pablo!

—Bueno, prenda. ¡Si las niñas, aunque viejo, no me hacen ir al infierno, no me lleva naidecito! esclamo ño Pablo mirando codiciosamente a Crucita.

Esta dió el peso prometido al fondero i descansó en la dilijencia que le aseguró este iba a poner para que saliera bien el asunto.

Lo primero que ño Pablo hizo fué mandar llamar con el muchacho a su amigazo el sereno, que le había ya prestado tantos buenos servicios con su ausilio.

Lo dejarémos que cumpla con su comision, confiados en que no saldrá mal, pues pasándoles la mano a nuestros policiales con alguna cosilla, no desmiente la esperiencia que jamas deje de obtenerse lo que se desea, con tal que esté en el círculo de sus atribuciones.

Veáse, sinó, un cochero que lleva sus jamelgos como una exhalacion atentando así contra la vida del transeun-

te, si encuentra en su tránsito un ajente de policía que a fuerza de industria consigue hacerlo detenerse.

El cochero dirá a aquel humildemente:

—Pa qué me detiene, eñor ¡si iba al trotecito no mas!

—¡Usté ha de pagar la multa! responderá el paco con el tono de un sultan.

—Pero eñor....

—¡Ya le hei dicho! ¡pa entro!

Ahora el cochero es quien cambia de tono i le dirá:

—Vea, compadre. Aquí tiene cuatro riales pa echar un trago, déjeme marchar no mas....

El paco se los echará al bolsillo tan silencioso como si fuese mudo.

Si esta escena ha tenido algun espectador a poca distancia, el paco entonces, para guardar las apariencias, le dirá:

—Vea, amigo, lo hei detenio pa ver si se acordaba de mí toavía.

O bien:

—Lo hei hecho parar pa que me dé un *cerólico*, amigo, porque no llevo ni unito!

Lo mismo sucede cuando se trata de conducir por ébrio alguno a la policia: viene un amigo del paciente i dá al policial la competente gratificacion i los deja continuar mui en paz su camino.

I lo mismo, en cien casos semejantes.

Se vé, pues, que en nuestra capital no cuesta tan caro el lograr la impunidad.

¡I la policía de todas partes tiene tanta analojía con la nuestra!

¿Deberemos convencernos de que este es un mal incurable?....

Dejaremos al tiempo la solucion de ese problema.

Doña Peta preguntaba a Crucita que, ya mas tranquila por la suerte de don Nicanor, había regresado a su lugar.

—¿Qué mandaste trer, niña?

—¿Porqué, mamita?

—Como le habis dado plata a ño Pablo....

—Fué una peseta no mas la que le he dado...

—¿I porqué, decime?

—Para que nos mande empanadas mañana para el armuerzo, respondió Crucita mintiendo con el mayor aplomo.

—¡Qué platúa debis andar, cuando te metís a garboza!

—Como a usted le gustan tanto, mamita, i mañana es pascua...

—Vaya, será la única vez que agasajais a tu madre.

—¿Que mas hacemos ya, mamita? ¿quiére qué nos vamos? dijo Manuela a doña Peta.

—Vámonos, pues hijita; Ahora ya no corrimos riejo de desmayarnos por ei: habimos comío, bebío ¿que mas haremos ahora?..

—Hemos de ir a misa, mamita, dijo su hija menor. Mañana dondo nos vamos a levantar temprano, llegando ahora tan cansadas de andar.!

—Bueno, pues, iremos a misa.

—Mejor era irse a acostar, repuso Manuela.

—Nó, hija, iremos a misa. Yo no hei perdido nunca en esta noche la misa. Cuando yo era mediana, nunca me faltó mi chicharrita que llevar o mi canarito. Ahora, Manuela, oiremos la misa por que durante la permanencia a la sombra de Don Nicanor, no se altere mucho su importante salú i vaya a salir como fideo....

—¡Si ya parece canuto! mamita ¡cómo se va a adelgazar mas! repuso Manuela.

—De veras, a mí siempre me ha parecido como lombriz de agua puerca! agregó Crucita.

—Confesá no mas ¡bien que te ha gustado! replicó Manuela.

—No seais tonta, hermana¡ Si le he hecho caso, es por lo que me daba!

—Sí, ¡a mí me la querís pasar!

—Ya no hai pa que hablar, dijo Doña Peta interponiendo su autoridad. A lo que está pasao echarle tierra i se acabó.

—¿I a qué misa iremos? preguntó Manuela.

Crucita que la conocía bien, juzgó que si indicaba ella la iglesia a que había dado cita a Nicanor, era seguro que su hermana le llevaría la contra.

En consecuencia contestó.

—Iremos a San Francisco o San Lázaro que está tan cerquita...

—Por lo mismo que está cerca es una tontera ir a él; lo que le gusta a una es andar en esta noche. En San Francisco no han tocado ninguna seña i no ha de haber misa, mamita; nos vamos a petardear de balde...

—Iremos entonces a la Catedral, dijo con un marcado desgano Crucita.

—Pues, señor, allá heimos de ir, dijo Doña Peta. Me acuerdo que cantan a lo divino unos monigotes revestios i el órgano tambien lo tocan i es tan lindísimo...

—Sí, mamita, allá la acompaño yo, respondíó Manuela; la que no quiera ir... que se quede.

—¡Como es eso! saltó Doña Peta. ¡Las dos van conmigo!

—Qué dijo yo, pues mamita, si ya sé que la he de acompañar, añadió en tono hipócrita Crucita.

—¡No faltaba otra cosa! ¡Qué quieran meterse a libertinas! ¡No hai tuta! ¡han de acompañar a su madre hasta que muera!

XXI.

¿Quién no ha asistido a misa en *noche buena*?

Creemos que ninguno de nuestros lectores habrá sido tan poco cristano que haya dejado de solemnizar con su presencia un acto semejante.

I si no ha sido mui cristiano habrá sido, sin duda alguna, mui curioso i se habrá encontrado en las tan atractivas i entretenidas misas.

Lo que para el caso es lo mismo.

Lo esencial es que haya presenciado tales actos.

Nada nuevo, pues, tendremos que decirle.

Sabrá tan bien como nosotros que desde dias antes de la noche del 24, la jente del bajo pueblo i los muchachos mas particularmente, se hacen a todo trance de enormes chicharras de maderas, *canarios* de lata, cachos, flautines, silbatos, pititos de caña, *capagatos* i otra infinidad de instrumentos a propósito para producir el mas diabólico estrépito.

Se arman de tales injeniosos instrumentos con el objeto de dar el debido i necesario esplendor a los *Nacimientos*, a las misas de Aguinaldos i especialmente a la de noche buena.

En los Nacimientos, donde nunca falta al devoto dueño un par de cantoras con sus respectivas arpas i guitarras, tan luego como concluye cada verso de aquellas ridículas i sacrílegas canciones compuestas ad hoc, quién sabe porqué inspirados vates, se suelta toda aquella mul-

titud a producir la mas inaudita i grotesca bullanga que pueda dejarse oir.

Es aquello un ruido estraordinario, ronco, confuso, chirriador, infernal, capaz de dañar el tímpano del oido mas bien organizado i construido a propósito para soportar el estruendo de las mayores tempestades.

El que carece de instrumento no por eso permanece mudo: imita el canto del gallo, rebuzna, ladra, ahulla, dá balidos, silba o produce los mas atronadores i discordantes sonidos a que se presta su garganta.

En las misas citadas sucede otro tanto.

Despues del *gloria in excelsis*, al tiempo de alzar i otras partes principales del santo sacrificio, los entusiastas concurrentes, de que hemos hecho referencia, se apresuran a dejar oir aquel detestable bullicio.

Nos parece que los coribantes de la pagana Cibeles quedarían en poco en la celebracion de las misteriosas i descompuestas fiestas de que hace memoria la fábula, comparada con la que se permite tenga lugar en un templo católico por el nacimiento de nuestro Redentor Divino.

Pero haremos honor a nuestro Diocesano que ha tratado de rejenerar en esta parte la vetusta i, segun nuestro humilde modo de ver, anti-relijiosa costumbre de dar lugar a aquella descompasada algazara en unos sitios destinados especialmente al recojimiento i a la oracion.

Háse desterrado ya de la iglesia matriz i gradualmente de las otras de mas consideracion i ojalá se logre hacerlo del mismo modo de las mas inferiores i tambien de los pobres curatos de nuestro campos.

Pero el año en que acontecen los sucesos que narramos, tenemos la triste evidencia de que San Lázaro, San Diego, San Isidro i algunas capillas fueron teatro de escenas idénticas a las que dejamos espuestas.

Cortaremos esta materia, de la que trataríamos con gusto latamente i hasta el cansancio, si supiéramos que

íbamos a contribuir en algo a la reforma de ciertas prácticas que, sentimos decirlo, abrigamos la idea de que empañan la majestad i dignidad de los ritos con que se tributa el debido culto al Supremo Hacedor.

Mas, lo dudamos muchísimo.

Nuestra opinion individual no merece, en verdad, ninguna especie de acatamiento.

Pero, no por esto nos arredrariamos; siempre la espresariamos con la misma franqueza.

Puede tambien que ella fuese el sentimiento de la jeneralidad, que es el fin de nuestras mas caras tendencias al espresar una opinion.

Lo que nos detiene, pues, es la duda manifestada ya, i el temor de importunar a nuestros lectores con asuntos a que puede tener adversion o, simplemente, que le sean desagradables.

Anudarémos, por lo tanto, el hilo de nuestra narracion.

Colocados en la esquina o ángulo formado por la gradería de la Catedral que da frente a la plaza de Armas, veríamos entrar una que otra familia, devota o beata a la citada iglesia.

Decimos que veriamos una que otra persona que solamente entraba, por cuanto ya la ceremonia iba mui en avance i la mayor parte de la jente llega antes del posterior repique de campana.

I es mui sabido que las que les conviene el último calificativo que hemos dado a esas pocas que llegaban retardadas, permanecen estacionadas en la puerta una o dos horas antes de que sea tiempo de abrirla.

Coloquémonos, pues, allí i tratemos de fijarnos a ver si conocemos a alguno de los que, por accidentes imprevistos o casualidades de cualquier jénero, no han podido llegar a la hora requerida.

Por lo pronto nuestra atencion la llama cierto indivi-

duo que viene, en una noche como aquella, arrebujado en una manta de tela delgada con listas de colores.

Sobre su cabeza lleva un sombrero plomo, de paño, i de copa baja i cortas alas.

Dicho individuo despojóse de su sombrero i penetró por la nave izquierda del estenso templo.

Dejó tambien que su manta formase pliegues cayendo naturalmente sobre su cuerpo.

Observó un momento antes de dar una direccion fija a su marcha i cualquiera que se ocupase con atencion de él, juzgaría que los rutilantes resplandores que arrojaban la infinidad de luces que alumbraban la iglesia, le infundian pavor, pues buscando la sombra producida por las grandes pilastras que forman la nave, avanzó así paso a paso hasta colocarse a un lado de la tercera pilastra.

Solo allí talvez se creyó fuera de peligro, porque comenzó a mirar ávidamente todo lo que le rodeaba.

Esa noche en la Catedral se celebran Maitines solemnes.

El órgano, que es talvez el mas grande que poseen nuestros templos, hacía oír sus roncas i temblorosas voces que se esparcian por todo el ámbito de aquel espacioso local.

Luego la salmodía del coro vino a unirse con las robustas notas del órgano.

El individuo que nos ocupa prestó poca o ninguna importancia a las ceremonias que se hacían antes de la misa del *Gallo*.

Ahincó la atencion hácia un grupo de mujeres que estaban arrodilladas un poco mas acá de la cuarta columna.

Luego dió ciertos tosidos con el objeto de ver si lograba que algunas de ellas lo mirase.

Lo consiguió.

Una de aquellas que, si hubiésemos estado allí en observacion algun tiempo antes, la habríamos visto volver con inquietud varias veces la cabeza, lo hizo ahora lo mismo i al punto que sintió los tosidos dados por el de la manta.

Llevaba el manton un poco echado atras.

Esto, que deberíamos llamar descuido, si no supiesemos que ella lo había hecho intencionalmente, nos ha permitido reconocerla.

Era Crucita.

Seguro tenemos que el lector habrá tambien reconocido al que con sus toses llamó la atencion de la niña.

No era otro, pues, que don Nicanor el que había entrado a la Iglesia, puntual al aviso que le envió la hija de doña Peta.

Crucita, tan luego como se convenció de que el que veía en ese traje era el que esperaba, cuando le hizo ciertas señas que indudablemente fueron comprendidas.

Nicanor respondióle con otras i luego abandonó su sitio.

Describió un movimiento retrógado i salió de la Iglesia.

Crucita quedo un momento en sosiego. Delante de ella estaba arrellanada en una alfombra Manuela.

Cerca de esta se hallaba doña Peta.

Manuela, recien entró a la Iglesia, se había entretenido en observar el magnífico arreglo que allí dominaba.

Abría i cerraba los ojos para notar mejor el efecto que de repente produce un sinnúmero de velas encendidas.

Despues, percibiendo las voces nasales de los que cantaban los maitines i los fuertes sonidos del órgano, fué entregándose a pensamientos bien ajenos del lugar en que se hallaba.

La mucha bebida que había consumido principiaba su evaporacion i subian a su cabeza ciertos gases i emanaciones que, cuando menos pensó, la hicieron sentir

una suma pesantez en sus párpados. Adormecióse bajo las mas gratas i dulces ilusiones.

Lo que menos se habría imajinado, al despertarla de improviso, hubiera sido que aquel bienestar que hallara en la dormitacion, habíalo encontrado en un templo.

¿Pero no vemos todos los dias multitud de *devotas* que jamas pierden funcion nocturna, siempre que les hayan asegurado que habrá una magnífica orquesta i unos exelentes cantantes?....

¿I acaso juzgan estas que, asistiendo, cometen una irreverencia?....

¿I qué otra cosa van a buscar, preguntamos, que la distraccion que les proporciona una melodiosa música?....

Doña Peta dormía como un liron o como un gato regalon que se halla a las mil maravillas sobre las faldas de su ama.

Hacíase el paso *de las tres vueltas*, simulando la busca del divino niño Jesus, cuando la buena señora no fué dueña de ver ni oir lo que pasaba a su alrrededor.

Había llegado cansadísima a ese lugar i teniendo su estómago en ebullicion con todo lo que le había echado en la fonda de ño Pablo, se entregó gustosísima en brazos del aletargador Morfeo, como dirían algunos hijos espurios de las Musas.

Crucita, que tenía motivos especiales para temer le sucediese lo que a su madre i hermana, habíase mantenido con los ojos bien abiertos i lista como una avispa.

Poco despues de la salida de Nicanor, levántose con gran tiento i viendo que sus acompañantes no daban señal alguna de vida, se decidió a abandonar a su turno la Iglesia.

Hízolo así.

Su paso era leve, lento, incierto vacilante.

Llegó por fin a la puerta.

Salvóla apresuradamente.

No hubo nadie, por cierto, que fijase su atencion en ella.

Una mujer que deja la Iglesia no tiene nada de particular.

El apresuramiento con que Crucita traspuso la puerta era, pues, infundado,

Bien pudo hacerlo en diez, veinte o treinta minutos i le habría dado el mismo resultado.

Del lado afuera encontró a Nicanor.

Este exhaló una esclamacion de alegría al ver que tan pronto se le reunía su amiga.

Decimos ahora nosotros ¿cuántos chascos, cuántas ocasiones, cuántas oportunidades, no se presentan a las niñas, hablamos de todas las clases, para abusar de algun modo de la vijilancia de sus madres en las funciones nocturnas de las Iglesias?....

¿No les será mui fácil cambiar un papel, una seña, un jesto cualquiera con personas a quienes en otro lugar les está vedado saludarles siquiera?

Esto lo comprende todo el mundo.

Lo que mal podrían efectuar de dia, pueden perfectamente realizarlo de noche.

¿Convendrá, entonces, la apertura de los templos en la noche?.....

I esto, que señalamos tatvez el menor de los inconvenientes!....

XXII.

—¡Querida Crucita!

—¡Nicanor!

Estas fueron las primeras palabras que cambiaron ámbos jóvenes parados aun en las gradas de la Catedral.

—¡Me temí que no pudiera salir! agregó el futre.

—¡I yo que usted no pudiese venir!

—¡Ya me vé usted!

—¡I usted a mí!

—¡Cuanto le agradezco!

—¡Todo lo que yo haga lo tiene usted bien merecido!

—Entre tanto ¿vamos andando? dijo Nicanor a la niña ofreciéndole su brazo para que se apoyase.

Crucita con el manto traido a la cabeza dejando así visible apenas la nariz i parte de los ojos, se aprovechó de la oferta que se le hacía i ambos echaron a andar.

Tomaron la vereda de los edificios del correo.

Siguieron andando en direccion a la calle de las Monjitas.

—Por Dios, Nicanor, le decía Crucita ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Si me pillara mi mamita?....

—No tenga usted cuidado, respondió cariñosamente Nicanor; nos vamos desde luego donde las Membrillares....

—¡Oh! ¡nó, por Dios! ¡Serían capaces de decírselo mañana a mi mamita!

—No lo crea. Son mui buenas jentes. A mí me estiman muchísimo; aparte de que saben lo que yo la distingo a usted.... como que en casa de ellas la conocí....

i desde esa noche les dije que me había templao al tiro.... tambien comprenden bien que yo soi mui agradecido i que no me he de quedar con el favor....

—Entónces iremos.

—Por supuesto. De usted siempre hablan allá mui bien. Estará como en su casa. Talvez tengan ellas ahora su remoliendita i nos divertiremos que es un contento....

—¿I a mi mamita? ¿qué le diré, por Dios? ¡Me está pesando mucho lo que he hecho!

—¿De juro que ella no habrá maliciado nada de lo que usted pensaba hacer? dijo Nicanor reflexionando.

—¡Nada!

—¿Ni despues tampoco?

—Tampoco.

—¿Ni ménos le habrán sentído pararse?

—¡Si estaban durmiendo a pierna suelta!

—¡I entonces!

—Vea, pues: cuando llegué a la iglesia tuve cuidado de hincarme detrasito para salirme cuando quisiera. Yo me había figurado que miéntras ellas estuvieran mas distraidas me podría retirar sin que me sintiesen i como la misa es tan larga....

—¡Ah! querida Crucita, ¡cuanto le estimo!

—Pero Dios quiso que se quedasen dormidas i por eso me ha sido mucho mas fácil....

—¡Bebieron tanto! esclamó Nicanor acordándose que había sido a su costa.

—I ademas, mi mamita estaba tan cansada....

—No vé, pues hijita, como todo ha salido bien!

—Sí ¿pero despues? ¿Qué haré si me pilla mi mamita?

—Eso es mui sencillo.

—Si, a usted le parece....

—Supóngase, le dijo Nicanor, que usted tambien se hubiese quedado dormida i que al concluirse la misa....

se para tanta jente a un tiempo.... usted, creyendo que era doña Peta una de tantas que iban saliendo,.... la sigue hasta que llegan a la calle; allí no mas nota que se ha equivocado; entonces cree que son las que van mas adelante, tambien las sigue, otra equivocacion.... vuelve atras i cuando llega a la Iglesia ya no halla a su mamita ni a su hermana, porque la han echado de menos i ellas la buscan a usted....

—¿I despues?.... dijo Crncita sumamente interesada en la relacion de Nicanor.

—Despues, usted no hallando que hacerse se vá a su casa i encontrándola cerrada, no se había de llevar en la calle.... se acuerda de sus amigas las Membrillares....

—¡Ah!....

—I se vá donde ellas i allí pasa la noche....

—¡Aí, por Dios!

—En todo esto no hai nada para que usted se alarme. Luego, mañana Mariquita la va acompañar i le cuenta la misma historia a doña Peta i todo sale perfectamete! añadió restregándose las manos el futre don Nicanor, satisfecho de su inventiva.

—Pero mi mamita es tan ladina ¿I si no cree?....

—¡Qué le hemos de hacer! pero tendrá que tragarse por fnerza todo lo que usted le quiera decir; pa que se botó a dormir; ella tiene la culpa de salir chasqueada....

—¡Cierto, pues!

—I tambien ¡cómo diablos se vá a pensar que usted ha andado conmigo!

—Ya se vé·

—¡Cuando me ha de crer en la Policía! dijo riéndose el futre al pensar en la revancha que la suerte le proporcionaba, para vengarse de la maldita vieja que lo qniso petardear con tan buena intencion.

—I ahora que ya tengo una disculpa pa mi mamita,

dijo Cruz ¿refiérame como es que salió tan luego del cuartel?

—Mui sencillamente,

—¿Cómo? ¡yo que temía tanto que no saliera!

—La pura verdad que pasé un rato amargo como hiel mientras me conducían por la calle! añadió Nicanor.

—¡Naturalmente!

—Aunque pobre, jamas me había visto conducido como ladron; porqué usted vería luego que lo que hice donde ño Pablo no era sino una pura broma.... por ver lo que pensaban de mi....

—Bien me lo figuraba yo.... una broma.... a ver lo que decía mi mamita....

—¡Pero el caso es que me costó caro! interrumpió Nicanor. Llegué al cualtel.... figurese..., ¿a quién encontraría?....

—¿Al Comandante? dijo Crucita.

A este tiempo llevaban ya andadas tres cuadras de la calle de las Monjitas.

Dobló Nicanor la esquina, siguiendo hácia la Alameda.

—¡Qué Comandante! Me hallé de manos a boca con Cordoncillo, que era el oficial que estaba de guardia!

—¡Qué suerte!

—Por supuesto. He estado en mas de veinte jaranas con él.... nos tuteamos.... usted lo ha visto en la remoliendita que la conocí.... donde las Membrillares....

—¡Como nó!

—¡Figurese, pues! Me dió la mano delante de los que estaban allí i ni quiso imponerse porqué me llevaban. Yo se lo referí. Dijo que eran unos brutos los subalternos que no sabian conocer la calidad de las personas. No me dió suelta en el acto porque quiso que lo acompañase a jugar una *brisquita*. Se impuso luego de que yo era el que debía reclamar por mi reló i que los mui bribones

se habían valido de la ocasion para humillarme.... i nada mas. Estabamos jugando i bebiendo una botellita, cuando lo mandaron llamar. Salió i me dijo luego que aquellos pillos pedían ahora que me dieran suelta.

—¡Los mandaba yo!

—Así lo supuse, mi vida, porqué recibí el recaito....

—¡Ah!

—Entonces dejé el juego i la bebida i le confesé al compañero el compromiso en que estaba.

—¿I lo dejó salir?

—Al momento. Me dió memorias para las niñas Membrillares i me prestó plata que me faltaba.... me conoce bien i sabe que clase de paga soi.... Entonces de la calle de San Pablo me fuí a mi casa, i me puse esta mantita i cambié el sombrero....

—¡Qué de trajines!

—Pa que vea, hijita, repuso Nicanor apretando suavente el brazo de su compañera, he hecho cuanto he podido por usted. Luego me fuí como un viento para la Catedral i lo demas.... usted lo sebe como yo.

—¡Nicanor! dijo con ternura Crucita,

—¿Que desea, mi vida? dijo el futre.

—¿No me engaña, cuando me ha dicho que me quiere?

Ahora Nicanor volvió a doblar la esquina, en direccion a la calle del Cerro.

—Usted puede ponerme a prueba, dijo contestando a la pregunta de la niña; me tiene usted tan enamorado que no hallo comparacion... sería capaz de darme contra una piedra, de pararme de cabeza, si me lo mandara!

Crucita debió encontrar de una fuerza suma esta argumentacion de Nicanor porque asi se lo dió a significar.

Luego agregó:

—¿Llegará usted a cumplirme i casarse conmigo?

—¿No se lo tengo prometido? I ya sabe que yo no aflojo; soi como un peral; cuando se me pone algo en el majin, lo he de hacer ¡no hai remedio!

—Ojalá, pues;... ya vé como me trata mi mamita... la predilecta es la Manuela...

—Deje no mas, hijita, que pa el *Dieziocho* próximo hemos de ser mario i mujer i con las bendiciones del cura. ¡No han de tener nada que sacarnos!

La calle porque marchaban ahora estaba solitaria.

Pocas veces dejan, las apartadas del centro, de verse solas.

Principalmente de noche.

Mientras mas jente atraen las fiestas, mas tristes vénse estas.

Dejaremos que Nicanor i Crucita continúen su marcha por esas calles desiertas, sin abrigar el menor temor de que les acontezca alguna aventura desgraciada.

Los enamorados dicen que tienen mui buena estrella.

I que lo peor que les puede acontecer es el tropezar con importunos.

Llegaremos a casa de las niñas Membrillares, que ambos tanto las han mentado, i entraremos al mismo tiempo que ellos.

Es una casita de puerta baja i angosta, con una ventanita a poca distancia de esta.

Estaba situada en la calle del Cerro, ya nombrada.

XXIII.

Los pálidos reflejos de un farol del alumbrado público daban en aquella casita, cuya pared blanqueada los repercutía débilmente.

Llegamos a ella, como lo dijimos, al mismo tiempo que Crucita i Nicanor.

Dió este un golpe seco con las coyunturas de su mano sobre esa pequeña puerta.

Nadie respondió.

—¿Que no estarán? observó Crucita temerosa de que se realizase su sospecha.

—Talvez estarán en alguna ocupacion, respondió Nicanor, latiéndole con alguna violencia el corazon, porque había contado con las tales niñas para pasar el resto de la noche i para que disculpasen a Crucita.

Volvió a llamar con mas fuerza.

Ahora sintióse en el interior el ruido de algunas voces.

Luego la puerta se abrió.

Penetraron apresuradamente en la casa nuestros acongojados visitantes.

—¡Ola! ¡Tadeo! ¿Eres tú? esclamó Nicanor al reconocer al que había abierto la puerta.

—¿No es Nicanor el que veo? dijo este a su vez.

—Yo mismo, hombre.

—Pues, yo tanbien.

A todo esto Crucita se había deslizado como un pájaro hácia el interior de la habitacion.

—¿En que traje te hallais, hombre?

—¡I tú con esa manta! ¡casi no te conozco!

—Ya te lo contaré, hombre.

—Pasemos, entonces, para la cuadra, dijo el llamado Tadeo, si no se me apaga esta maldita vela.... corre un airecito....

I poniendo su mano a guisa de pantalla, trató de cubrir la luz de una velilla de sebo con que alumbraba el estrecho pasadizo en que aun permanecian.

—Vamos, pues.

Atravesaron un pequeño patio i entraron en una piecesita, la misma que Tadeo había baustizado con el nombre de *cuadra*.

Esta pieza tenía sus paredes cubiertas únicamente con blanquízca cal.

La adornaban unas sillas de junco de espaldar ancho i en cuyo tablero superior quedaban ciertos rastros como si en algun tiempo hubiera tenido sus honrosos dibujos dorados.

Había en un lado una mesa de arrimo de patas enroscadas en forma de S, figurando la parte inferior una cabeza de animal, cuya especie se tendría que descifrar, pues por su configuracion no aparecía mui claro cual ella fuese.

Sobre esta mesa había un crucifijo cubierto con un velillo de punto que parecía haber sido rosado; una negra con los brazos en la cadera, de loza de Talagante, veíase tambien allí simplemente como de adorno; así mismo desempeñaban este papel un par de *figuras finas* con sus trajes pintados de colores; un florero de loza que representaba a Atala, bajo el ramaje de un arbol, aparecía con ciertas trizaduras, i subsistiendo mediante una composicion, secreto de la propietaria, que había conseguido adherir así sus pedazos; veíase tambien locitas de las monjas Claras, pastillas compuestas, dátantes desde el óleo de Tadeo, primojénito de la familia, etc., etc.

En el centro de la pieza había una mesita redonda barnizada de muñequilla i *fabricada* en el país.

Sobre ella estaban colocados dos candeleros de bronce, oscilantes sobre su pié al menor movimiento, i los cuales sostenían dos largas velas de sebo.

De estas, cuando entramos, solo una había encendida.

En un rincon del aposento vemos una guitarra, objeto indispensable i necesario a los moradores de aquella vivienda.

Todo el mueblaje que dejamos descrito está cubierto de una gruesa capa de polvo.

Olvídasenosfijar nuestra atencionen cierto sofá de tela de crin i de brazos cilíndricos, aunque aquí debiéramos hablar en singular, pues solo ya le quedaba uno, habiendo el otro sufrido un grave accidente en cierta *pacífica* remolienda.

Esta pieza, complemento de las otras que amenajaban la habitacion, había sido herencia de una tía abuela de las niñas Membrillares, señora mui *decente* i que había dado lustre a la familia.

Por este motivo se la respetaba mucho en la casa i se la usaba lo ménos posible.

Pero, sin embargo, no faltó quien, atropellando esas consideraciones, la dejase en el lamentable estado en que ahora la vemos.

—Toma asiento, chico, dijo Tadeo a Nicanor tan luego como entraron allí.

—Muchas gracias, ¿i las niñas?...

Están en el dormitorio...pero no te sientes ei, hombre, pasa al *sófa*,.. estarás mas cómodo....

—En cualquier parte estoi bien, dijo Nicanor ocupando, sin embargo el asiento que le designaba su amigo.

Con qué ¿por qué causa te hallo en ese traje? continuó Nicanor, mirando a Tadeo que encendía la otra vela.

—Se le ha puesto en la cabeza a mi hermana Mari-

quita que la lleve al baile de máscaras que en el teatro se *representa* ahora, i me he difrazado.....

—Pero, hombre ¡qué ocurrencia!

—Hei has de ver tu lo que son las mujeres....pero te diré que yo no ando tan desganado i por eso es que voi...

—Pero ya es un poco tarde....

—¡Puf! ¡Queda tanta noche! Me faltaba el sombrero para este maldito vestío i hasta hace poquito rato he estado haciendo que me lo arreglen las niñas.

—¿I los dos no mas van?

—No mas... la Sótera no ha querido hacernos compaña....

—¿I ese vestio tuyo cómo se llama?

—Se llama de marinero, pues hombre!

—Cierto que es de marinero....; pero como te falta el sombrero i la chaqueta....no conocía bien....

— Si no me falta! me le están pegando una anclita al cuello i una cinta larga al sombrero. ¡Ya verás como queda! Mira, hombre,dijo de repente Tadeo! ¿Querís que vamos?

—No seais disparatero, respondió Nicanor, no vengo solo, ni tengo vestío....

—Ya se vé, hombre. Ahora recuerdo que me habis dicho que venis con la Crucita ¡ah, que bribon!..¿Sentis como se rien allá? ¿Queris que vamos a ver vestir a la Mariquita?

—Vamos, hombre, dijo Nicanor que estaba deseoso de ver que había sido de Crucita.

—Marcha pues, mientras yo apago esta vela. Por aquella puerta se pasa pa el dormitorio.

Nicanor siguió la direccion indicada por su amigo.

Este había llamado la atencion de Nicanor a causa de su vestido, por que andaba únicamente con unos anchos pantalones de paño azul con una franja de huincha blanca i en mangas de camisa.

Era Tadeo un mozo como de veinte i seis años, de buen humor i siempre dispuesto a condescender con sus amigos.

Esta condescendencia hacíase tambien estensiva a sus hermanas, las que le debían grandes favores, por cuanto jamas se negaba a traerles a la casa a los individuos por quienes ellas demostraban algun interes.

Era grande amigo de Nicanor con quien había pasado buenos ratos de diversion en distintas ocasiones.

Apagó una de las luces antes de abandonar la pieza i salió por la misma puerta que había dado paso a Nicanor.

Atravesó otra pequeña habitacion, que era la alcoba de la madre de las niñas Membrillares, i luego se encontró en la que servía a estas de dormitorio.

Reinaba allí una grande algazara.

Mariquita, la hermana mayor de Tadeo, estaba concluyendo de arreglarse un traje de *pastora* consistente en una pollerita de gaza blanca con viso rosado, un sombrerito con una asombrosa profusion de flores de manos, zapatos escotados, lazos de cinta i varias otras menudencias.

Embromaban a Crucita i a Nicanor.

Reíanse a toda voz mientras este les relataba la manera como se había separado Crucita del lado de doña Peta.

Celebraban de todas veras la *humorada* que esta había tenido de querer pasar en completa libertad la noche buena.

Buen cuidado tuvo, empero, el futre, de silenciar el chasco que a él le había acontecido a causa de la buena señora i que por nada no le hace pasar la noche en completa quietud i en un lugar bien poco confortable.

XXIV.

Impuestas, pues, de lo ocurrido las niñas Membrillares i luego que celebraron con grandes carcajadas el suceso que tan inesperadamente había hecho que Crucita i Nicanor llegasen a su casa, este se dirijió a la cabeza principal de la familia, señora ya mas de cincuentona, pero en cuya cara, tan redonda como un pastel i tan rubicunda como la de un consuetudinario bebedor, no aparecía ni la mas lijera arruga.

—Vaya, dijo, *Misia* Pascualita, no puedo dejar de confesarle que veníamos nosotros aprontándonos para pasar un ratito divertío. ¡Cómo nos habíamos de figurar que iban a estar tan solas, siendo noche buena!

—Que querís, hijito, contestó la interpelada, a mi *comaire* Josefita no le hei visto el polvo desde ante anteayer; ha agarrao un pelao caballuno i ha estado bien enfiestá. Yo sin ella soi lo mesmo que burro que no tiene quien le menee por los costillares, no doi un paso sin que ella me lo haga dar. Contimas que a estos muchachos les ha puesto el diablo en la cabeza que han dir a los más caras i naide es capaz de oponerse a sus antojos....

—Pero, mamita, pa que dice eso, replicó Tadeo, cuando usted misma nos ha dicho que podimos ir....

—Calláte, ladronazo, ¿querís creer, Nicanor, que este desvergonzao me ha pedio hasta pa pagar la *eida*?

—¡Mamita! esclamó la que se disfrazaba de pastora ¡que no ha de callar nada usted!

—¡Vean que remilgá! ¡Como si los que están aquí no fueran de confianza!

Era doña Pascuala mujer, como tantas otras de su clase, que tenía el prurito de hablar aun cuando lo que dijese fuera impropio e innecesario o redundase en detrimento de ella misma o de los suyos.

Era una manía como cualquiera otra, pero de la que no podía prescindir.

Es mui cierto, mamita. ¡Pa qué salir con eso! agregó Tadeo.

—¡Calláte vos tambien! Como si yo no dijera esto por que sale a la conversacion!

Doña Pasuala encontraba toda materia digna de sacarla a la conversacion.

I tacharle algo, era dar mas pábulo a su locuacidad. Calláronse, por lo tanto, sus hijos.

—¿En qué nos entretendremos los pobres que quedamos aquí? dijo Nicanor.

—No te apurís por eso, hijito, saltó la gordiflona señora, la Sótera echará sus punteitos en la vihüela, yo le acompañaré alguna toná como aquella que hace alegrarse sin querer a una.... I doña Pascuala entonó haciendo gorgoritos la siguiente estrofa:

Cinco sentíos tenimos
Los cinco necesitamos,
Los mesmos cinco perdimos
Cuando *los* enamoramos.

—Entonces veo que no pasaremos penas, dijo Nicanor no pudiendo dejar de reirse.

—Conmigo no las pasa naide, hijito ¡Si estuviera mi comaire! qué *chincolito* nos haría beber! Pero pa que veaís que te estimo, prenda, dijo golpeándole el hombro cariñosamente a Nicanor, lo voi hacer yo mesma ¡I lo

que vuelvan sus *Sacarreales Majestades* de los máscaras nos han de hallar como piojos de rascaos! agregó celebrando su chiste con una estupenda carcajada.

Doña Pascuala, riéndose aun, salió del dormitorio en direccion al patio.

—Te pensais quedar aquí aguantando sus leseras a mi madre? dijo Tadeo acercándose a Nicanor.

—¿I qué diantres queris que haga, pues hombre?

—¡Andá con nosotros, hombre!

—Pero ¿cómo voi?

—Hacé eso ¡vamos juntas, Cruz! dijo Mariquita en tono rogativo a su amiga.

Los ojos de esta brillaron de deseo.

Miró a Nicanor como aguardando que este le dijese algo.

—No tenimos ni traje.... observó este.

—Por eso no ha de quedar! dijo radiante de alegría Mariquita.

—¿Cómo hacimos, pues?

—¡Yo le busco a Nicanor! esclamó Tadeo.

—Si yo pudiera hallar pa Crucita.... murmuró su amiga ¡pero es tan demoroso arreglar un vestío!....

—Demoroso es.... dijo Nicanor asintiendo.

—Déjenmelo a mí, repuso contentísimo Tadeo. Voi a mi cuarto i vuelvo lueguito. ¡Todo lo voi a arreglar!

—¿Pero vestío pa la Cruz?,

—¡Esperénse no mas! Pa toditos va a haber!

I de dos saltos dejó la pieza.

—¿Qué pensará hacer este malvado? dijo su hermana.

—Vean lo que son los cosas, añadió Nicanor ¿Dónde pensaría yo que había dir al baile?

—I yo ? dijo Crucita.

—¡Cómo nos vamos a divertir! esclamó la hermana menor de Tadeo.

—Pa eso que yo dormiré como un padre! dijo la llamada Sótera.

Poco rato despues entró Tadeo.

Venía transformado.

Aparecía en su rostro la alegría del triunfo.

En vez de los anchos pantalones de paño azul que antes llevaba, tenía ahora unos no menos anchos de lienzo blanco.

Eran quizá unos cazoncillos.

Cubría su cabeza un sombrero de *mote de maiz*.

Dejó algunas piezas de ropa que traía, sobre una de las camas del dormitorio.

En seguida tomando la manta que trajo puesta Nicanor, dióle una vuelta para enrollarla i la amarró a su cintura.

—Este es mi traje, ¿Qué tal? preguntó orgulloso, mirando a los circunstantes que le observaban con curiosidad.

—Pero, hombre ¿qué traje es ese? le dijo Nicanor.

—¡De *roto*, pues chicho! Me tiño con un corchito la cara i quedo de lo lindo!

—No es tan maleja la idea....

—Pero ¿qué hai del traje pa los otros? interrumpió Mariquita.

—Aguarda no mas, ya voi a esplicarte lo que he discurrío, hermana. Crucita se pondrá mi traje que está bien trabajaito, le quedará al molde.... es bien desahogado...; por los pantalones no hai cuidado que le marquen mucho.... son anchoncitos. Se chanta mi máscara i queda *parfete muá*, como dice el *musiú* de la esquina!

—Guá, já, já, dijo soltando a reirse Mariquita. Esta *currencia* está divina ¡Vos vestía de futre! puede que la peguís, hijita! ¡Cómo nos vamos a divertir!

— Ya está, pues, respondió riéndose tambien Cruci-

ta, ¡pa las pocas veces que me he vestío yo de hombre! Pa el día de mi mamita me acuerdo que me difracé i si no hubiese sido tan tonta no me conoce nadie. Bailé con ese vestío unas cinco cuecas.... fué capote que me quisieron dar!

—Apresurarse ahora, mi arma, dijo haciendo cabriolas Tadeo, ¡A vestirse, niños!

—Pero yo.... articuló con timidez Don Nicanor.

—¡Ciertito, hombre! ¡vos te vestís de mujer! ¿No les parece?....

—Eso es, yo le presto vestido! dijo Sótera.

—I yo! esclamó su hermana.

—No seais lesa, dijo Tadeo a esta última, vos sois mui robusta...¿ o querís que le fueramos rellenando los huches que le habían de quedar? ¡no veis que es tan delgaito Nicanor!

—Cierto que es mui delgado, añadió Crucita, mejor le estará el vestido de la Sótera.

—¡Por supuesto!

—¿Yo me visto aqui? preguntó el futre.

—Nó, aquí nó, respondió Mariquita. Pase mejor pa la pieza de mi mamita, ya le lleva la Sótera crinolina i vestío.... Aquí se va arreglar por los aires la Cruz, es preciso darse priesa pa que no se nos haga tarde.

—Por supuesto, es preciso darse priesa, agregó Tadeo. Vení conmigo Nicanor, yo te encenderé vela i te ayudaré. Dejemos que aquí las niñas se arreglen a su gusto. ¡Cuidado con la demora, pues hijitas!

Nicanor, dócil al dicho de su amigo, le siguió hasta la pieza contigua, que era el dormitorio de Doña Pascuala. Cerraron la puerta tan luego como entraron i principió a alijerar el futre sus preparitivos para calarse el traje femenino.

Sótera i Mariquita. por su parte, comenzaron con la

misma presteza a despojar a Crucita de las prendas de su traje para ponerle el masculino de marinero.

Las risotadas de las niñas Membrillares durante aquella operacion podían percibirse a las mil maravillas desde la pieza mas apartada de la casa.

Doña Pascuala atraida por aquellas carcajadas llegó inmediatamente a ver lo que pasaba.

Era mujer.

No hai mujer que no sea curiosa.

I Doña Pascuala lo era en el grado mas culminante.

Por eso es que venía siguiendo la corriente de actraccion que ejercía sobre su ser el deseo de imponerse de lo que causaba aquella entretencion en el dormitorio, que ella no há mucho había abandonado.

Dejó con el tal objeto los ingredientes con que preparaba un ponchecito.

No hacía en ello mas que pagar el correspondiente tributo a la herencia que legó al sexo débil nuestra madre primitiva.

Juzgamos que si la mujer delinque en esto, no debe imputarse a ella su falta.

Es a la manera del pecado orijinal.

Pagarían entónces una falta con que nacen i a que se sienten inclinadas por naturaleza.

Pecaron nuestros primeros padres, accediendo a lo que les ordenaba la serpiente, i todos cargamos con el tal pecado.

Fué Eva curiosa, justo es que sus hijas lo sean.

Pero advertimos una diferencia.

Conocemos los medios por los que nos libramos de los malos efectos del pecado orijinal i hasta por los que se logra se nos remita la pena.

Pero no conocemos el medio por el que la mujer pueda verse libre de la curiosidad.

¿No es esto una atroz desgracia?

Que la mujer cargue con dos herencias miéntras que el hombre con una!

¿Por qué Adan no tomaría la iniciativa i nos haría cargar a nosotros, los varones, con el mayor peso?

¿Por qué la serpiente no se dirijió primero al hombre, para ver si resistía a la tentacion?

¡Dicen que es tan astuta!!

I, si esto hubiera hecho, ¿no habría quizá sido peor? Pues si Adan hubiese resistido, como no lo dudamos, ¿no es verdad que no habría quedado entonces ni visos de defensa a la mujer?

Pero consuélense las descendientes de Eva.

Ellas nos llevan grandes ventajas en otras cosas.

Por ejemplo aquello de llamarlas *sexo bello*.

¡I hai tantas mas feas que un cabro!

I a nosotros *sexo feo*.

¡I hai tantos que son mas pulidos i hermosos que el mismo Adonis!

I no es broma, que algunos de estos creemos que de mil amores protestarían del calificativo!

I si se abstienen, es indudable que es por deferencia a la honrosa mayoría, a la cual tenemos el insigne honor de pertenecer, a la que sentaría tanto el calificativo de *bello* como a un asno una magnífica i bordada albarda.

Al tiempo que la abultada persona de doña Pascuala asomaba por la puerta del dormitorio, que daba al patio, la escuálida de Nicanor aparecía tambien por una rendija de la pieza contigua.

—¡Crucita! murmuró el futre, conservando tomado con una mano el marco de la puerta.

Estaba todavía *en paños menores* el pobre, i por eso es que no se atrevía a abrir del todo la puerta.

—¿Qué hai? dijo la interpelada cubriéndose, con un

movimiento rápido, con la pollera que acaba de quitarse, pues Nicanor la interrumpía cuando forcejaba por introducirse la segunda pierna del pantalon.

—Dígame, hijita.... no entiendo pito de esto.... ¿me pongo a reiz la *crinola* o me dan alguna enagüita pa debajo?

—¡Buen dar! esclamó doña Pascuala asombrada de lo que veía ¡Qué hacen estos endinos! ¡Con qué por esto se reyan como unos descosidos! ¿Qué se han vuelto locos, muchachos?....

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XXV.

Tenemos necesidad de abreviar.

Dejaremos, por lo tanto, pasar algun rato i no referiremos detalladamente lo que costó concluir de disfrazarse a nuestros célebres personajes.

Silenciaremos, en honor de la brevedad, los aspavientos de la buena doña Pascuala.

Sus preguntas, sus disparates

Sus risas i carcajadas descomunales.

El sentimiento que le daban por tener que beberse sola el *ponche-chibato* que había estado preparando para consumirlo en compañía de Nicanor i Crucita.

Los trajines de las niñas para dejar debidamente arreglada a esta.

La celebracion inaudita que formaron al ver lo bien que le quedaba el *traje-macho*.

La satisfaccion de la que lo cargaba al verse en esa facha i al pensar lo bien que pasaría el resto de la noche.

Porque la ida al baile de máscaras de una manera tan impensada, la tenía medio loca de contento.

Los apuros i afanes del futre don Nicanor.

Porque el desgraciado futre, despues de trabajar su paciencia calándose los ropas mujeriles, vió que había dado un paso en falso.

No podía ni andar con el traje de mujer.

Se enredaba al menor movimiento de sus pies.

¡I luego era una mujer tan ridícula!

I esto, si podía tomarse por mujer la que llevaba el traje de tal.

Porque, bien podía llamarse aquello un ser neutro.

Era un palo ataviado.

Mejor dicho, una varilla delgada i perpendicular de la que hubieren tratado de hacer, envolviéndola con aquellas ropas, una muñeca asusta-niños.

Tan mal le venía el corpiño i pollera del vestido que le había franqueado Sótera.

I esto que Sótera no era mui gruesa.

¡Si al menos hubiera tenido buenos postizos o suples!

Pero en la esfera a que pertenecían las niñas Membrillares se desconoce el uso de tales objetos *de arte*.

Esto se reserva para nuestras elegantes.

Para alguna escuálida i ricachona señorita que tuvo la naturaleza el antojo de dar a la parte superior de su cuerpo la forma de dos espaldas.

Pero que, mediante esos apreciados objetos de arte, presenta su parte delantera la curva mas perfecta i encantadora.

El desdichado don Nicanor temió que le dieran algun cuadrillazo en el baile por querer usurpar un carácter para el que Dios no le había dada la menor aptitud.

Hombres hai que en semejantes casos se han hecho tomar por individuos del sexo contrario, sin que ni el mismo diantre hubiera sido capaz de descubrirlos.

Pero don Nicanor reconoció, en justicia, que no había nacido con dotes para ello.

Tadeo tambien convino.

Fluctuaron en la indecision mas grande a cerca de que recurso echarian mano.

A Tadeo, mozo de viva imajinacion, se le ocurrió que haría su amigo una rara i risible figura colocándose únicamente sobre los calzoncillos de punto (don Nica-

nor usaba solo de estos, porque tenía un buen surtido en su baratillo) la crinolina de su hermana que era de ancha pretina.

I divertiría a los mirones con la estrañeza del tal traje, ya que le espresaba su amigo que él no bailaba *bailes serios* sino la danza popular.

Pusieron inmediatamente en obra esta idea.

La chaquetilla de merino negro que había traido Crucita, sirvió a don Nicanor para colocarse en su parte superior.

Pero no estaba todo concluido.

Le faltaba tambien máscara.

Entonces Tadeo recortó unos grandes anteojos de carton i una triangular nariz de papel i todo lo pegó en su competente lugar sobre la cara del paciente Nicanor.

Luego la parte que le quedó visible se la lunareó con corcho quemado.

Faltóle todavía otra prenda esencial.

No tenía con que cubrirse la cabeza.

Hubo mil opiniones entre los circunstantes para ver si llevaría gorra, sombrero alto, bajo, de paja o de paño....

Doña Pascuala tomó del pilar de un catre una bolsa de jénero a cuadros, que colgaba de él.

Esa bolsa servía de guadadero de rosarios, escapularios, tirillas de jénero i otros mil cachibaches.

Hízole un grande nudo en un estremo i abriendo la parte que servia de boca, la chantó sobre la cabeza del futre.

El nudo cayó sobre su espalda a manera de borla,

Esta ocurrencia obtuvo los honores de un triunfo.

Doña Pascuala rióse tanto que, en medio de cincuenta estornudos, llegó a llorar.

Tal fué el disfraz definitivo que adoptó don Nicanor

i con el que se preparaba a dirijirse al baile cuando de nuevo nos presentamos en la pieza.

El de Tadeo ya lo sabe el lector: iba de *roto*.

A Crucita era efectivo que le quedaba mui bien el de marinero, pues siendo un traje suelto, dibujaba sus robustas i torneadas formas de una manera no mui pronunciada. Pero esto no quitaba que cualquiera que le prestase mediana atencion dejase de sospechar que bajo aquel vestido se ocultaba una mujer.

Mariquita, que habia salido a su madre en lo rechoncha i cabezona, estaba ya tambien disfrazada.

No podía uno prescindir de sonreirse al divisar aquel voluminoso cuerpo cubierto con el poético traje de pastora.

El sombrerillo i las flores de mano le pegaban tanto como, si en carne i hueso, se hubiese alguien impuesto la idea de caricaturar a la Maritornes de Cervantes disfrazada de aquella suerte.

Porque indudablemente este personaje habría presentado mejor apariencia que Mariquita.

I es de advertir que esta llevaba puesta la máscara mas relamida i pintada que había encontrado.

Podría tenerse una idea mas cabal, figurándonos una de aquellas coristas que suelen presentarse en los teatros con los mas ridículos atavíos, vista al traves de un binóculo dotado de grande virtud aumentativa.

—No vayan hacer de las suyas por allá, bribonazos, decía doña Pascuala encargando el cuidado de las niñas a Tadeo i Nicanor que ya se aprestaban a salir.

—No hable de mas, mamita, respondió su primojénito; ¿no sabe que soi hombre de juicio?

—Sí, ¡cuando el diablo no te tienta por ser el mas loco i safao del mundo!

—Descanse en mí, misia Pascualita, dijo Nicanor

dándose vuelta como un pavo armado, para mirar a la señora.

—Bueno, hijito, a vos te las recomiendo.

—Ya le hei dicho, no pase mieo ninguno.

—Hasta luego, misia Pascualita, dijo Crucita viniendo a abrazar a la apetacada señora antes de irse.

—Mirá, hijita, previno esta en voz baja i a modo de recomendacion a la niña ¿habís hecho lo necesario antes dir?.... mirá que allá no habis de poder i vais agarrar una enfermedá.... yo una vez que fui a una mision que daba frei Dolores, mi sobrino político, estuve un mes seguío.... por haber aguantao....

—No misia Pascualita ¡Si no necesito!

—Habráse visto muchacha! ¡Quá cosa aquella! Pundonorosa con lo que todos sabimos! I a mí que me gusta tanto la lisura, andar con pelillos ¡cómo si el mas pintao desos futres!... murmuró ya para si la obesa i locuaz doña Pascuala, por cuanto su advertencia no podía aprovechar a la *candorosa* Crucita que con los demas iba ya a bastante distancia.

Creemos que el lector nos habrá dispensado el rato que nos hemos ausentado del baile en vista de los pormenores espuestos i que habrá apreciado en su verdadero valor.

Sabe, pues, con estas esplicaciones, quien era el estrafalario máscara de la crinolina de esqueleto que lo hemos visto conversar con el del dominó; quien el marinero que tanto ha llamado la atencion de nuestro amigo Pepito; quien el del disfraz de roto i la pastora, varias veces nombrados; i tambien cómo i porqué se hallaban en el baile, cosa que no habría comprendido fácilmente si solo le hubieramos dicho: este es Nicanor, esta Crucita, etc., porque estaría lejos de haberlo creido i sobre todo, pudo haberlo hallado inverosímil.

Ahora que se conoce lo acaecido tal cual efectivamente sucedió, cumpliremos nuestra palabra volviendo al salon en el momento en que Pompeyo i Floresta se dirijían al café para beber algunas copitas.

XXVI.

Mientras Pompeyo i el capitan se ocupaban de la conversacion animada, que sostenia Pepito con la del disfraz de marinero, que ya sabemos era Crucita, la orquesta, dijimos, tocaba una obertura para proporcionar solaz a los danzadores fatigados.

Era la de la hermosa partitura de Donizetti *María di Rohan*.

La conversacion a que aludían los dos amigos era la siguiente:

—¿I no me dirá a qué parte se dirijió cuando se separó de mi lado? decía Pepito.

—Nos fuimos para afuera, respondió su compañera.

—Pero ¿a que ir afuera por tan corto rato?

—Es que a Nicanor, así se llama el que me convidó, se le puso que era mejor ir a la esquina del frente, donde dice que venden mas barato i no hai tanta jente como en el café de aquí.

—¡Vea usted! ¡Cómo la había de encontrar!

—¿Que me anduvo persiguiendo entonces?

—Buscando, querrá decir usted, querida mascarita!

—Si pues, buscando....

—Hartos afanes que me he dado ¡Me parece que usted debe ser tan linda! I luego le estoi tan agradecido ¡cómo no la había de buscar!

—Ya vé que no ha sido culpa mía el ir allá.

—¡Cuanto me alegro! Llegaba a dudar! ¡I si usted se estaba burlando!

A este tiempo fué cuando se acercó Nicanor a Crucita, cosa que, como se recordará, lo habían notado Floresta i Pompeyo.

—Mire Crucita, dijo el futre al oido de la niña, hei hablado con el de la apuesta i me ha dicho que si le hace alguna convidá vaya usted sola. Deje no mas a la Mariquita que yo la feriaré.... ya ha aflojado algo el amigo de este i tenimos pa beber su poquito....

—A parte de lo que estoi divirtiéndome con este futre que se me hace el mui bien hablao.... de seguro que le van a ganar.... está lo mas créido....

—Bueno, hijita, chasqueelo no mas!

I Nicanor se retiró.

El lector habrá sacado por el tenor de algunas conversaciones habidas entre Pepito i Pompeyo i entre el del dominó listado de negro i lacre o el de negro solo, que tambien sabe que era un mismo individuo, i Nicanor, lo necesario para la comprension del porqué Nicanor permitía los galanteos que Pepito dirijía a Crucita.

Se le había hecho creer que se trataba de una apuesta entre el del dominó i Pepito acerca de que este no lograría las atenciones de la mascarita aquella.

Se le había interesado en la mitad de esa apuesta.

Al mismo tiempo, se le había recomendado que le dejase campo libre a aquel para obrar i que si invitaba a la mascarita para que le acompañase al retirarse, consintiese ella, con eso era el chasco mas pesado i completo; puesto que afuera se le reunirían los demas i lo burlaban completamente haciéndole ver que todo había sido concertado de antemano i que si él se habia creido por un momento atendido, se había llevado un solemne chasco.

Luego ellos quedaban en libertad para irse a consu-

mir la parte que les correspondia, del mejor modo posible: i todo por haberse entretenido un rato a costa de uno que, de fijo, sabian iba a llevarse un petardo.

Cuando se le había propuesto esto a Nicanor era ya cerca de las tres de la mañana.

Casi no tenía cosa mejor en que divertirse, pues hacía mucho tiempo que él i sus amigos estaban en el baile.

Aceptó.

I aceptó contentísimo.

Lo había contado a sus compañeros i todos, como es de presumir, accedieron de consuno i le prometieron secundar la tan buena i lucrativa idea, tanto mas cuando iban a burlar a un *verdadero futre*. De balde era de haber aceptado.

Ahora, los manejos de que se habia valido el de los dominóes para distinguir entre aquella batahola i hacinamiento de máscaras a Pepito, tambien los conoce el lector.

Juzgamos que se sabe que el tal máscara cuanto había dicho a Nicanor acerca de la apuesta i de su amistad con el del traje de diablo, era un puro ardid i embuste.

I se comprenderá mejor cuando digamos que el de aquellos disfraces no era otro que Hernandez, el que tenía los motivos que ya se conoce de resentimiento para con Pepito.

Impuesto por el diálogo que tuvo con Floresta, del traje que este llevaba, tan luego como se apartó del capitan fuése a disfrazar a una de las piezas anexas al café; se puso el dominó listado i se condujo del modo que hemos oido a Pepito referir a Pompeyo.

Cuando ya dejó todo arreglado con Nicanor i trató de un modo tan poco amigable i cortez a Pepito, es decir, despues de la reyerta que este nos ha referido, vió que mal podría continuar con su traje para poder obtener buen éxito en su intriga, pues sabía que Pepito tenía

amigos en el salon i, abultando i adulterando los hechos, este lograría hacerse ayudar de ellos i acontecerle así algo contrario a sus miras.

Fué i tomó entonces el dominó negro.

Hemos oido el diálogo que ahora sostuvo con Nicanor.

Sus intenciones eran que Pepito, al abandonar al teatro, lo hiciese aislado i no en compañía del amigo Pompeyo con quien sabía debía irse, puesto que con él había venido.

Esto solo era posible comprometiéndole en alguna aventura amorosa.

I como viese, desde que reconoció a Pepito, que este andaba en persecucion de la mascarita del disfraz de hombre i que no sería difícil conseguir de esta o de su acompañante el de la crinolina que le secundasen, ignorando ellos de lo que se trataba, se gobernó del modo que se ha visto.

Estas esplicaciones, repetimos, eran talvez innecesarias.

Pero advertimos que somos mui exijentes con respecto a la naturalidad i verosimilitud de ciertos recursos de que se suele echar mano, para dar solucion de cualquier modo a algunas escenas, en obritas de esta especie; por lo tanto, de nuestra parte, cuanta mas luz i claridad aparezca en los sencillos sucesos que narramos, tanto mas satisfaccion abrigaremos.

Cumpliendo con nosotros mismos, mas bien que con las exijencias que pudiese tener el lector, hemos dado las precedentes aclaraciones.

Continuaremos.

Luego que atravesó esas pocas palabras Nicanor con Crucita, se separó aquel mui tranquilo i dando un balanceo mui recio a su crinolina.

—¿Qué le ha venido a decir ahora?¡preguntó sospechoso Pepito.

—Tonteras, respondió Crucita. Me dijo que iba a ferear a cierta amiga con quien se acaba de *topar*....

—¿Luego estará furioso con usted i conmigo?

—No, si es un pobre ese Nicanor, incapaz de enojarse. Yo le dije que la feriase no mas, que nó me importaba nadita.... i ya lo vé como se ha ido como si tal cosa,...

—Pues ¿i usted por qué no me ha de acompañar a tomar alguna cosita?....

—Si no hai necesidad!

—¿Teme que él la vea conmigo en el café?

Aquí se decide todo pensó Pepito. Si rehusa, es prueba que no he avanzado nada. Mientras que si acepta, la he dado vuelta i dejará papando moscas al otro!

Por eso es que acentuó cuanto mas pudo el tono al dirijir aquella proposicion a su interlocutora.

Esta que no aguardaba otra cosa respondió.

—¡Yo temer el ir con usted! A la hora que quiera! Estoi pronta a condescender en de luego si gusta....

Los ojos de Crucita se habian posado sobre los de Pepito con una mirada halagante i seductora.

Los de Pepetito flamearon bajo sus pestañas.

Creyó traducir en aquella mirada un cúmulo de promesas.

—Oh! Al punto! ¡Quiero chocar un vaso con usted! esclamó Pepito enlazando su brazo con el de Crucita i llevándola por medio del salon.

—¡Cáspita! pensó Pepito. ¡Debe ser preciosa esta chica! ¡Qué ojos! Producen una irradiacion capaz de encandecer a cualquiera! ¡Bah! como no he de conseguir ver el lindo palmito que encubre esa máscara!

I los ojos de Pepito mientras proseguía su camino, se fijaban fascinados i chispeantes sobre el carton que ocultaba las facciones de la jóven como si tratase de pene-

trarlo. ¡Con unos cuantos traguitos que beba todo se conseguirá!

I aceleró su marcha saliendo de aquel salon, cuya atmósfera se hacía pesada a causa del gas, del humo de cigarro de algunos cuantos imprudentes que en todo sitio no se escusan de fumar; del acre olor que despedían muchos que andaban sumamente avinados i de las diversas, tenues, sutiles i nocivas emanaciones que se exhala en los alientos de una compacta reunion de individuos de todas clases i condiciones, en estado de ajitacion o de ebriedad.

XXVII.

Estamos en el café del teatro.

En aquella piececita en que se halla el meson i que casi todos nuestros lectores conocerán.

Todos los bailarines cansados, todos los aburridos, todos los que andaban bien acompañados, buscaban allí lo que les hacía falta, esto es, el refresco los unos, la animacion que suele producir el licor los otros, i el festejo para sus compañeras los últimos.

Oiáse allí palabras no mui pulcras, risotadas, voces ásperas i chillonas, el mover de los asientos, el choche de los vasos i copas, el sonido de alguna botella que caía hecha trizas sobre una mesa i otros ruidos discordantes propios del carácter de una alegre mascarada.

En el rincon mas apartado de la sala se encuentra Nicanor observando con atencion a dos personas que están en el otro estremo cerca de una mesita.

Le acompañan Tadeo i la gordota Mariquita que no ha hecho ninguna conquista i se divierte bebiendo con el futre grandes vasos de Burdeos i comiendo buenas lonjas de jamon.

Nicanor daba el competente empleo a los cinco pesos que de tan estraño modo habían ingresado a su bolsillo.

Las dos personas que llamaban la atencion de Nicanor eran Crucita i su festejador.

Pepito tenía delante una botella i dos copas. Bebía solo.

Su compañera conservaba puesta la máscara.

—¿No beberá otro traguito a mi salud? dijo Crucita.

—¡Como nó!

I Pepito bebió otra copa de Jerez.

El máscara del dominó negro entró en este momento a la sala.

De una mirada abarcó a todos los circunstantes.

Dirijióse sin vacilar hacía donde estaba Pepito.

—Ola, amigo, dijo tocándole el hombro ¿se bebe bastante?

—¿I quién no lo haría por una compañera como la mia? dijo este.

—¡Ya lo creo! Ha andado usted con fortuna!

—¡Mozo! gritó Pepito estusiasmado abrazando al mismo tiempo con una mirada de fuego a su pareja.

Crucita no soportó esa mirada; sus párpados sombreados ocultaron el brillo natural de sus pupilas.

—¿Quiére usted hacerme el favor de acompañarme a tomar algo? preguntó Pepito al del dominó.

—Mil gracias, dijo este con tono un tanto seco. Voi por aquí; ando de prisa.....

—Lo siento, amigo; pudiera que así esta señorita condescendiese en despojarse de su máscara, que nos oculta sus bellas facciones,..... nos alejagríamos entre tres....

—No use usted de tanta crueldad para con el amigo.... que si usted lo vé de diablo estoi seguro que no tiene de tal no mas que su traje.... observó el dominó mirando fijamente a Crucita.

—Es todo lo contrario, dijo esta, i creo que con formalidad no se podrá quejar este caballero....

—¡Mozo! volvió a gritar Pepito golpeando la mesa.

El del dominó hizo ciertas señora a Crucita i dirijiéndose a su entusiasta galan esclamó:

—Beba, amigo, i trátela bien, que así será mas condescendiente!

Luego se separó.

Uno de los mozos que por fin había oido los gritos se acercó.

—Dos *beefsteak a caballo*, jamon i otra botella de Jerez ¡Prontito!

El sirviente se dió prisa, corriendo en busca de lo que le pedían.

—Vaya, hermosa mascarita, vá a tener usted que acompañarme! Deje caer esa diantre de máscara!

Crucita no hizo ahora la resistencia que se esperaba Pepito.

Trató de desanudar el cordon que la sostenía.

Paróse este presuroso i en un momento desató el nudo.

La máscara cayó.

—Oh! esclamó Pepito. ¡Bella, a fé mía! Diablo, yo no me engaño nunca!

Crucita tenía en sus labios una suave a la vez que maliciosa sonrisa.

—Ya vé que soi poca cosa, dijo afirmando uno de sus brazos sobre la mesa.

—¡Oh, la realidad sobrepuja a mis esperanzas! Sí, usted es hermosísima i ese traje le viene tanbien.... i luégo esos ojos que me queman el alma....

Un grupo de individuos, que en el centro de la sala argumentaban en idioma estranjero i que parecían ser franceses, empinaron sus vasos en medio de carcajadas i de grande algazara.

Parte del contenido de esos vasos chorreó los vestidos de los bebedores.

Estaban casi todos en una completa ebriedad.

Hubo, empero, uno que iba disfrazado de lacayo,

ostentando una galoneada librea, que en vez de secundar a sus compañeros, se apartó i enfrentándose a Crucita, balbució con una voz torpe por lo avinado que se hallaba.

—Belle senorite, j'oserai vous offrir esta verre....

Crucita no entendió esta jerigonza pronunciada con voz trapajosa; pero comprendió por la accion que se trataba de que bebiese.

Tomó el vaso que se le ofrecia i con cierta timidez humedeció sus labios en el líquido.

Era un ponche en ron.

El audaz gabacho contento con esa prueba, tomó el vaso con su mano izquierda i con la derecha quiso acariciar la barba de la niña.

Su cuerpo inclinado hacia delante, perdió el equilibrio i cayó sobre la jóven.

Esta dió un grito de espanto i se levantó de su asiento.

El borracho rodó por el suelo.

Al grito de Crucita, Nicanor, que todo lo había visto, quiso ir en su ausilio.

—¡Déjame a mí! dijo Tadeo parándose con el vaso lleno de vino que iba a llevar a sus labios.

—¡Morbleu!!.... esclamó el desdichado frances tratando de incorporarse de debajo de las patas de la mesa a donde había ido a caer.

Pero Tadeo que llegaba a este tiempo i que creyó que el gabacho lo había hecho intencionalmente al dejarse caer sobre Crucita, arrojóle sobre la cabeza el vaso que traía bañándole con el morado líquido.

Lanzó ahora el frances una de aquellas interjecciones que hace proferir el furor i levantándose ciego de cólera miró en torno suyo.

Tomó del gollete la botella que había sobre la mesa.

I viendo a Pepito que trataba de volver a colocar la máscara sobre el rostro asustado de Crucita, dirijióla, con toda la fuerza que la rabia le daba, a la cabeza de aquel.

Había visto que Pepito era el compañero de la niña i se imajinó que este había sido el autor del golpe recibido.

La botella pasó silbando i fué hacerse pedazos contra la esquina de la pieza.

Pepito exaltado i no mui en su juicio con lo que había bebido, lánzose resueltamente con los puños apretados hacia el agresor.

Dióle en medio del pecho un terrible puñetazo que hizo retroceder dos pasos a aquel.

Una copa vino a caer con fuerza en medio de la frente de Pepito.

Habíale tirado uno de los compañeros del que había orijinado aquel desórden.

Aquí fué Troya.

Tadeo, Nicanor, el máscara del dominó, i los que componian el grupo de que hemos hablado, tomaron parte en la contienda.

El desórden se hizo jeneral.

Llovían los puñetazos i las esclamaciones de furor.

El mesonero saltó el mostrador i quiso imterponer su autoridad.

—Orden! señores! Orden! gritaba.

Su voz no surtió mas efecto que si se hubiera dirijido a sordos de nacimiento.

Los anteojos i la nariz de don Nicanor volaron en menudos pedazos.

El pobre diablo tenía la desgracia de parar la mayor parte de los bofetones en su escuálida cara.

Pepito habia llevado la mano a la frente.

La retiró ensangrentada.

Habíale el canto de la copa hechole una lijera herida.

XXVIII.

I.

Pepito a la primera conyuntura que encontró se había apresurado a tomar la huida.

No era valiente. No era tampoco cobarde.

Habia en su naturaleza una mezcla de osadez, de animosidad de resolucion, i de pusilanimidad, timidez i pavura.

Era una naturaleza híbrida, por decirlo asi, compuesta de esos diversos sentimientos.

Había casos en que se había mostrado intrépido, arrojado, fuerte, valeroso; i otros en que sin darse él mismo cuenta cabal de ello, aparecía tímido, precavido, meticuloso i cobarde.

Todo lo hacían las circunstancias i la disposicion de su espíritu.

Ahora encontrábase en uno de esos momentos de actividad i resolucion, i si huyó del sitio de la tremolina, no fué por cobardía: obró inducido por el deseo de no prolongar la angustia en que estaba su compañera, arrinconada a la pared i temblando como un asogado.

Había él recibido un golpe, pero lo había devuelto valiéndose únicamente de sus puños; bien hubiese querido dar palpables muestras a Crucita de lo que en medio de su furia era capaz, pero esta no se daba cuenta de lo que veía.

El temor embargaba el uso de sus facultades hasta el

estremo de sentir en su garganta un nudo que la privaba de hablar.

Por eso es que Pepito, viéndola en aquel estado, se apresuró a arrastrarla hácia fuera.

Pepito creía era verdadero el interes que la niña le demostraba.

Tomó luego el angosto pasadizo.

Allí trató de serenarla diciéndole que lo sucedido no era motivo de alarma.

Que eso acontecía siempre en tales funciones.

Púsole la máscara, que la niña llevaba en la mano maquinalmente.

Luego usó sus mas retumbantes i fanfarronas frases para convencerla de que no debía haber temido nada de aquellos metebulla de gabachos, estando con él.

Tanto mas cuando estaban ébrios.

Crucita, pues, poco a poco recobróse del susto.

Se apoyó en el brazo de Pepito.

II.

El salon de baile está nuevamente animado.

La zamacueca se baila a todo trapo.

La hora es bien avanzada.

Quizá sea el último baile que se toque.

La mayor parte de los bailarines están beodos,

Se hacia movimientos de marcado abandono i de gracia lascíva que provocaban los aplausos de algunos mirones.

Las posturas sensuales i provocativas, a que se presta la danza popular, eran la que los circunstantes mas aplaudían.

Esto hacía que los bailarines se esmerasen en dar a las faces de aquel baile los mas impúdicos movimientos.

¿Quién no quiere atraerse los aplausos?

III.

Pompeyo era uno de tantos circunstantes. Miraba tambien bailar. Pero no aplaudía.

Le repugnaba aquella falta de decencia i delicadeza.

Pepito estaba a su lado.

Este, por el contrario, animaba cuanto podía a los que bailaban.

Eran Tadeo i Crucita.

Estaban en el centro de un corro que admiraba las cadenciosas posturas que hacía la niña i la maestría con que se espedía su pareja.

Tadeo bien podía haberse exhibido con éxito en aquellos tabladillos que se levantan los dieziochos de setiembre para el *baile popular*.

Tenía todas las hincadillas, baticoleos de pañuelo i soltura de cuerpo que se requiere en aquellos bailarines de oficio.

Talvez Pepito obraba de aquella manera, solo por ser Crucita quien bailaba.

Acercóse a ese grupo el máscara del dominó o Hernandez, que tanto dá.

Púsose al lado de Pepito.

—¿Ya se la ha quitado otro a usted? le dijo al oido.

Pepito estaba mui reconocido de aquel individuo que le había hecho un servicio ya por dos veces.

—Nada de eso! le respondió. Antes le diré, amigo, que en cuanto concluya este baile, me ha permitido que la acompañe. ¡Ya vé usted!

—Me alegro! Bastante que a usted le ha contado el llegar a obtener un favor de esa naturaleza, segun creo.

—No tanto, amigo; la he acompañado, es cierto, algunos momentos, pero ella se ha mostrado desde un principio conmigo mansa como un cordero....

IV.

—¿Ya es hora que nos vamos? ¿no le parece? decía Mariquita, que andaba despidiendo un fuerte olor a vino, dirijiéndose a Nicanor.

—Deje no mas, ya tenimos todo arreglado: el futre le dijo a Crucita que quería irla a acompañar hasta su casa.... en cuanto no mas baile piensa salir.... nosotros iremos detrasito i por ei sale el otro, el del dominó, a pavear al futre templado....

—¡Nos hemos de *desatornillar* de risa!...agregó Mariquita.

—¡Pues nó! Con Tadeo nos hemos de mear de reinos i despues de chasqueao lo hemos de poner de vuelta i media, pa que no sea leso!

—¡Ya! ¡Pa que no sea tan confiao!

V.

—¿Quién es ese del dominó? preguntaba Pompeyo a Pepito.

—Es.... hombre.... ¡ni yo mismo lo sé! Te diré que me ha hecho algunos servicios esta noche i que le estoi mui reconocido; es un buen sujeto.

—¿Qué te ha dicho ahora?

—¡No seas curioso, hombre! Ha sido una friolera, una simple observvacion ¡Mira! atiende, mejor! ¡Bravo! ¡Arrúgale, mi alma! ¡Cómetelo marinerito! esclamó Pepito, animando a los que bailaban.

VI.

—Ya es hora, dijo el del dominó, pasando al lado de Nicanor i de Mariquita.

—Como usted guste, respondió aquel.

—Pues indíquele que puede partir, pero desde lejos, de manera que él no lo vea que se acerque a ella.

—¡Bueno pues!

VII.

La zamacueca había concluido.

Los músicos habían abandonado sus asientos.

Era pues, seguro que no se tocaría mas.

Conocíase claramente que alguna parte de la concurrencia había abandonado el baile.

—Sabes, chico, que al fin encontré algo en que entretenerme? dijo Floresta a Pompeyo que acaba de sentarse en una de las banquetas.

—¿Sí?

—Una coristita que no andaba nada mal; he bebido con ella mas de lo necesario. ¡Magnífico ha estado, a fé mia!

—Sabes que estoi viendo que es hora mas de suficiente para retirarnos?

—¡Ya lo creo!

—¿Quieres que nos vamos?

—Como gustes. ¿I Pepito?

—Se ha ido, el bribon.

—¿Sin tí....?

—Iba en buena compañía. Segun me dijo había logrado de su compañera el que le permitiese irla a dejar....

XXIX.

I.

Pepito, dando el brazo a la hija de doña Peta, traspuso la puerta del Teatro.

—¿Hacia qué lado marchamos, mi vida? preguntó a la niña.

Esta, que quizá tenía con antelacion trazado un itinerario, respondió.

—Hacia aquel lado, caballero....

I comenzaron a caminar por la calle de las Agustinas arriba.

—Oh, qué feliz he andado esta noche! esclamó Pepito. Porque la pequeña jarana en que me encontré.... fué para mí diversion mas bien que otra cosa.... un pasatiempo. Ademas ¿no fué ello por usted?

Pepito, sin embargo, se tocó la frente en el sitio en que había reibido el golpe de la copa.

Crucita, en vez de responder algo que avivase el contento de *su caballero*, dió vuelta la cabeza mirando hacia atras con inquietud.

Tres bultos bajaban las gradas del Teatro i el de delante tomó la misma direccion que llevaba nuestra pareja.

Se recordará que esta salía del teatro momentos antes de que Pompeyo i el capitan se decidiesen a abandonar la fiesta: los que no hacian en ello ninguna gracia, puesto que tocaba ya a su fin.

Crucita se tranquilizó.

II.

Comenzaba a despuntar el dia.

Por la parte del Oriente cubríase gradualmente el cielo de una blanquecina claridad.

Los faroles del alumbrado acababan de apagarlos.

La ciudad estaba silenciosa.

Una que otra persona que salía del baile se veía atravesar las calles.

III.

Un bulto cubierto de un ropaje negro estaba parado en la esquina a que Crucita i Nicanor iban a tocar.

Cuando estos llegaban a aquel punto, el bulto negro impidió el paso a Pepito.

—Hé aquí un pobre diablo que estará ebrio, murmuró este.

—¡Alto! Es suficiente, dijo con voz seca el otro, dirijiéndose a Crucita.

—¿Qué significa esto? preguntó con arrogancia Pepito.

—Significa que tenemos que arreglar entre los dos una cuentecita....

—¡Paso! gritó Pepito dando un recio empellon al que le cruzaba el camino.

Crucita deslizó su brazo de entre el del jóven i con marcha presurosa comenzó a desandar lo andado.

Pepito no cupo en sí de sorpresa.

—Míreme usted bien, talvez recuerde quien soi! esclamó con una voz convulsa el del dominó negro, porque era él el que tenía a su frente Pepito.

Al decir esto, bajó la capucha de su vestido i presentó su cara descubierta a Pepito.

Tuvo este un momento de espanto.

Retrocedió.

—¡El hermano!.... eselamó con el rostro lívido.

—¡Bien! Veo que nos entendemos! respondió Hernandez, que había oido perfectamente la esclamacion del asustado Pepito.

—En fin ¿qué desea usted de mí? artículó este mas muerto que vivo.

Estaba en uno de aquellos momentos de flaqueza de que hemos dado cuenta.

—Lo que deseo, amiguito? Voi a esponérselo a usted. Comenzaré por decirle que yo soi el que llevaba aquel dominó listado.... usted lo tendrá presente.... Aquel que, el decir de usted, tuvo miedo de ponerse a su frente despues de haberle pegado a traicion! Aquel de quien dijo usted que lo haría *menudos pedazos*, (el jóven recalcó la voz en estas palabras). Soi el que, a su modo de ver, estuvo por robarle la *fuerte suma* que usted cargaba!....

Pepito iba comprendiendo, a medida que Hernandez hablaba, los manejos de que este se había valido para burlarle, i sentía que su sangre se enardecía, subiendo a su cabeza aceleradamente.

—Soi, continuó el jóven rujiendo de ira, el que vá a enseñar a usted el modo como ha de conducirse en adelante en sociedad. Soi el que va a hacerle comprender la manera como debe hablarse de una señorita que vale cien veces mas que usted, que ha sido un insolente!..

Pepito había ido acalorándose insensiblemente i al oir la última palabra esclamó con los dientes comprimidos.

—I yo, le diré a usted que es un miserable! ¡que se ha valido de medios bajos e inicuos para sorprenderme!

—Sí, ¿eh? ¿ Cree usted que no lo he conocido en poco tiempo? ¿Piensa usted que yo le hubiera dicho, apenas lo reconocí en el baile, que saliésemos? ¿No es

verdad que la valentía de usted le habría aconsejado acompañarse de uno o dos amigos?

—¡Esto es demasiado! ¡Es infame!

—¡Me alegro! ¡así lo quiero ver a usted! Si fuera usted capaz de admitir un desafío sin andar vociferándolo, lo habría invitado! Pero, me han informado bien, a lo que parece ¿Rehusará usted tambien echar mano de nuestro desafío, del que compete a los verdaderos demócratas, como creo que lo será?.. Pues si es así, yo, por mi parte, le espreso que me pongo a su frente para que de una vez me haga saltar *en astillas las quijadas*!

I Hernandez soltó una estridente i sarcástica carcajada.

Al mismo tiempo uno de sus puños que había cruzado sobre su pecho, cayó como una maza de hierro sobre los brazos de Pepito, que había alcanzado a ponerse en aptitud de barajar.

IV.

Crucita que había retrocedido corriendo como un gamo, se había juntado luego a los que habia visto bajar las gradas del teatro, que nó eran otros que sus acompañantes.

Impúsoles de lo que había presenciado.

—¡Canario! esclamó Nicanor ¿Luego no era una broma?

—Vamos a pavearlo! dijo Tadeo bamboleándose, por que venía bien borracho.

—¡Acerquémonos pues! dijo Mariquita.

I echaron a andar.

—¡Socorro! ¡Que me asesinan!!....gritó no a mucha distancia una voz lastimera.

—

V.

Aquel grito llegó distintamente a la plazuela del teatro.

A lo mas hai, como se sabe, un centenar de pasos de esta a la esquina oriente de la calle que hemos nombrado.

Una máscara i un oficial que salian a ese tiempo fumando tranquilamente sus habanos, oyeron ese grito.

—¿Oyen? dijo el uno. ¿Parece que matan a alguien?

—Efectivamente he oido un grito, dijo el otro. Parece de aquel lado!

I echaron a correr.

Eran Pompeyo i el capitan.

VI.

Nicanor se había dado mas prisa que ninguno.

Halló en medio de la calle un hombre tendido.

A la claridad que se había ya difundido, reconoció al que había sido compañero de Crucita.

Una persona huía a carrera tendida por la calle de las Claras.

—¡Adios mis otros cinco pesos! esclamó Nicanor, no dudando que el que corría fuese el que ellos habían tenido por amigo del que yacía sobre el empedrado.

Estaba la cara de este en el estado mas latimoso.

Un ancho reguero de sangre veíase sobre la tierra.

Eran de las narices del desgraciado Pepito que aun continuaban destilando.

Algunos rojos cuajarones veíanse sobre su traje.

Tenía una mejilla amoratada, i sensiblemente se notaba que iban hinchándose las partes cercanas al ojo izquierdo hasta el estremo de cubrirle casi del todo.

VII.

Nicanor al inclinarse sobre Pepito que había perdido el sentido al caer sobre el pavimento, vió brillar algunas monedas, caidas seguramente durante la lucha.

—¡Pase lo uno por lotro! murmuró recojiéndolas i pasándolas con presteza a su bolsillo, porque vió que llegaban los que venían en pos de él.

VIII.

En el Oriente, el cielo teñido de rosicler anuncia que la aurora va a concluir.

El horizonte se aclara suavemente.

¿Quién sentirá mas que nosotros abandonar a las señoritas Mandujanos; a nuestros amigos Pompeyo i Floresta, que llegan en ausilio del desdichado Pepito; a las niñas Membrillares; a Crucita, que no sabemos lo que se le aguarda al otro dia con doña Peta; al futre don Nicanor i a todos los otros conocidos?....

Pero el tiempo avanza.

Nos propusimos referir los acontecimientos de la *Noche Buena* del 58 i fielmente lo cumplimos.

Es decir, todo lo acontecido a las personas que a la ventura tomamos de entre las cien mil i tantas que contiene nuestra capital.

Los primeros rayos del ardiente sol de diciembre aparecen ya sobre las encumbradas cordilleras.

Cantan las diucas sobre los mojinetes de los tejados.

Es de dia i la pluma se nos desliza. . . . . .

. . . . . .

FIN.

FÉ DE ERRATAS NOTABLES.

Pájina.	Lín.	Dice:	Léase:
5	6	del en que	del que
5	17	suaves	suave
16	16	guante	juanete
27	25	¡Vah!	¡Bah!
29	29	silvato	silbato
30	2	puas	pullas
39	11	con	por
62	7	necesidades	necedades
81	10	doña Liberata	doña Mariana
87	19	al travez	al traves
116	31	imajinaras	imajinas
120	25	que habían	de los que habían
121	2	que acababa	al que acababa
138	9	barilla	varilla
160	34	franca	franja